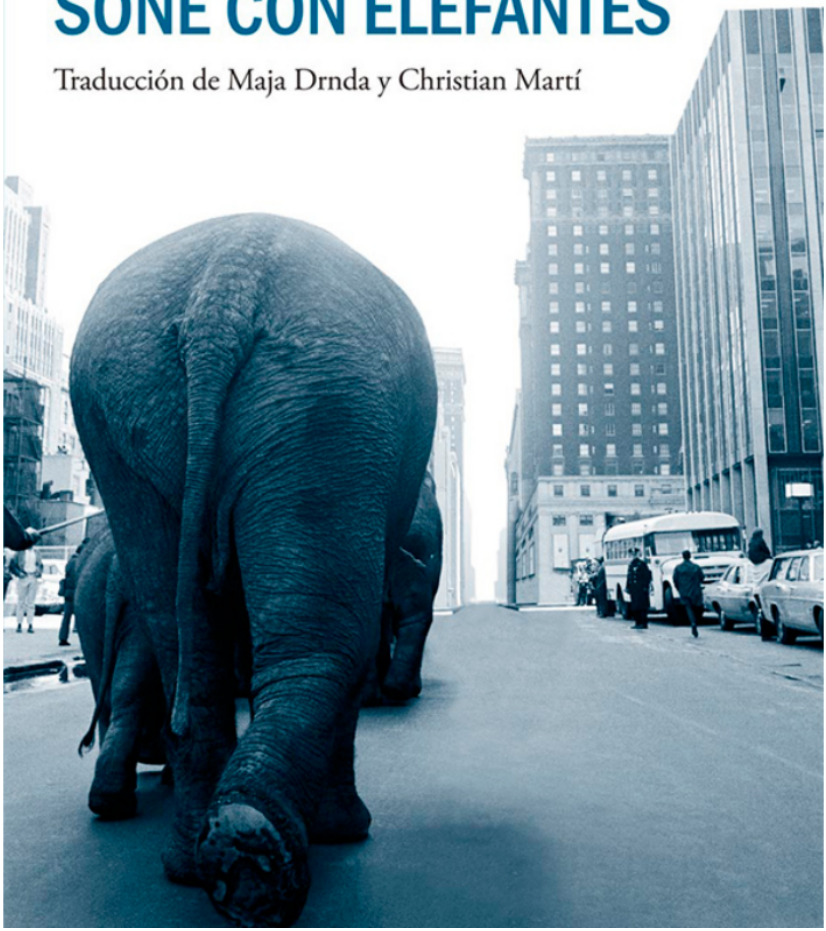
Ivica Djikić

SOÑÉ CON ELEFANTES

Traducción de Maja Drnda y Christian Martí



Andrija Sučić, exsoldado y antiguo miembro de la Guardia personal del primer presidente de Croacia, ha sido ejecutado delante de su casa. Hablaba demasiado: fosas comunes, asesinatos de civiles… y además estaba el extraño asunto de los elefantes. Se había vuelto loco y era peligroso para quienes habían hecho negocios durante la guerra e intentaban afianzar su carrera política en la nueva Croacia.

Su muerte no parece importar a nadie, excepto a su hijo secreto Boško, que trabaja en el Servicio de Seguridad Nacional y decide investigar por su cuenta. Las pesquisas de Boško lo llevan hasta las cloacas del Estado, donde fiscales, generales y políticos poderosos se mezclan sin rubor con mafiosos de regreso a casa tras reinar en «las tres calles de Fráncfort en las que no se habla alemán».

La segunda novela de Ivica Djikić describe, a través de la voz de varios narradores, unos tiempos oscuros mediante una prosa brillante y afilada que lo confirma como uno de los mayores exponentes de la nueva narrativa balcánica.

Ivica Djikić

Soñé con elefantes

ePub r1.0
Titivillus 18.05.2023

Título original: *Sanjao sam slonove*
Ivica Djikić, 2011
Traducción: Maja Drnda & Christian Martí
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En el fondo, hay que reconocer que la historia no es selectiva, también es discriminatoria, toma de la vida lo que le interesa como material socialmente aceptado como histórico y desprecia el resto, precisamente donde tal vez se podría encontrar la verdadera explicación de los hechos, de las cosas, de la puta realidad. En verdad os diré, en verdad os digo que vale más ser novelista, ficcionista, mentiroso. […] Como ya deberíamos saber, la representación más exacta, más precisa, del alma humana es el laberinto. En ella todo es posible.

JOSÉ SARAMAGO. *El viaje del elefante*
(Traducción de Pilar del Río)

Capítulo 1

La inmovilidad

De la muerte de mi padre secreto me enteré por el telediario. Me desperté justo cuando empezaban las noticias de la noche, había dormido demasiado. Subí el volumen. Era él quien protagonizaba la primera noticia de ese 17 de octubre de 1999. Las imágenes se me volvían borrosas: el patio frente a su descuidada casa unifamiliar en la calle de Kraljica Jelena 9; en un primer plano grandes manchas de sangre, que en esos momentos lavaba la lluvia; sobre el camino asfaltado frente a la puerta de entrada, los vecinos que no habían oído nada ni visto nada que llamara su atención. Los policías con impermeable, los forenses, el rostro serio del presidente del gobierno y del ministro del Interior. Fin de la noticia.

Sonó el teléfono. Sabía quién llamaba, solo podía ser una persona, pero no contesté. Necesitaba un cigarrillo. Cuando dejó de sonar descolgué el auricular, pesado como una pesa de gimnasio, y marqué su número.

—Ya lo has visto… —masculló mi madre, Veronika. Desde que me había mudado hacía dos años vivía sola en la otra punta de la ciudad.

—Sí, lo he visto.

—¿Se sabe algo más?

—No lo sé. Solo sé lo que han dicho en la televisión. Lo acabo de ver, igual que tú.

—Boško, quería decirte que vayas con cuidado… Y que no te busques líos. No te sientas obligado a nada… ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo…

—Boško, tú no tienes nada que ver con eso, recuérdalo, por favor… No tiene nada que ver con nosotros.

Colgué. Únicamente mi madre y yo sabíamos que Andrija Sučić era mi padre. Nadie más. Y menos mal. En caso contrario ahora

sonaría el teléfono y tendría que escuchar las falsas condolencias. Y a mí repitiendo una y otra vez que no sabía nada, solo lo que habían dicho por la televisión. Sin embargo, ahora eso carecía de importancia. Aun así miraba fijamente el teléfono suplicando que sonara al menos una vez. Necesitaba decirle a alguien que habían matado a mi padre. A quien fuese, al primero que llamara. Descolgué el auricular y pulsé las gastadas teclas: Mara no contestaba. Quién sabe dónde andaría. Estaba dispuesto a contárselo todo. Todo cuanto me había callado.

El viento acunaba los cables de teléfono tendidos en las calles. El único lugar al que se me ocurrió ir fue a la oficina en la que trabajaba. A menudo iba de noche para terminar mis informes, así que el portero no se extrañó en absoluto al verme y apenas desvió la mirada del diario mientras yo pasaba a su lado. Volví a llamar a Mara, pero seguía sin contestar: llevaba dos, quizá tres días sin tener noticias suyas. Hacía un tiempo que habíamos empezado a distanciarnos. Habían matado a Jadran Rimac —el caso en el que estaba centrada—, pero de todos modos podría haberme llamado, aunque fuera un momento. Aunque Rimac estuviera muerto, yo no, el mundo continuaba girando. Las hojas de los árboles se encogían, las mañanas se tornaban más húmedas, los tranvías retumbaban.

Cuando la conocí en septiembre de 1998, ella ya estaba obsesionada con Rimac, el criminal número uno de la ciudad. Me enviaron a una reunión con policías y fiscales que se dedicaban a investigar el crimen organizado. Me enviaron a mí porque los más veteranos evitaban las reuniones en las que no se tomaba ninguna decisión y en las que las informaciones se callaban en lugar de intercambiarse. A esos tres los veía por primera vez en mi vida. Los dos policías se parecían como si fueran hermanos —bajos, fuertes, morenos—, y el nombre de uno de ellos me resultó muy familiar. La fiscal era ella, Mara Ištuk: su nombre y apellido ni siquiera me sonaban aunque éramos de la misma quinta. Estábamos sentados el uno frente al otro. De vez en cuando dejaba de observarla, cuando me parecía que resultaba de mala educación. A ella no le molestaba. Tan solo le importaba Jadran Rimac, y yo no sabía tanto sobre él como para merecerme su atención. Después de pronunciar tres frases me di cuenta de que ella lo sabía todo sobre él y yo nada, absolutamente nada, y permanecí callado como un tonto.

—Colega Krstanović, ¿está el Servicio al tanto de lo que ocurre con el abogado Vladimir Magaš? —Me descolocó con su pregunta inesperada.

—Magaš ya no es el abogado de Rimac. Se ha retirado, ya no ejerce. La jubilación —le conté todo lo que sabía sobre el tema, literalmente.

—¿Sabe usted dónde vive?

—No entiendo… La policía debería tener su dirección… —Me volví hacia mis colegas policías, que me miraron sorprendidos.

—¿No sabe usted dónde vive? —continuó. Se dirigía solo a mí.

—¿Y qué importa dónde viva? ¿Y qué importa él en absoluto? Ya ni siquiera ejerce la abogacía —contesté.

—Sería mejor que primero se informara de dónde vive, y por qué precisamente allí, y que luego juzgara si es importante o no. Llámeme en cuanto lo sepa.

Los policías tampoco sabían nada sobre el abogado y exfiscal Vladimir Magaš, ni sobre su paradero actual. Se trataba de un clásico fuera de combate. Nadie estaba dispuesto a tirar la toalla, así que Mata Ištuk se apiadó de nosotros, recogió sus papeles y se fue. Volví al despacho y, cuando la rabia que me causaba su arrogancia dejó de palpitar en mis sienes, me puse a trabajar. Vladimir Magaš. Jadran Rimac. Me volqué en el estudio.

Esa noche tenía la necesidad de contarle a alguien que habían asesinado a mi padre. Llamé a Matko Radoš, mi jefe en el Departamento de Lucha contra el Crimen Organizado del Servicio de Seguridad Nacional. Confiaba en él y él también en mí. Me llevaba unos siete u ocho años. Coincidí en la universidad con su hermano menor, que era su ojito derecho, así que bordeamos la frontera de la amistad aun cuando seguramente nunca llegaremos a traspasarla. Es importante, le dije.

Lo esperé en el bar cercano a la oficina, sentado a la barra, fumando y bebiendo cerveza. Todas las mesas se encontraban vacías, excepto una que congregaba a unos seis o siete hombres ruidosos además de la camarera, Jana, la única mujer entre ellos. Eran periodistas de un diario cuya redacción se hallaba a la vuelta de la esquina. La primera edición estaba lista. Habían bebido bastante. Reían. Se divertían con Jana. Ella les contaba que se había acostado con cuatro de sus colegas. Jana estaba en sus mejores años

—rolliza, pero no gorda— y era evidente que iba a resistir la presión de los periodistas por delatar los nombres de sus amantes. Los periodistas follan mal, constató. Aunque se te meten fácilmente en la cabeza, se hacen querer, y entonces durante algún tiempo te acuestas con ellos por compasión o por verdadero amor. Viene a ser lo mismo. Sin embargo, todo tiene sus límites. El último era muy divertido: joven, hacía tiempo que le tenía ganas, reconoció como si se lo reprochara a sí misma, más por reprochárselo que por otra cosa. Era rápido y patoso y desapareció sin una palabra, sin una mirada. Ya no frecuentaba su bar.

Jana reía a carcajadas. Todos reían.

La puerta del bar se abrió, pero no era Radoš sino un hombre bajito, que entró, arrojó el taco de diarios de la mañana ante los periodistas y se fue a toda prisa. Estos callaron y se lanzaron sobre los diarios en busca de sus textos en el faldón de una página par. Comentaron en voz alta la estupidez de aquellos que recortaban los textos y les ponían títulos.

Radoš llegaba tarde. Jana volvió detrás de la barra.

—¿A quién esperas?

—A mi jefe.

—Siempre hay alguien esperándole…

—…

—Yo también lo espero —sonrió—, pero estoy perdiendo la paciencia.

—Y yo te espero a ti —dije sin saber por qué, no sé por qué se lo dije en ese momento. Ella se echó a reír a carcajadas y los periodistas nos miraron curiosos, como si un momento antes no hubiese reído de la misma forma con ellos—. Es verdad —añadí.

—Tú tienes novia —me dijo más seria.

—Mi jefe tiene mujer y tres hijos y tú le esperas igualmente.

—¿Estás bien?

—Se ha muerto mi viejo.

—Lo siento…

Me tendió la mano por encima de la barra: estaba fría como una lápida de mármol. Me miró a los ojos. Me propuso tomar algo después de cerrar —en una hora, como mucho en hora y media— y le dije que pasaría a buscarla y que ahora tenía que irme, que le dijera a Radoš que me había surgido un imprevisto y que ya lo

llamaría. Antes de salir miré hacia la mesa donde se encontraban los periodistas. Mi viejo ocupaba las portadas.

Una oleada de calor recorrió mi espina dorsal. Me alegraba la suave redondez del vientre de Jana y sus mullidos muslos. Esos muslos me succionaron solo una vez, hacía más de un año, aunque no permití que las imágenes de su voluptuosidad se pudrieran en mi interior como manzanas olvidadas en el maletero de un coche. Mara no pudo cambiarlo.

La soledad de las indolentes tardes de domingo y los lluviosos anocheceres. Me estaba acomodando en el sofá, la pierna izquierda estirada sobre la iluminada mesita cuadrada del centro, de la que ya no saldría el poso del sudor que se escurría de mi pie; había colocado el cenicero y los cigarrillos a mi derecha y disfrutaba de los momentos del placer aplazado. Sexualmente nunca he disfrutado tanto como cuando me masturbo recordando el sexo pasado. Quizá esta alteración tenga un nombre. ¿O tan solo es egoísmo?

La oleada seguía recorriendo mi espalda, mi polla estaba dura y fue entonces cuando sonó el teléfono. La sostenía en mi mano y parecía una estatua indecisa. Durante unos segundos pensé en atenderlo. Quizá se tratara de algo importante. Seguro que era algo importante. En momentos como ese solo se reciben llamadas importantes. Sin embargo, apenas insinuar el gesto con los hombros y la musculatura de las piernas, me taladró el pensamiento de que el teléfono dejaría de sonar justo en el instante en el que pusiera mi mano húmeda sobre el auricular. Cautivado, inmóvil, con el miembro fláccido en la mano, como si nunca más me fuese a mover. El teléfono sonó durante largo rato. No llegué a correrme. Estaba molesto por ello, con el teléfono, cabreado con quien había llamado, decepcionado conmigo mismo. Me correré en cuanto Jana me roce con sus labios. Mañana en el bar les contará a esos periodistas depravados mi vergüenza. Se reirán de mí. Se reirán cada vez que me vean. No iré a ningún sitio.

Soni y Lanka

Anoche los elefantes me visitaron en el sueño, los mismos dos que me visitan siempre. Pasan a mi lado tranquilamente. De vez en cuando uno alza la trompa a modo de saludo.

Y ahora, mira por dónde, soy un cadáver. Sabía que iba a ocurrir algo gordo: los elefantes no acuden a mis sueños en balde. Cada vez que me han visitado he recibido un golpe. Soni y Lanka. Sus visitas nocturnas restaban fuerza a mis futuros movimientos. Todo se reducía a la espera de una catástrofe que estaba a punto de ocurrir.

Hoy, 17 de octubre de 1999, me mataron en el umbral de mi casa. Snježana no pudo ayudarme: pedía socorro y gritaba, pero ya era demasiado tarde. No sé quién me disparó, aunque tampoco tiene mucha importancia. No solo no tiene mucha importancia, sino que no tiene ninguna. Sé quién me ha matado. También sé por qué lo ha hecho.

Soni y Lanka fueron los primeros elefantes de mi vida. Vivían en la Isla del Presidente, pues el predecesor del Presidente hace tiempo que los recibió como un regalo de la India. En los primeros días de mi estancia en la isla aprovechaba cada momento libre para observarlos: me sentaba en un banco, encendía un cigarrillo, abría una lata de cerveza y me emocionaba con cada movimiento suyo. Cada uno de ellos parecía detener la Tierra y el tiempo. Podía pasarme así horas sin que ninguno de los dos se percatase de mi presencia. Sus ojos estaban tristes y abstraídos. Eran infelices. Me quedaba observando a Soni y a Lanka hasta que llegaba el comandante Jozef y me preguntaba si estaba bien, qué coño me pasaba y por qué no estaba durmiendo o bebiendo con los compañeros de mi unidad. Sin decir nada me levantaba y me dirigía al dormitorio. Al día siguiente volvía con los elefantes. Volvía también el comandante Jozef. Me tenía en el punto de mira, pero yo no sabía el motivo.

Al Presidente le gustaba estar en la villa de la isla, pero no más de cuatro o cinco días seguidos con excepción del mes de julio,

cuando se quedaba toda una quincena. La unidad a la que yo pertenecía era responsable de su seguridad y de la de todos los edificios en los que trabajaba, dormía o en los que se encontraba por razones de protocolo. Eramos una treintena. La mitad viajaba con él y la otra mitad llegaba un día antes y preparaba el terreno. El Presidente no acostumbraba a ausentarse de la capital con frecuencia. Se alojaba en la residencia de la isla una semana al mes, generalmente en dos turnos; visitaba un día o dos las provincias y el resto del tiempo lo pasaba en la capital. Consumía los días encerrado en su estudio. Nuestro cometido no era pesado. Nos aburríamos. Nos mataba holgazanear. Nos habíamos tirado muchos meses en las trincheras, disparábamos y nos disparaban, defendíamos nuestro país del agresor, fuimos héroes de duras batallas, después nos enviaron a un adiestramiento especializado, pasamos por entrenamientos y pruebas infernales… ¿Y para qué? Para estar echados, beber, drogamos y observar a los elefantes en los que nos estábamos convirtiendo. Nos aseguraban que desempeñábamos el trabajo más importante, que nos había correspondido el honor y la responsabilidad más grandes a las que un soldado podía aspirar.

El comandante Jozef fue el primero en empezar. Era una noche de verano húmeda. Jozef se sacó su largo cinturón y sin motivo ni previo aviso comenzó a azotar a Lanka, borracho como una cuba. No paraba de reír a carcajadas, pero no con la mirada. La noche en la isla se vio entrecortada por los golpes del cinturón en la grupa de la elefanta, en las patas, en el cuello. Los elefantes vivían a aproximadamente un kilómetro de la villa del Presidente y de los dos palacios en los que se alojaba su séquito, de modo que nadie podía oír ni los golpes, ni las risas, ni los ahogados barritos del animal. Los elefantes se hallaban atados con gruesas cadenas a pilares de cemento. El cuerpo de Lanka se sacudía bajo el cinturón de cuero de Jozef y Soni se limitaba a agitar su trompa. El sudor se deslizaba por la nuca del comandante, pero él no cejaba. Nosotros tres mirábamos: Ivan, Žuti y yo. Yo era el mayor, podría haber sido el padre del pequeño Ivan: por aquel entonces él tenía veintiséis años y yo cuarenta y seis. En toda la unidad únicamente Barba era mayor que yo, pero en el Ejército la importancia y el respeto no se alcanzan con la edad, sino con el rango. A duras penas llegué a

capitán, mientras que Barba era mayor y el pequeño Ivan, sargento, igual que Žuti. Jozef, nueve años menor que yo, ostentaba el rango más alto: en los hombros y en el pecho lucía siempre con orgullo los galones de comandante. Yo era el encargado de analizar los puntos críticos de los viajes del Presidente y la estancia en los lugares que no había visitado con anterioridad. Me tocaba calibrar en qué momentos podía correr peligro y proponer el modo más adecuado de protegerlo. Además, yo era el tercer chófer de la limusina del Presidente. Si el primer y el segundo chófer se veían imposibilitados, yo era el encargado de sentarme al volante, aunque tal cosa nunca había ocurrido.

Soni miraba tranquilamente cómo Jozef azotaba a Lanka. No intentaba ayudarla. Él también estaba encadenado y tenía claro que cualquier movimiento sería en vano. Nada. La trompa inerte como un cuerpo suspendido. Y Jozef seguía arreando la grupa de Lanka con su cinturón, tras cada tercer golpe la elefanta aullaba de dolor. Žuti imitaba con su risa al comandante Jozef, incluso las venas de sus cuellos se hincharon de la misma forma, hasta que también él se sacó el cinturón del pantalón, que empezó a caérsele enseguida. Arreaba a Soni, la elefanta callaba y miraba a un lado, el pantalón de Žuti se deslizó hasta sus rodillas, pero él no se inmutó. Ante mi mirada y la del pequeño Ivan, su sexo crecía cada vez más bajo sus calzoncillos gris campaña. Con sus movimientos más bien daba la impresión de que estaba follando. Lanka meaba abundantemente.

Me marché. Jozef y Žuti no decían una palabra. El pequeño Ivan no sabía qué hacer. Al alejarme por el camino de gravilla, el sonido de los golpes se fue atenuando y espaciando cada vez más. Un paso, y otro, y la espuma del mar se tragará todos los sonidos.

La bodega

Como cada noche, Vladimir Magaš se encuentra apostado en la barra de la bodega restaurante en el vacío centro de la ciudad. Bebe vino tinto, porque todo el whisky se lo acabaron aquellos que estaban convencidos de que era indecente pedir menos de una botella. La botella, trae la botella entera, entera, colega, que no somos unas mariconas. Desde el comedor se oye el tintineo de los tenedores y cuchillos con la porcelana y los sonidos sordos del descorchar de las botellas de champán. Todavía no es medianoche, todavía no ha llegado el momento en el que se desea oír el chasquido de la goma elástica color ladrillo que sujeta el fajo de billetes, el chasquido contra la palma de la mano de alguien. Así que: traiga más champán, ¿cuál es el más caro?, más filetes poco hechos, más marisco para las damas, más pescado, más carne…

La última vez que Magaš comió en la bodega fue hace unos meses; para ser exactos, el 8 de abril de 1991. Después del tercer bocado se levantó, pagó la cuenta en la barra y, ante la estupefacta mirada del dueño del local, Dragan, y de todos los camareros, desapareció en la superficie. Hasta ese día el ritual se había repetido durante años. Vladimir Magaš llegaba cada lunes, miércoles, viernes y sábado a las nueve y media en punto de la noche. Tras consumir dos whiskies y dos cigarrillos en la barra, se sentaba a la pequeña mesa de la esquina del comedor discretamente iluminado, volvía a estudiar con atención la carta y escogía una de las cuatro opciones que se alternaban de forma regular: ostras, un filete de dentón a la plancha acompañado de dos cucharadas de acelgas, carpaccio de ternera, rissotto de verduras y gambas frescas. Bebía agua con gas. No se recuerda que jamás hubiera invitado a alguien a su mesa durante la cena. Nunca lo acompañaba nadie, aunque era habitual que le tocase limpiarse la comisura de los labios con la servilleta, levantarse y estrechar la mano de un conocido; con el paso de los años se volvió difícil que en la bodega entrara alguien a quien Magaš pudiera evitar saludar, aunque solo fuera con un

imperceptible gesto de la cabeza. Las estrellas de la escena, que aparecían ora con las esposas ora con las amantes, para luego amanecer borrachas en compañía del último camarero. Los bardos del mundo de la pintura local huyendo eternamente de sus agresivas y ociosas señoras, que con retraso querían viajar ¡a París, a París!, ¡a Londres, a Londres! Apresurados abogados de la urbe con sus clientes actuales, tímidos cual poeta de provincias en su primera cita amorosa. Directores de cine que han viajado por todo el mundo con sus más recientes descubrimientos de boca sensual. Atractivos e inteligentes aventureros, que aparecían y desaparecían de la ciudad en función del número de sus feligreses, trayendo consigo siempre nuevas historias y el mismo olor a moho de las plantas bajas, de las celdas de cárcel. Los geniales profesores de física, que vendían los exámenes a precios accesibles. Los comentaristas que esa tarde habían entregado su columna y ahora fingían ser objetivos mientras ponían a prueba la validez de los argumentos del día de mañana. Gente ególatra de la televisión, en busca del aumento de la popularidad que enturbia la mirada. Traficantes de armas, petróleo y dinero.

De la otra punta del local llegaba el sonido de una pianola por la que se deslizaban ausentes las manos del maestro Mustafá, un tipo extraño y callado del que se decía que era homosexual, aun cuando, solo en su caso, aquello se dijese con un profundo respeto por su elección sexual. Cotilleos, risas contenidas, disputas amorosas. El decorado sonoro de un mundo al que Vladimir Magaš, a pesar de los ocasionales ataques de desdén y alejamiento, realmente pertenecía y en el que se sentía seguro y arropado.

Antes de la medianoche, Magaš regresaba a la barra a por otro whisky y el guiño de Dragan indicaba que ya era la hora de trasladarse a la sala contigua, aunque como ya hemos dicho, hace unos meses que ya solo viene por el whisky y por el guiño del dueño del local. El 8 de abril de 1991, sobre las diez de la noche, acababa de engullir el tercer bocado cuando vio claramente cómo un hombre de cabello negro rizado se acomodaba la pistola que llevaba en la parte trasera de su pantalón. No le aterró la pistola en sí —de todas formas, últimamente el país estaba sembrado de ellas —: le alarmó el hecho de que esa elegante bodega había dejado de ser un oasis para él. Hasta ese momento no había querido darse

cuenta de que el velo protector se había roto hacía ya tiempo. Cada vez había menos gente por la que dejaba los cubiertos y se levantaba para estrechar su mano. No se hubiera quejado de la desaparición de sus conocidos de no ser por los cambios colaterales. Desapareció el murmullo de las conversaciones ininteligibles y del tranquilizador piano de Mustafá. Su lugar lo ocuparon las blasfemias, las risas que daban miedo, el romper de los vasos, las largas miradas escrutadoras, que cada noche se tornaban más amenazantes, los desconocidos rostros maliciosos, que luego se veían en compañía de otros más conocidos, más afamados.

En la mesa contigua, mira por dónde, de repente se ve a Jure Francetić[1], vestido de negro y delgado como los santos de El Greco del poema[2]; silencioso, observa con cansancio a las actrices borrachas del contiguo Teatro Nacional, que anhelan sus caricias y el supuesto poderío de su miembro viril. Los revolucionarios, frescos como una rosa, anhelan oír palabras suyas, aunque él calla imperturbable y ellos cada vez se ponen más nerviosos. En la esquina, de espaldas a la pared, está Ljubomir Magaš. Tantas veces le preguntaron a Vladimir Magaš por Ljubo, apodado el *Zemunac*[3]: ¿son ustedes parientes?; ¿son ustedes paisanos?; ¿no lo conoce de nada?; pero bueno, sabe de quién le hablo, ¿verdad?… Se quedaban decepcionados cuando les contestaba que Ljubomir no era pariente suyo. El Zemunac, de nariz rota, era consciente de que las aspirantes a vedette, que voluptuosamente sorben la tierna carne de las ostras, lo adoraban, igual que lo adoraban los jóvenes marchitos de la enfangada provincia, que aspiran a ser los héroes de las tres calles de Fráncfort en las que no se habla alemán: algunos burdeles griegos, dos o tres improvisados garitos de juego y los combates de boxeo de los sábados en las polvorientas salas, donde se derrama la sangre de los talentosos futuros cadáveres. De la mesa central emana una cálida luz del aura suspendida sobre la cabeza del cardenal Stepinac. La luz ilumina los rostros afeitados de los canónigos del Kaptol y los frailes provinciales, cuyos ojos son grandes y ávidos, pues presienten que ha llegado la hora. Los inocentes rostros de los videntes marianos, hombres y mujeres. «Queridos niños, hoy os convido a realizar las obras de misericordia con el amor y desde el amor hacia mí y vuestros y mis hermanos y hermanas. Queridos niños, todo cuanto hagáis para otros hacedlo

con alegría y humildad hacia Dios. Estoy con vosotros y día tras día ofrezco vuestros sacrificios y oraciones a Dios para la salvación del mundo. Gracias por haber respondido a mi invitación». La mirada del cardenal es fría y cortante como el filo de un hacha. Una mesa más allá, Andrijica vino tinto bebe, Andrijica y sus cinco hermanos vino beben, vino derraman, del bigote caen negras gotas, ora sobre la camisa ora sobre la mesa ora sobre los blancos sostenes, ay de mí. Cerca de la salida: Adolf Andrić, Ivan Krajačić Stevo, los inventos diabólicos, las voces de Argentina, las discusiones tontas, Jasenovac, Goli Otok, las deportaciones y los complots rusos, Krleža, la niebla y el moho, las matanzas en los garajes, lavar la sangre con el chorro de orina caliente de un miembro fláccido, los secuestros de aviones, el monte Raduša, el blues de los terroristas croatas, ¡América!, ¡América!, las justificaciones de los conspiradores, Bleiburg recto como la línea de un electrocardiograma [4].

Un desganado Vladimir Magaš bebe vino tinto de la Toscana apostado en la barra, pues en otoño de 1991 el whisky escasea en Zagreb. Los poetas son el estupor en el mundo [5], le dice a Magaš un poeta que no puede resistirse al renacimiento nacional y a la música de los dados; los poetas son maridos engañados y los últimos en enterarse. Se ríe. Al poeta, mira tú, se lo han dicho solo hoy. El poeta solo hoy se ha enterado de este, mmm, digamos que *incómodo* aspecto de su ser, señor Magaš. El poeta está dispuesto a actuar enseguida, a ayudar, interceder, marcar los números secretos de teléfono, ejercer las influencias, suplicar si hace falta. El poeta simplemente no lo permitirá. Su aliento apesta, un par de gotas de sudor de su frente se van agrandando. El poeta lo hará absolutamente todo. El poeta, sin embargo, se siente un poco ofendido porque no se lo han comunicado antes, y a él mismo nunca se le hubiera pasado por la cabeza que Vladimir Magaš podría ser, es decir, todos saben que a él nunca le ha importado… Pero ¿el qué, poeta? ¡Dígale a Magaš qué es lo que ha descubierto! ¡Dígale de una vez de qué lo va a proteger o de quién! ¿Cuáles son esos elementos de su existencia, mi querido poeta, que se dice son incómodos?

Su madre es serbia, Magaš. Magaš, por sus venas corre sangre enemiga. Los serbios han atacado nuestra bella patria, matan a

nuestras mujeres y a nuestros hijos, destruyen nuestras casas, violan e incendian, y usted es medio serbio. Está bien, su padre es croata, aunque hoy en día tener menos sangre impura es motivo suficiente de sospecha, un enorme interrogante junto a su nombre y apellidos. Los interrogantes son maliciosos, están henchidos de incertidumbre.

Hace un tiempo que Vladimir Magaš tomó conciencia de que un día cercano darían con lo de la sangre de su madre, con ese puñado de cenizas que reposan en el cementerio de Mirogoj, pero no esperaba que fuera de esta manera tan barata y cobarde: que lo fuese a abordar un poeta borracho mientras estaba acodado en la barra de la bodega y que acabaría por pedirle cincuenta mil de no sé qué moneda para lavar esa mancha que no se podía borrar. Para salvar la cabeza que, tal como dijo el poeta de paso, muchos querrían cortar y lanzar como comida a los peces enfermos del río Sava. Sin embargo, él no es de esos, el poeta es un hombre de mundo, aunque también un croata íntegro y tiene un amigo serbio, de hecho muy serbio. Hoy en día todos tienen un amigo serbio, judío o negro.

El poeta era menudo y delgaducho. Mientras hablaba, Magaš lo miraba desde arriba: contar las manchas grises de su calva le ayudaba a contenerse y no echarle por encima el vino que aún quedaba en su vaso. También lo ayudaba el saber que las palabras del pequeño poeta no eran un sinsentido: se sentía ofendido y asqueado por la oferta de un hombre que hasta el día de ayer no era digno de sentarse a su mesa de juego, aunque esta era la realidad: tener que pagar por su cabeza, que ya sobraba. Magaš necesitaba desesperadamente a alguien que estampara el sello de apto en su alta frente. El poeta estaba en posesión de ese sello y Magaš tenía miedo de que pronto tal vez no le quedara otra opción que comprar ese salvoconducto que lo protegiera de un desastre. Por ese motivo se mantenía callado, escuchando, tratando de no mirar al poeta a sus ojos acuosos, del color de la ciénaga.

Hacía poco que Magaš había tomado conciencia de que el miedo habitaba en la parte baja de su abdomen. Su miedo tenía las costumbres de un vampiro: renacía de noche, cuando se quedaban solos el uno con el otro. Se metía en todos los rincones de su cuerpo y no le permitía escapar mediante el sueño. El vampiro apenas se calmaba cuando la luz del día ya permitía distinguir entre el hilo

blanco y el negro. En ese momento los ojos de Vladimir se cerraban durante una hora o acaso algunos minutos más.

Para Magaš el miedo era algo nuevo. Un miedo concreto. El miedo de la concreción. No había desarrollado ciertos mecanismos, no disponía del antídoto contra los vampiros y lo pilló desprevenido y desarmado. Tal vez el poeta pudiera calmar ese temblor del vientre, al menos por un tiempo, mientras el organismo se acostumbraba a su nuevo inquilino.

El poeta siguió hablando cuando ya se encontraban en la sala de atrás. El poeta, el dueño del local, Dragan Kraljević, Vladimir Magaš y dos personas más. El primero de estos era menudo y relleno como un tonel. Tenía calva y unos mofletes rechonchos como cojines, que se volvían más rojos a medida que se acercaban a los ojos. Dragan lo presentó: se apellidaba Marinović. El otro era algo más alto, de ojos oscuros y cabello moreno, con un bigote bien recortado. Dragan también lo presentó: el señor Jadran Rimac. No era la primera vez que Magaš oía ese nombre, pero estaba demasiado ocupado con la reciente oferta del poeta como para relacionarlo con lo que había oído tiempo atrás. Ambos permanecían serios y callados. Se encontraban allí por negocios. El poeta derrochaba las palabras y la risa, haciendo caso omiso de la seriedad de esos dos impacientes desconocidos. Señores, están ustedes demasiado serios, les dijo. Antes de jugar hay que estar alegres y relajados, hay que provocar a la buena fortuna, hay que reírse de ella, ya tendrán tiempo de, llegado el momento, poner mala cara cuando se hayan vaciado sus bolsillos. Ajá, pero si están asustados, dijo, están ustedes cagados de miedo. Con toda la razón, añadió, y de manera teatral se echó a reír a carcajadas. No, queridos señores, no desistía, esta no es una diversión para cobardes y débiles, aquí hacen falta unos cojones como una catedral. Les preguntó si estaban seguros de saber en qué se metían y qué les esperaba. Les preguntó si disponían del dinero suficiente, porque él no se sentaba a la mesa si se trataba de calderilla. No podía parar. El poeta tenía que cuidar de su reputación, que mucho esfuerzo le había costado forjar. Además, ellos ya sabían quién era él, con quién tenían el honor de hallarse esa noche, claro está si sus bolsillos se encuentran a rebosar de billetes grandes…

La frente del poeta golpeaba contra las suaves hendiduras de la

taza del váter. Se oían los golpes secos de su hueso frontal contra la cerámica de Mladenovac y los gorgoritos de un cuello presionado, que cada dos por tres bañaban las olas provocadas por la cisterna. Jadran Rimac sujetaba al poeta por las piernas y le iba metiendo la cabeza en la taza, mientras que Marinović tiraba de la cadena a intervalos regulares, pronunciando siempre las mismas palabras: la ducha. El rostro de Rimac no reflejaba esfuerzo por tener que aguantar cincuenta kilos de poeta. Era fuerte como un toro. Podría permanecer así toda la noche. Qué gentuza, colega, le decía a su amigo, que se dedicaba a regular el caudal del agua de la taza, insignificante gentuza a la que le gusta hablar demasiado. Gentuza, colega, gentuza… Y así hasta que Marinović insinuó con cierta timidez que quizá ya era suficiente. Lo dejaron en el baño, cogieron sus abrigos y salieron en silencio.

Capítulo 2

El padre y la madre

Abrí los ojos y miré por la ventana, estaba lloviendo. Me levanté y fui hasta el teléfono. Tenía que oír la voz de Mara. La llamé, pero como respuesta solo obtuve el silencio. Miré la hora: eran las siete y diez. No había dormido en su cama. Bueno, quizá aún duerme, es pronto y se acostó tarde. ¿O ya se ha levantado y ha salido? Llamé a mi madre y le pregunté si todo iba bien. En lugar de contestarme, me preguntó si tenía más noticias de la muerte de mi padre. No. Te llamaré. Llego tarde al trabajo.

Cuando me presenté a la convocatoria del Servicio de Seguridad Nacional pensaba que iban a respetar mi deseo de trabajar en el Departamento de Delitos Políticos. No es que mi capricho viniera motivado por el egoísmo o por algún pequeño beneficio personal: al contrario, deseaba de verdad serle lo más útil posible a la República y a su estabilidad. Me licencié en Ciencias Políticas y me consideraba cualificado para reconocer a los individuos y grupos obsesionados con los complots antigubernamentales. Yo mismo no me había dejado arrastrar por una creencia política: tan solo creía en el Estado y en la importancia de protegerlo del caos y de los que lo propagan. Pensaba que el SSN existía para descubrir al enemigo en los lugares más insospechados. Durante dos años me dediqué a aprender el oficio. Aprendí que Delitos Políticos constituía solo uno de los cinco departamentos principales del SSN. Me destinaron a Crimen Organizado. ¡Qué decepción! Empecé a enviar cartas. No piensen, señores, que no le estoy agradecido al Servicio y que subestimo sus esfuerzos anticrimen, pero debo advertirles que el Servicio y la República me sacarían más partido en la lucha contra el delito político, que a mi juicio presenta mayor peligro que los narcotraficantes, los sicarios, los traficantes de armas y de personas, los secuestradores y los chantajistas. Los enemigos políticos son los

más peligrosos, pues sus ambiciones son siempre grandes. Quieren ponerlo todo patas arriba, quieren mancharlo todo. Yo estaba convencido, señores, de que habían podido comprobar mis habilidades profesionales. Además, en varias ocasiones las destaqué por escrito. Esta es, señores, mi última llamada de socorro para que me faciliten ustedes la mejor manera de servir a nuestro país y merecerme realmente mi sueldo.

Nada.

Me dejaron en Crimen Organizado como a un perro al que sus dueños dejan en una residencia durante las vacaciones y al regresar se olvidan de recoger.

Estaba leyendo la prensa en la oficina. Todos los diarios hablaban del asesinato de mi padre y destacaban que se trataba de un asesinato profesional. Eso solo lo puede hacer alguien que ya ha utilizado a un francotirador con el mismo fin. No era capaz de concentrarme en la lectura. Saltaba de párrafo en párrafo, aterrorizado por la posibilidad de dar en algún sitio con mi nombre y apellido, o por lo menos con alguna señal de mi existencia en su vida. El miedo perforaba el tejido poroso del conocimiento, que decía que nadie sabía que mi origen se hallaba en una semilla traidora. En caso de que alguien lo supiera, los rumores ya habrían llegado hasta el Servicio y me habrían citado para que contase sobre mi padre todo aquello que había escondido hasta entonces. Nadie me había llamado y nadie me había hecho pensar que conociera mi secreto, que conociera el código para abrir y cerrar mi vida. Sin embargo, el miedo se cuela entre las grietas más estrechas, ensancha y abre túneles, se detiene para coger aliento, duerme sus horas y luego prosigue donde se había detenido.

Toda la prensa publicaba las mismas dos fotografías. La más pequeña: se apreciaba el camino pavimentado de la entrada de la casa de mi padre, el camino salpicado de sangre. Y la grande: se veía a Andrija Sučić con la barba crecida y un cigarrillo en una mano, abrazando a la elefanta Lanka. Vestía un chándal azul de Adidas y parecía borracho. A la prensa le gustaba publicar esa fotografía.

—¿Dónde estabas anoche? —preguntó Radoš nada más abrir la puerta.

—Tenía que ir a ver a mi vieja… Le pedí a Jana que te diera el

recado.

—¿Qué es lo que querías?

—Nada, nada especial… Me interesa el caso Sučić, asesinato. Lo seguía en mi tiempo libre, el caso me interesaba. Sé mucho.

—Bien, ¿y?

—Quiero que me asignen al caso, que me destinen al sur…

—Este caso es una mierda, ¿para qué lo quieres? No es nada importante, ¿qué vas a investigar?

Tenía razón, por supuesto, pero yo insistí. Me faltaban argumentos. De vez en cuando me justificaba convenciéndome de que una voz interior me decía que debía trabajar en el caso Sučić, que allí realmente había algo. Lo cierto es que sabía mucho sobre Andrija Sučić. También tenía ganas de salir de una vez de esta ciudad impregnada de una niebla pegajosa, como una camisa tendida y olvidada en un patio de la periferia industrial. Además, mi relación con Mara no marchaba demasiado bien. Radoš me prometió que en un día o dos me diría algo, pero seguía sin entenderlo y no se mostró optimista al respecto.

Mi madre no estaba ni llorosa ni triste ni histérica: estaba preocupada. Su preocupación no era del todo concreta, era esa preocupación que nace cuando la muerte nos toca de cerca. Me dijo que sabía que él iba a acabar así. Todos sabían que iba a acabar así. Le pregunté si lo sentía. No se merecía eso, masculló, y calló. No se lo merecía, solo decía la verdad, prosiguió sin que yo la animara, solo la verdad, que de todos modos se descubriría antes o después. ¿Por qué decía la verdad? ¿Por qué precisamente él decía la verdad y no otro? Él fue el elegido, dijo, no lo hacía por dinero. Al final de sus días vivió de forma bastante mísera. Todos se desentendieron de él cuando empezó a dar testimonio de lo que vio y escuchó durante la guerra. De hecho, se desentendieron incluso antes, estaba rodeado de odio y despecho. Lo suyo no era vida, era un infierno. Pero, por Dios, ¿él mismo escogió el infierno? Tenía que hacerlo, respondió. No lo hizo por capricho o por alcanzar la fama. Entonces, le pregunté, ¿ella estaba convencida de que el viejo era una buena persona? Calló durante un largo rato, mientras yo la observaba fijamente. La soledad había hundido sus mejillas. Llevaba más de veinte años sola entre esas cuatro paredes. Después de mi padre, contrajo matrimonio con un hombre llamado Miroslav. No

duró mucho. Lo recuerdo, los recuerdos de mi niñez lo traen a mi memoria: se parecía al actor Boris Dvornik de joven, pero siempre serio y tranquilo. Recuerdo también cuando desapareció de nuestra casa. Nunca escuché ni una sola pelea entre ellos, nunca se produjo una discusión, ni enfado. Desapareció sin anuncio alguno, nada que un niño pudiera advertir.

Permaneció callada, porque sabía que su respuesta a mi pregunta dependía de si le iba a hacer unas cuantas más. Dijo que las razones por las que lo mataron no tenían nada que ver con que fuera o no buena persona. ¿Por qué es tan difícil responder a una pregunta tan sencilla? ¿Era bueno o malo? Porque ahora está muerto y no merecía la muerte, eso es lo único que importa. ¿Y ella cómo puede saberlo? ¿Lo conocía realmente? Pero si llevaba sin verle, ¿cuánto? ¿Treinta años o más? Dijo que sabía que no se merecía eso. Eso era cuanto sabía. Le pregunté si estaba segura de saberlo todo. ¿Sabía lo suficiente como para poder llegar a esa conclusión? Respondió con el silencio. Me rendí, enfadado. La dejé en su eterna preocupación.

Me gusta el mes de octubre por la luz de las dos de la tarde en los días despejados. Es una luz que suaviza los rostros de las personas y diluye cualquier desgracia. Volví al trabajo, aunque en realidad no tenía nada que hacer. Habían asesinado a Jadran Rimac, un gran caso estaba cerrado. De repente, todo el departamento se quedó ocioso y vacío, como una sala de cine en la primera sesión de la tarde. Incluso aquellos que no trabajaban en el caso Rimac estaban ahora cansados, desanimados y deseosos de cogerse un permiso de varios días. Los últimos seis meses, de abril a octubre de 1999, nos habíamos dedicado en exclusiva al caso Rimac. Radoš nos había ordenado abandonar todo los demás y entregarnos a aquel caso en cuerpo y alma. Había recibido las órdenes de alguien por encima de él. Y a este alguien se lo había ordenado alguien todavía más poderoso. Etcétera, etcétera. Ahora se había acabado. Rimac estaba muerto.

Solo al salir del edificio en el que vivía mi madre recordé que no le había dicho a Radoš lo que pensaba decirle la noche anterior. Solo entonces me di cuenta de que en realidad había cambiado de opinión. ¿Cuándo ocurrió eso? ¿Cómo? ¿Era esa la señal de que a pesar de todo no confiaba en Matko Radoš?

Seguía necesitando a alguien a quien confiar mi oscuro secreto. Alguien con quien compartir el miedo para que disminuyera.

La isla

De noche iba a ver a los elefantes. Me escapaba del dormitorio y levitaba por los caminos en los que no había guardia. Lanka no se percataba de mi presencia, no quería percatarse, pero Soni mostraba interés, estaba a punto de volverse mimoso. Mecía su trompa hacia mí. Yo le hablaba y quería que Lanka también escuchara mi historia, que por un momento le diera una oportunidad a mis palabras. Que dejara de ignorarme.

Matábamos a la gente. Yo también mataba. Me pedían que matara, aunque nadie me obligó. Disparaba porque creía que era necesario, que había que hacerlo. Ignoro cómo puede suceder que llegues a creer que dispararle en la cabeza a una anciana es algo correcto y que no existe otra salida. Antes también había matado, pero se trataba de hombres, de enemigos. Se trataba de un combate. Esto era diferente. No matábamos para sobrevivir, no es que no tuviéramos otra salida: los que matábamos lo hacíamos para sentirnos más cerca los unos de los otros. Todo es sencillo, como en la niñez, solo que con los años las cosas alcanzan proporciones más serias. Encendí mi primer cigarrillo a los trece años: no quería fumar, un poco por miedo y un poco por asco, pero no me atrevía a ser el único de nosotros siete en el patio del colegio que no le diera una calada al pitillo. Más que de una bofetada de mi madre tenía miedo del desprecio de los otros, del desprecio de los únicos a los que tenía. Tenía miedo de quedarme solo para siempre. Durante el siguiente par de años nos unió ese gran secreto, el mayor de nuestras pequeñas vidas. Al mismo tiempo queríamos que mucha gente conociera nuestro secreto. Todos menos nuestros padres. A nuestra escala juvenil, eso nos permitía chantajearnos mutuamente, y nos brindaba la sensación de pertenencia y seguridad. La pertenencia es esa felicidad que anhelamos en la vida. Por eso matábamos, mis queridos Lanka y Soni. No me planteaba de qué nacionalidad eran. Disparaba igual que me fumé mi primer cigarrillo en el patio de la escuela.

Soni y Lanka me escuchaban inmóviles. Yo me confesaba, me justificaba, me excusaba. Les daba asco. Estaban sopesando si ya me sentía lo suficientemente miserable como para que me tomara como un castigo el que Soni no me embistiera con sus colmillos, como hacen los campesinos cuando clavan sus horquillas en la paja. Sin embargo, tenía que hacerlo. El comandante Jozef me hubiera matado si no hubiese agarrado el tablón de madera y hubiese arremetido contra los muslos de Soni y Lanka, contra sus divinos cuerpos. Desenfundó la pistola y me la puso en la frente. Te voy a matar si continúas siendo diferente, me amenazó. Si todos atizan a los elefantes, tú también lo harás. ¡Es una orden! Y no cumplir las órdenes se castiga con la muerte. De entrada los golpeaba tímidamente, con miedo, intentando que los elefantes no sintieran mis golpes, que no los recordaran. Pero con el tiempo, de manera inconsciente, me iba acoplando al ritmo que dictaban los otros. Todo retumbaba con el ruido que los bates y tablones producían contra los cuerpos de los elefantes. Apenas se distinguían los gritos bestiales, los aullidos, las blasfemias y el canturreo del comandante Jozef. Los otros lo acompañaban, al principio con timidez, al tiempo que observaban el rostro del comandante. Al ver que él no tenía nada en contra, los gritos salvajes se multiplicaban y casi no se podía distinguir un aullido del otro y saber quién emitía ese incesante y rabioso gruñido. Cantaban, cantábamos. Tenía que hacerlo. En un primer momento cantábamos nuestras canciones y luego nos pasamos a las del enemigo. Constantemente se me escapaba la sonrisa. Había algo excitante en vociferar las canciones del enemigo. Jozef se obsesionó tanto con las canciones del enemigo que dejó de arrear a Soni con el bate de béisbol. Todos cantábamos a grito pelado: «El caudillo Draža tronó: lanzad las bombas, hermanos chetniks. De esta nuestra victoria nacerá el sol de la libertad, para Montenegro y el Sandžak, donde fracasó la estrella de cinco puntas. Para Montenegro y Serbia y toda la Gran Serbia». Cantábamos con convicción.

Los golpes cesaron. Soni y Lanka ya no se movían, de sus bocas ya no salían suspiros y chillidos, más de horror que de dolor. El comandante Jozef fue el primero en calmarse. Se arregló el uniforme, se enjugó el sudor de la frente y los labios con la palma de la mano y, perezoso, se dirigió hacia los dormitorios. Los otros lo

imitaron. Tenían el aspecto de hombres que acaban de practicar el sexo.

Me quedé solo con Soni y Lanka, solo con su desprecio. Me llevó mucho tiempo liberar sus patas de las cadenas. Quería que se marcharan, que se salvaran ahogándose en el agua salada, que se salvaran de los hombres. Me puse detrás de ellos y empecé a empujar sus traseros. Me empeñé en ello, me pasé una hora empujando, sus pelos de color gris pardo se me clavaban en las manos. ¡Venga, marchaos! ¡Moveos! Allí está el mar, iros navegando. Soni comenzó a moverse, pero no hacia el mar. Se volvió hacia mí. Todo aconteció lenta y rápidamente a la vez. No pude ver nada en sus ojos. El primer intento con su colmillo tan solo rozó mi costilla izquierda. Tras el segundo intento, la perforó como si fuera de polietileno. Yo huía encorvado, a trompicones. El elefante me iba dando alcance. No acertó a darme en los muslos y omoplatos, aunque luego me clavó el colmillo en el trasero. El dolor me partía el cerebro, la sangre se deslizaba por el interior de mis muslos. Aun así seguí corriendo, corriendo, mientras sujetaba mis perforadas y machacadas costillas. Todo duró una eternidad. Corrí hacia la residencia del Presidente, que se encontraba más cerca que nuestros dormitorios, un poco más, me quedaban por recorrer cien larguísimos metros más, un poco más y ya no oía el retumbar de las pisadas de Soni. Reuní valor para volverme y, en la oscuridad, vi a Soni parado: no movía la trompa ni las orejas, tan solo permanecía allí triste, observando. Desde la lejanía, sin mucho interés, se acercaba Lanka. Yo también me detuve. Solo por un momento, pues el dolor me devolvía la sensación de mi cuerpo enfebrecido. Llegué corriendo hasta los centinelas que dormitaban apostados en las garitas de aluminio junto a la entrada de la villa. Se asustaron al verme. ¿O únicamente estaban sorprendidos? La isla no era un lugar para la sangre y los chillidos.

Fráncfort

Rimac ha vuelto.

Llegó a Fráncfort con apenas veinte años. En su bolsa llevaba unos guantes de boxeo y la insignia de soldado ejemplar del JNA, el Ejército Popular Yugoslavo. Eso es todo lo que un joven necesita al llegar a Fráncfort, todo lo demás llega por sí solo. Es un buen fajador, decían de él, su cuello parece un pilar de cemento armado, aunque le falta técnica, tiene que aprender a golpear de la manera adecuada y a no recibir tanto en la cabeza. Un par de años más tarde tiraron la toalla, pues no hacía caso. Boxeaba exactamente igual que cuando empezó: tan solo creía en su fuerza de Goliat y en un solo golpe capaz de brindarle la victoria. Lo confiaba todo a un único segundo, el resto eran irrelevantes y de ellos no podía esperar más, salvo que transcurrieran con el menor dolor posible. Los combates del sábado en los abandonados y poco aireados almacenes por quinientos o mil marcos. Albaneses, croatas, serbios, turcos, griegos, grandes apuestas, el eterno miedo a las redadas, las peleas masivas de madrugada, la cura de las heridas lejos de los estériles y fríos hospitales.

Rimac ha vuelto.

Estaban él, Kizo y Rade y una sofocante noche de verano. Lo más valioso que poseían eran sus pollas y las pistolas de Rade. Lo querían todo. Carne asada, patatas y pan recién hecho, cerveza, unos buenos zapatos y una chaqueta de cuero nueva, cien marcos, sábanas blancas limpias, muslos calientes y sedosos en los que dejarían el abundante rastro de su breve pasión, querían un paquete de Marlboro y un beso de buena suerte para las cartas.

El canoso dueño de la joyería abrió los ojos de par en par cuando Rade le llenó la boca con el grasiento cañón de la pistola. ¡Oh, cómo batía los brazos como una gallina y resoplaba por la nariz! Kizo no pudo evitar la risa: se comportaba como si alguien le estuviera contando de manera graciosa una película que estaba

viendo *y en* la que él también intervenía. El viejo resoplaba de rabia y su rostro se tornaba cada vez más rojo, pero no podía hacer nada. Así que simplemente resoplaba, tratando de tranquilizarse para salvar el pellejo. Jadran se encargó de coger las joyas de las vitrinas y echarlas en la bolsa. Su sentido del oído, perturbado por la adrenalina, apenas captaba las órdenes de Rade de coger solo lo amarillo, lo gordo y amarillo. Todo fue tan sencillo.

Salieron al cabo de solo ocho meses. El padre de Rade, oficial del Ejército de buena reputación y nada mal situado, llamó por última vez a ese misterioso número de teléfono. A partir de ahora tendrás que cuidar de ti mismo, le dijo.

Rimac ha vuelto.

De su nombre brotaba un agua gélida, se convertía en una fuerte corriente que pronto se desbordó por las calles de Zagreb, sin dejar de anegar cada uno de los sótanos y las bien escondidas madrigueras. El agua empapaba los zapatos, los dedos hinchados como una masa de pan, ascendía hasta la rodilla, los testículos y cosquilleaba el trasero. Su pasado, contado y recontado en las tabernas, alcanzó las míticas esferas donde moraban los lobos, los sanguinarios y los hijos tuberculosos, que expiraban sobre las frías almohadas de los olvidados orfanatos.

Jadran Rimac, con los brazos a la espalda, se encontraba frente a la discoteca Mars. De eso hace ya tiempo: acababa de salir de su primera estancia en la cárcel, lo que le permitió acceder al círculo de ceñudas estatuas frente a las pesadas puertas de las madrigueras de Fráncfort, en las que se traficaba con mujeres y droga, en las que volaban las blasfemias y los cuchillos de los cansados inmigrantes. De día este mundo era invisible para los ciudadanos que iban a trabajar y regresaban a sus limpios hogares, se estiraban en sus blancas bañeras y soñaban bajo sus lechosas sábanas. De día eran fantasmas en los autobuses y en los trenes, en las amplias y luminosas plazas y en los grandes y bien diseñados almacenes. No sabían comportarse en los restaurantes y con la gente que no conocían. Tan solo se materializaban en los pisos recién alquilados en edificios a medio construir y en los bajos repletos de humo en las afueras de una ciudad como Fráncfort, Milán, Maguncia, Colonia, Basilea, Estocolmo, París, Gotemburgo, Viena. La ciudad sin nombre solo es un polígono de separación, las calles de la ciudad apenas

sirven para alzar las invisibles y resistentes murallas, con sus torreones armados y sus profundas fosas, con el fin de dibujar las fronteras del propio territorio, ya que el propio territorio es la condición previa para la supervivencia. La fortaleza requiere de la ciudad para sentirse rodeada y en derredor las relaciones son tensas como las cuerdas de un instrumento: la continua tensión de los sentidos, la alerta, el adiestramiento, la lealtad, el juntar filas ante la amenaza de todo lo que se encuentra más allá de los muros, la solidaridad egoísta, el castigo de cualquier movimiento falso y las miradas, especialmente aquellas que podrían significar una tendencia a la traición, el único pecado mortal en la fortaleza. El sentido de crear un estado de sitio en realidad no reside en crear unas barreras físicas, sino en el control interno. Al juntar filas solo vemos los planos cogotes de nuestros compañeros y estos serán nuestra única brújula.

Por fin Jadran contaba con ingresos regulares. También disponía de poder, que le parecía muy grande: en un instante podía tomar la decisión de impedir la entrada a un turco muy atildado y a su novia, cuyas rodillas bailaban sobre unos zapatos de tacón demasiado alto. Podía hacerlo sin que nadie, excepto el humillado turco, le preguntara por qué. Este era el terreno de su poder, aquí mandaba él. Con algo de dinero y una pizca de poder cada vez tenía al alcance más sexo sin grandes esfuerzos. Sin trabajárselo mucho y sin criterio. En los lavabos, en el coche, en el portal, en un pasaje, donde fuera y cuando fuera, con la misma o con otra, quién sabe, qué más da, de manera distanciada y despiadada, sin palabras ni besos, de forma impersonal y sin obligaciones. Todas las jadeantes y solícitas griegas, yugoslavas, polacas y alemanas forjaban el deseo inconsciente de Jadran de ser valorado y respetado. Que le den tan solo un poco más, solo una pizca, que confíen en él y que le concedan una verdadera oportunidad. Él puede hacer más que montar guardia frente a la entrada y propinar palizas de manera rutinaria a los clientes borrachos que maldicen y suplican al mismo tiempo en diferentes lenguas, como el Papa de Roma cuando felicita la Pascua. ¡Dadle una oportunidad! ¿Acaso no veis su solícita mirada? ¿Acaso no veis que es un perro que no se cansará de tirar de la correa y que cuando por fin logre romperla se comerá el cerebro del primero al que pille? Dadle un trocito más, así quizá

deje de desearlo todo. Quizá entonces entienda dónde se encuentra la frontera, quizá así le alarguéis la vida…

Rade le llevó una pistola envuelta en una bolsa de papel marrón. La primera pistola de Rimac: Bandera Roja, de Kragujevac, poco utilizada y en muy buen estado. Le podía servir en lugar del pasaporte. Rade le dijo que esa noche se cuidara de gastar ni una sola bala: que solo disparara si su cabeza corría peligro. Rimac escuchó cada una de sus palabras, aunque eran dispersas e inalcanzables.

Rade Petrović le sacaba siete años. Pasó dos en un centro para menores, visitó en dos ocasiones la cárcel Central. Violación y robo a mano armada. Luego Viena, después Fráncfort.

Bumbar era amigo de Rade. Bumbar era el más fuerte, todos en la fortaleza le temían. Repartía los trabajos y las tareas, los premios y los castigos. Era justo y cruel. El único modelo y un faro para los desesperados marineros de las ciudades de provincias del sur, a los que un viento despiadado abocaba al frío mar. Era de dominio público que Bumbar también había matado: en una pelea disparó su pistola y le reventó el músculo cardíaco a un albanés de Kosovo, dueño de un garito de juego ilegal en Stuttgart; luego se entregó a la policía. Alegó que fue en defensa propia y con tranquilidad les facilitó los nombres de los testigos. Tras cumplir tres años y medio de la condena fue deportado a su Nikšić natal, en Montenegro. Se lo pasaba mejor en la cárcel que en Nikšić: en la cárcel contaba con alguien con el que competir y compararse, en Nikšić no tenía ni con quién tomar una cerveza. Belgrado. Robo de coches e intento de violación de una chica de buena familia. ¡Pero Bumbar, me cago en la hostia!, le dijo el inspector Kisić, ¡no eres tan feo como para no poder follar legalmente! «La mala suerte obligó al águila a veranear entre las gallinas», recitó cuando el juez dictó sentencia. Su rostro era ancho y oscuro, con unos ojos pequeños y achinados, su cabello largo y frondoso siempre bien peinado. Al abandonar la cárcel, la policía le facilitó un pasaporte falso y una dirección en Fráncfort.

Rimac ha vuelto.

Nada se torció. Jadran Rimac cumplió con todas las instrucciones de Rade. Esperó a que el griego llegara de madrugada a la discoteca, que se vaciaba como un reloj de arena, y se dedicara a su habitual ritual de hacer la caja. Siguió con cuidado cada uno de

sus movimientos, cada gesto de su rostro, ya que esa noche tenía la oportunidad que tanto ansiaba y no podía echarla a perder. El patrón le hizo una seña con los ojos para que lo acompañara hasta el coche y él, como cada noche, lo siguió obediente. El griego abrió la puerta y Rimac le pegó con fuerza en la nuca con la culata de la pistola. Un grito ahogado atravesó la noche en retirada. El cuerpo quedó hecho un guiñapo sobre el asfalto cubierto de gravilla y, mientras lo levantaba y lo colocaba en el asiento del conductor, Jadran vio cómo una gruesa línea de sangre oscura se deslizaba por su columna, un río de escaso caudal que avanzaba por una cuenca reseca y poco profunda. Agarró la bolsa de plástico negra de basura repleta de billetes y desapareció.

El polvo brillaba bajo los primeros rayos de luz exterior. Estaba tumbado en la cama, con el cenicero sobre el ombligo. Ya había contado el dinero dos veces: había más de lo que jamás había tenido, de lo que jamás sus ojos habían visto; había dinero suficiente para… Para ir a Djakovo, llevarle a su padre dos cartones de los mejores cigarrillos, a su madre una blusa de seda y algunos billetes de cien que escondería bajo su almohada, a sus hermanas coloridas camisetas y bolsas de caramelos. Para sentarse por primera vez a la mesa como un hombre, mirar a su padre a los ojos y preguntarle si necesitaba algo más. Esperar con anhelo la llegada de la noche para apostarse en la barra del viejo bar de Cedo, tal como lo recordaba desde aquella noche en la que medio borracho cogió el autobús, y decirle al camarero que sirviera una ronda a todo el mundo. Para que las cabezas se volvieran cual girasoles hacia él mientras miraba fijamente en dirección opuesta todo henchido de orgullo. Para que acudieran sus amigos, para que los invitase a todos, para que cantasen y rompieran los vasos, para deslumbrarlos con su arma y más aún con sus historias sobre los aterciopelados muslos, los apasionados gemidos y las súplicas, las aliviadas partes bajas, el crujido de los fajos de billetes, los famosos fuera de combate, sobre Rade, la cárcel y la amistad entre los nuestros, que allá en el extranjero han creado un mundo más justo en el que tienes la oportunidad de ser alguien… Para ver el respeto reflejado en sus miradas. Para escuchar las tímidas súplicas de los más valientes de que los llevase consigo. Para que, como un señor, regresara a casa en taxi. Y aún le sobraría dinero…

Rade estaba feliz al echar un vistazo a las dos grandes bolsas de supermercado en las que Jadran había metido el dinero. Las plantó frente a Rimac y le dijo que cogiera lo que quisiera. Lo pilló desprevenido. Tenía que pensar rápido. Acertar en el centro de la diana, justo a medio camino entre la avaricia y la humildad, entre la rectitud y la sumisión; si acertaba ahora, nunca más fallaría. Su talento había sido puesto a prueba: ¿no es cierto que cualquiera puede romperle el cráneo al pequeño y poco precavido griego y llevarse todo su dinero? Cualquier noche Rade podría encontrar en la estación de ferrocarriles hasta diez personas dispuestas a hacerlo igual de bien que él. Este es el momento para aprobar o suspender la prueba.

Rade apenas esbozó una sonrisa cuando Jadran solucionó su dificilísima tarea. Le dijo que no debía temer a la policía, porque el griego no tendría el valor de denunciarlo. El griego ya había visto lo que pasaba con los que atraían a los perros husmeadores hasta la fortaleza. De repente se les cierran todas las puertas de salida. De forma rápida e irreversible, como cuando te sumerges en el sueño. La huella de la traición no puede esconderse. Todos los gatos salen a la calle con las colas enhiestas y los ojos ardientes. El ratón tan solo percibe que está al raso, indefenso.

Esa noche, Rade lo esperaba en el coche frente a su casa. Dejó caer sobre su regazo una bolsa con una chaqueta nueva de cuero negro. Acto seguido se la puso y se sintió más protegido. Miraba por la ventana para que Rade no advirtiera la ternura que se había instalado en sus pupilas. El viento se llevó el rostro de los viandantes. Iba a conocer a Bumbar. Esa noche celebraba su cumpleaños. El bar se hallaba a rebosar de gente, que rasgaba las gruesas nubes de humo. Las venas de sus cuellos se hinchaban mientras trataban de hacer llegar sus palabras a través de la omnipresente barrera de música que escupían los altavoces. Rade los conocía a todos. Con algunos intercambiaba besos en la mejilla; con otros, palmadas en la espalda. Jadran intentaba recordar los rostros a los que Rade había besado. Todos ellos eran tan parecidos.

Bumbar estaba sentado en un diván al otro lado del muro de música. Era unos dos o tres años menor que Rade. A su alrededor había hombres corpulentos que fumaban como carreteros y reían a carcajadas, y también chicas ausentes y pintarrajeadas. Rimac solo

veía a Bumbar. Dientes blancos en una sonrisa maliciosa, un gran mechero amarillo como no había visto nunca, un reloj brillante que debía de ser muy caro, un grueso anillo de oro en el dedo corazón de la mano derecha. Bumbar se puso en pie y fue a su encuentro, se besó con Rade y luego le dio un beso a Rimac. Le dijo que había visto un par o tres de combates suyos. Jadran le restó importancia con un gesto de la mano. Bien, boxeador, le dijo, hiciste un buen trabajo con ese apestoso griego. Añadió que siguiera junto a Rade y que todo iría bien. Besó de nuevo al mentor de Jadran y regresó con sus acompañantes. Una chica de largo cabello rubio se sentó en su regazo. Recorría su cuello con los labios y él deslizaba de forma mecánica la mano por su tersa y redonda rodilla, lisa como un guijarro. Jadran alcanzó a ver el destello de su mirada. Volvió la cabeza al otro lado como si lo hubieran abofeteado de manera inesperada. Necesitó un tiempo para coger valor y mirarla de nuevo, pero mientras tanto ella ya lo había olvidado.

Todos hablaban a gritos en una lengua conocida. Cantaban canciones conocidas. Se zambullían en estados complejos, en los que se entremezclaban la euforia, la tristeza y la embriaguez alcohólica: de forma colectiva sacaban de sí mismos los posos de su tierra natal.

Jadran tenía miedo del alcohol y tenía miedo de entregarse a ese organismo, que pulsaba salvajemente al ritmo de las banales melodías y las simples emociones. No controlaban sus gestos ni su conducta. Causaban tanta risa como pena. Jadran Rimac permanecía indiferente. Esperaba a que apareciera alguien que se lo llevara de allí hacia algo excitante, útil, nuevo. Ahora mismo. Sin perder el tiempo. Para demostrar cuanto antes que la hermandad asediada no se había equivocado al acogerlo. Para hacerse con todo el dinero que circulaba por las calles; para cogérselo a aquellos que se lo quitaron a otros y que tienen más de lo que necesitan; para convertirse en un portador de la justicia; para hacerlo sin piedad y sin escrúpulos; para comprarse un cochazo y entonces, rumbo a Djakovo, pasar a todo trapo por la calle principal dejando tras de sí una ovalada nube de polvo, una neblina a través de la cual se vislumbrarán las sombras de las humillaciones pretéritas.

Rimac ha vuelto.

Alzar la fortaleza. Marcar el territorio, apuntalar las murallas,

rozar con los torreones el oscuro musgo del cielo, ahuyentar a los pájaros, matar a los insectos. Pero Rimac no volverá a los enfangados guetos de inmigrantes y a la podredumbre de sus vidas fracasadas, no volverá con los que han capitulado y se arrastran al encuentro del fin con los brazos rendidos, ni con los jóvenes cuyo deseo innato podría iluminar ciudades incluso más grandes que Zagreb. No volverá con aquellos que le recordarán que antaño pasaba más hambre que ellos y que primero tienes que imponerte para estar mínimamente seguro de que no te cortarán el cuello mientras duermes. Rimac alquiló una habitación poco espaciosa pero elegante en un hotel de estilo secesionista cerca de la estación central de ferrocarriles: la cama maciza irradiaba calidez y seguridad. Abrió la ventana. Desde el cuarto piso, la ciudad parecía todavía más muerta y congelada en el tiempo: las fachadas desconchadas, la promesa de un parque tranquilo y los afilados raíles del tranvía que huían hacia derecha e izquierda.

Un hombre elegante —de bigote cuidadosamente cortado y cabello canoso y escaso bien peinado— bajaba de su habitación a las cinco de la tarde en punto. El servicio se acostumbró al ritmo de Rimac al cabo de pocos días, así que en su mesa de la esquina le aguardaba una comida abundante que, por su contenido, recordaba al desayuno: comía despacio y en completa tranquilidad, pues a esa hora el restaurante del hotel estaba vacío. Las mesas cobraban vida dos o tres horas más tarde. Los directores que sobrevivieron al sistema, con sus arrogantes secretarias; los profesores de universidad; los ensimismados solteros que se aferraban a sus repetidos rituales para no hundirse del todo en su peculiaridad; los hombres inseguros y desconocidos cuyas manos pronto se llenarán del peso del poder; los periodistas extranjeros de ojos cansados, a los que, de entre todos los candidatos para ser destinados a Casablanca, les tocó justamente esta ciudad a orillas de un río muerto. Mientras tanto, Rimac ya se había trasladado al bar iluminado con mano experta y que recordaba a las secuencias de una película ambientada en bares rusos de Nueva York. Se tomaba su té negro, fumaba con una boquilla cuyo orificio más grande estaba ribeteado con un anillo de oro, y se manchaba las manos con las ediciones vespertinas de los diarios. Marinović llegaba antes de las diez y se ponía a hablar sin más: de la lluvia que justamente

arreciaba, del choque de tranvías en el pujante este de la ciudad, de los resultados de fútbol, de las noticias políticas y bélicas que no había oído en la televisión sino de primera o segunda mano, de las desgracias que de manera crónica sufría su automóvil. Rimac aparentaba escucharlo a medias.

Lo trajo consigo porque era leal y porque esa era su ciudad. Marinović era algo más joven que Jadran. Se habían conocido tiempo atrás en una derruida sala de boxeo en Fráncfort, que regentaba Sami, el de Prizren, y donde entrenaban los luchadores callejeros y de los cuadriláteros ilegales. Muchos apostaban por Marinović, por Marin, le sugerían que dejara la calle, que se dedicara a la carrera de boxeador. Pero entonces su puño se hizo añicos y ahora le tocaba sobrevivir en la calle sin los guantes. Rimac y él se volvieron inseparables. Durante un tiempo compartieron piso. Marinović tenía la inteligencia justa para darse cuenta de su estatus en esa relación. Era más que un perro obediente. Lo justo y necesario para no ser vulgar o para que la vulgaridad no fuera evidente a los que observaban desde fuera. Se tenían el uno al otro: esta era la descripción más precisa de su convivencia. Poseerse mutuamente y saberlo era su pertenencia más valiosa, una apuesta fuerte a la hora de repartir las cartas, en la que participaban con la confianza de los tahúres experimentados.

Marinović le dijo a Jadran que el dueño Dragan le mandó decir que aceptaba la oferta. Aceptaba que Rimac se convirtiera en su socio. Las ganancias se repartirían a medias. Hay suficiente para los dos. Y habrá más aún: en el restaurante bodega va a instalar unas tragaperras que solo hasta cierto punto satisfacen el ansia humana de llenarse los bolsillos, ampliarán y arreglarán aquel cuartito de la esperanza, la comida se servirá solo a partir de las once de la noche, todos los que quieran comer y jugar a esta hora no tendrán otra alternativa que la bodega, allí acabarán todos los que buscan algo más que la pura supervivencia y que no se conforman con que las cosas vayan a peor. La fortaleza. La fortaleza, cuyo sentido ahora no es crear las relaciones entre los que están intramuros, sino expandir desde el corazón de la ciudad el hálito del temor por toda la oscuridad circundante, que se infiltre en cada poro, que reine. Que alzar los muros suponga un esfuerzo innecesario, pues no haya contra quién alzarlos, no haya contra quién construir el foso. No

haya nadie.

Capítulo 3

El hijo

Llamé a Mara por primera vez seis días después de nuestro primer encuentro. La llamé hacia el final de la jornada laboral, con la secreta esperanza de que me contestara una voz desconocida que me dijese que la señorita Ištuk acababa de marcharse, o que el teléfono sonara entre unas paredes sordas. Sin embargo, contestó ella. Me presenté: soy Boško Krstanović, del SSN. Enseguida le dije que ya sabía dónde encontrar a Vladimir Magaš. Sabía muchas cosas que quizá le interesaran. No le di la oportunidad de hablar. ¿Podemos quedar a tomar algo? Aceptó con una risa leve. No tardamos en ponernos de acuerdo. Al colgar, una gota de sudor se deslizó por mi muslo.

Lo primero que vi en ella mientras se acercaba a la mesa fueron sus labios pintados de un rojo intenso. Escogí el restaurante bodega a propósito y me senté a la mesa en la que le gustaba cenar a Vladimir Magaš antes de mudarse a la recóndita mesa de juego. Nunca me he interesado por el juego, no conozco ninguno de naipes. No creo en ese dinero ni en el azar. No conocía a nadie que jugara. Y, sin embargo, en cuestión de seis días conseguí descubrir incluso cuál era la mesa de Magaš en su restaurante favorito. En un instante sus labios le confirieron a la luz un nuevo tono y, de repente, todo se volvió más cálido, más aterciopelado. No había nadie: en los últimos tiempos el restaurante había ido a menos, como una mala copia de sí mismo. Dragan Kraljević llevaba años enfermo, así que el negocio lo regentaba su hermano Mirko. La bodega se apagaba lenta y penosamente, igual que la vida de Dragan. Ya no la frecuentaba nadie que se considerara importante.

—Vladimir Magaš vive en una residencia —le dije en cuanto se sentó frente a mí.

—¿Y para eso te han hecho falta seis días? —me preguntó

sonriendo. Yo también sonreí.

Seguí dándole información. Magaš se quedó sin su piso. Se lo quitó Jadran Rimac. Tal vez se acordó de todas las deudas de Magaš, los préstamos de juego jamás devueltos, sumó los intereses, quizá generosamente redujo la suma a la mitad, aunque continuaba siendo un montante inalcanzable para el desafortunado jurista Magaš. Así que se apropió de su domicilio en el centro de la ciudad, en la calle Masarykova. Un piso arreglado y espacioso en la primera planta de un edificio viejo, pero bien conservado. Una mañana alguien informó a Magaš de que debía mudarse. No protestó, ni siquiera se sorprendió, no pidió un aplazamiento de un par de meses o un par de semanas. Al día siguiente, aprovechando una vieja amistad, se convirtió en inquilino de una residencia para la tercera edad, a quince minutos andando desde su antiguo apartamento.

—¿Por qué decidió quedarse con su piso? —preguntó ella.

—Para humillarlo. A Rimac no le hace falta ni ese piso ni el dinero. Posee demasiado como para tomar de aquellos a los que tiene en alguna consideración. Se trata de algo más que un simple negocio.

—Razonas bien. —Su reconocimiento me sonó a ofensa—. Sin embargo, la pregunta es: ¿por qué?, ¿por qué lo hizo?

—Pues porque ya no lo necesita, no lo sé. O porque estaba enfadado por algo. No lo sé, puede ser cualquier cosa, incluso puede ser algo que nunca se nos hubiera ocurrido.

Me dijo que teníamos que averiguarlo con detalle. Las suposiciones no nos llevarían por buen camino. Si llegamos a averiguarlo, quizá estemos al principio del fin de Rimac. Me preguntó si tenía miedo. ¿Si tenía miedo? ¿Qué iba a darle miedo si no tenía nada que ver con todo eso, excepto por haber leído algunos informes de archivo y haberme informado en algunos sitios? No había hecho nada de lo que tuviera que arrepentirse. Me miró como si estuviese pensando: ¡¿qué hago yo aquí con este hombre?!

—Voy a pedir que el Servicio te destine a la unidad de operaciones de investigación del caso Rimac.

Quise decirle que no. Pero instintivamente no dije nada.

—Si no tienes miedo… —añadió.

Y aunque lo tuviera, y se tratara quizá tan solo del esbozo del

miedo que se vislumbraba a través de un velo gris, no podía admitirlo. Quería acercarme a Mara Ištuk. Hacía tiempo que no tenía novia, más de dos años. ¿Cómo voy a alcanzar con mi lengua sus hinchados pezones si admito que tengo miedo? ¿Cómo quieres que ella abra sus inflamados labios y muslos ante un cobarde, que tiene miedo de un hombre al que todavía no conoce, sobre quien, como acaba de decir, tan solo ha leído en los informes olvidados y oído entre los rumores que corren por la ciudad? Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para seducirla, pero los de la calaña de Rimac realmente no despertaban mi interés. No quería entrar en el mundo de los maníacos innatos.

—¿Quién dirige esa unidad? —pregunté.

—El fiscal general Čabraja en persona. ¿Te parece bien que te proponga?

—No pienses que me asusta. Pero debes saber que ese tipo de criminales no me interesa, la gente como Rimac no despierta en mí ninguna pasión. Me resulta indiferente. Estoy en este departamento por casualidad. De hecho, es algo temporal: estoy esperando a que me trasladen a Delitos Políticos. Se me da bien. Quiero ocuparme de los verdaderos criminales y no de estos imbéciles, que solo suponen una amenaza para otros imbéciles. ¿Para qué está si no la policía, si el Servicio tiene que ocuparse de los delincuentes de la calle? Pronto alguien se dará cuenta de que puedo ser más útil si me dedico a lo que me interesa, a lo que estoy dispuesto a entregarme. Por eso es mejor que no me propongas para este trabajo. No te seré de utilidad, en el departamento hay muchos que son mejor opción que yo…

—Yo te quiero a ti…

Me detuve de repente, con la esperanza de que sus palabras fueran ambiguas, aunque nada lo presagiaba. ¿Me está seduciendo? ¿Es posible que desee lo mismo que yo? He de mantener la calma.

—¿Por qué a mí?

—Porque no tienes miedo —me contestó y esbozó una bonita sonrisa.

Al día siguiente, mi jefe me informó de que me habían destinado a la unidad que trabajaba en el caso Rimac. No tenía tiempo para hablar y yo tan solo quería decirle que por supuesto iba a aceptarlo, pero que debían volver a considerar seriamente cuanto antes los

argumentos de mi petición para un traslado a Delitos Políticos.

Me tocó Vladimir Magaš. Que me enterara de todo, que intentara acercarme a él. Magaš sabía sobre Rimac más que nadie. Se le consultaba todo, o casi todo, y ahora tenía motivos para sacar los trapos sucios a la luz, desenmascarar a Jadran Rimac, arrepentirse y renegar de él. Rimac le había quitado el piso. Y algo todavía más valioso que el piso: le había arrebatado la soledad, la posibilidad de no ver a un ser humano en días. Desde que en 1994 su esposa lo dejó, Magaš se aisló en la soledad. Cada día iba a su casa la señora Matija, le llevaba los diarios, libros de la biblioteca, pan, vino, le preparaba la comida y se marchaba. A veces Vladimir la invitaba a quedarse a comer y tomarse medio vaso de vino tinto. Los jueves hacía la colada, los viernes limpiaba el polvo. Últimamente, a duras penas podía pagarle, aunque se tratara de una cantidad modesta. Su pensión era miserable y los pocos ahorros desaparecieron como el agua por un cedazo. Ya no cobraba de Rimac, ni podía pedir préstamos que casi nunca duraban hasta la siguiente madrugada en vela. La pensión no le alcanzará ni para pagar la residencia.

Tenía que idear un plan para acercarme a Magaš, para ganarme su confianza. Durante diez días le di mil vueltas a cómo hacerlo, ideas que morían nada más nacer: las mataba algún detalle, morían por ser poco convincentes e ilógicas. Mara no dejaba de meterme prisas. Me llamaba hasta dos veces al día para preguntarme si se me había ocurrido algo. Al anochecer nos encontrábamos en un bar cercano a su trabajo. Bebíamos cerveza y Pelinkovac hasta bien entrada la noche. Nos besábamos sentados en un reservado tapizado en rojo, aplazando la hora del cierre con una copa más, con un cigarrillo más. Me llevaba en coche a su casa. Le lamía el cuello y el vientre, una húmeda curva que descendía por su espalda le arrancaba un suspiro. Cerraba los párpados, tan relajada que no la reconocía. Después me preguntaba si se me había ocurrido algo bajo la influencia de su piel. Reíamos.

Una mañana leí en el diario que Dragan Kraljević había muerto. El artículo decía que el conocido exrestaurador y amigo personal de muchos artistas y personalidades había fallecido tras una larga e incurable enfermedad. El funeral se celebraría dos días más tarde en el cementerio principal. Era un hombre, escribía el inspirado

periodista, que trajo a nuestra ciudad el aire de las grandes ciudades occidentales cuando aún reinaba el oscuro comunismo. Él nos dio a conocer una comida diferente, los vinos caros, el marisco, el caviar. Sabía cómo vender el lujo, tenía encanto, la ciudad entera se rifaba su atención. Era más poderoso que, por lo menos, la mitad de los miembros del Comité Central. Sabía tratar a la gente. Sin embargo, la guerra acabó con él, no encontró su lugar en los nuevos tiempos, llegaron otros. En un principio se adhirió a ellos, pero no pudo con ello. Se retiró, luego enfermó. Murió olvidado, concluía la nota.

Entre las esquelas también estaba la fotografía de Dragan Kraljević. Su triste esposa Marija, hijas Dunja y Nataša y sus familias, además de otros afligidos familiares. Había más esquelas con el mismo nombre y la fotografía. Una de ellas la suscribía una tal «Dubravka». El texto era breve: «Al querido Dragan el último adiós, Dubravka». ¿Quién era? ¿Quién podía ser esa mujer?

Señor Vladimir, le dije, mi padre lo mencionaba, entiendo que se conocían bien. Yo lo conocía muy poco, casi nada. Tengo que saber más de él. Háble me de Dragan Kraljević, mi padre.

Quizá la treta resultaba demasiado barata, aunque yo pensaba que cualquier anzuelo le resulta irresistible al hombre que desea hablar. Si no quiere, entonces no hay anzuelo que muerda.

El compañero de habitación

Me desperté en el hospital militar de una ciudad costera. En la habitación había cinco camas más, pero solo una estaba ocupada. Fuera llovía y tronaba. No hay nada peor que la tempestad matinal, que te despierten los truenos y relámpagos y el golpeteo de los canalones. Relámpagos y sables perforaban mis sienes. Como si mi cabeza fuera una hoja de papel que una fuerte mano rompiera en pedazos.

—Señor, ¿tiene usted un cigarrillo? —le pregunté al hombre que ocupaba una cama a mi izquierda.

—No… Yo también tengo ganas de encenderme uno…

Permanecimos en silencio sin movernos. Comprendí que, de hecho, no podía ni moverme. El dolor era lo único que preservaba la unidad de mi cuerpo.

El médico llegó media hora más tarde. Mi compañero de habitación le preguntó enseguida si tenía un cigarrillo y el médico hizo como si no lo oyera. Era relativamente joven, desde luego bastante más joven que yo, y debajo de la bata vestía un traje oscuro, camisa blanca y corbata azul. Se acercó a mi cama, esperando que yo le contara cómo me encontraba. Daba la impresión de tener prisa. Mi arrugado compañero de voz ronca, a quien solo veía de reojo, volvió a preguntarle si tenía un cigarrillo. El médico se dirigió a mí: le hemos operado dos veces, una en el abdomen y otra en la pelvis, intervenciones realmente complejas, aunque confiamos en que todo vaya bien; seguiremos con atención sus progresos en los próximos días, la fase crítica; reposo absoluto. Se dirigió hacia la puerta. Hasta luego. Mi compañero le preguntó una vez más si tenía un pitillo. De nuevo, el joven médico ni se inmutó y en la mano de mi compañero apareció una pistola. En tres zancadas alcanzó al doctor, cuya mano derecha ya cogía el pomo de la puerta. Lo agarró por las solapas y al cabo de un segundo ya le metía el cañón de la pistola en la boca. Alcé la cabeza para ver mejor lo que estaba ocurriendo: cada milímetro me suponía una

nueva punzada en el cerebro, un sable ardiente en la columna, en las costillas.

El médico se encontraba ahora sobre una de las camas libres y mi compañero estaba encima de él con la pistola en la mano.

—Eh, baja la pistola, hombre, qué coño te pasa… —le dije tranquilamente.

—¡Tú no te metas! —dijo sin mirarme—. Le preguntaba al doctor. Doctor, dame un cigarrillo, sé que fumas. Venga, dámelo…

El médico, inmovilizado, empezó a palparse los bolsillos. Lo hacía de forma nerviosa, ridículo como un robot que se hubiera tomado una droga de efecto instantáneo. Sentí alivio cuando en alguna parte palpó una cajetilla.

—Y fuego…

Mi compañero dio la primera calada y con cara de asco le masculló que se largara. El otro salió pitando de nuestra sala. Ni siquiera se dio la vuelta. Mi compañero de habitación se tumbó en la cama en la que poco antes yacía el joven médico. Enviaba las bocanadas de humo hacia el desconchado y agrietado techo. La pistola descansaba en su bajo vientre.

—Te agujerearon los elefantes, ¿eh? —dijo sin dejar de mirar los desconchones del techo. Asentí. Callamos de nuevo—. Nunca he visto un elefante en vivo —dijo por fin.

Su cigarrillo se consumía a toda velocidad. De repente dio un respingo, la pistola rebotó dos veces en el suelo de linóleo, abrió la ventana y lanzó la colilla. Volvió a su cama.

—¡Vaya, no cogí un cigarrillo para ti! —se acordó de pronto. Le dije que estaba todo bien y que no importaba.

Le pregunté su nombre. Se llamaba Ljubo Begić. Era bastante más joven que yo. Fuerte como un roble. No aprecié ningún defecto en su cuerpo. A simple vista, no veía por qué motivo estaba ingresado en el hospital.

—¿Y a ti qué te pasó?

—No saben aún… Me desmayé. Nada, acabé de comer y simplemente me desplomé. Pensaban que era el corazón, pero me echaron agua y bien, me desperté. Al cabo de media hora lo mismo. Entonces me enviaron al hospital a hacerme unas pruebas. No encontraron nada, así que me enviaron aquí. Que me dé el aire del mar. Llevo aquí seis días.

—¿Y en el hospital también te desmayabas?

—Pues claro, por lo menos siete u ocho veces. Me despiertan y todo bien. Y a ver cuándo volverá a pasar. Es lo único malo. No sabes ni cuándo ni dónde te puede pillar. Cada vez que voy al baño tengo miedo.

Sonrió brevemente. Yo sonreí aún menos. Tiene la sensación de que en alguna parte de su cabeza hay goteras que provocan cortocircuitos que apagan sus ojos y sus pensamientos. Tiene que haber algo. Quizá algo de la guerra. Lleva cuatro años en la guerra. Ha visto de todo. Pero no elefantes.

—Cuando me recupere, te llevaré a ver a Soni y a Lanka. Si todavía estás aquí…

—Estaré aquí todo lo que quiera, lo que haga falta. Háblame de los elefantes.

—Tienes que verlos. No te serviría de nada si solo te hablara de ellos… Los elefantes son elefantes. Como los de la televisión, pero cuando te acercas a ellos…

—¿Huelen muy mal?

—Sí, pero cuando te acercas a ellos no hueles nada, se te tapa hasta la nariz. Nada, solo están ellos y tú. Por eso digo que no se puede describir.

Me preguntó si consumía drogas. He probado de todo, pero no puedo decir que me drogue. Cuando me ofrecen un canuto o una raya de coca lo acepto, aunque puedo vivir sin ello. Soy demasiado viejo para esas cosas. Sacó una bolsita y volcó un poco de polvo sobre un trozo de espejo roto que había sobre su mesita de noche. Hizo dos rayas con la coca, enrolló un billete de cien marcos y lo acercó a mi nariz. Inspiré. Por un momento sentí un picor en la nariz, como si estuviera a punto de estornudar. Él también inspiró. Lo acompañó de un suspiro de satisfacción. ¡Ohhh!

Volví a tener corazón, galopaba hacia mi garganta oprimida. Como por un acto reflejo giraba la cabeza hacia un lado y todo me dolía. Eso está bueno. Me llegaba su voz a través de mis harinosos oídos, es buena, es buena, y cara, me cago en todo, ya encontraremos dinero en alguna parte, compraremos un kilo, eso sí que es un negocio, habrá para nosotros y para otros. Quise levantarme y lavarme la cara. No podía. Mi corazón pataleaba, sin avanzar, ahí en la boca de la garganta.

—Me has prometido lo de los elefantes, no me falles.
—No, te lo prometo.
—Más te vale.

La ciudad y los perros

Vladimir Magaš abrió la puerta de su casa y enseguida chocó con la mirada altiva del hombre a quien conocía solo por su apellido, a quien todos conocían por su apellido. Marinović. Callaban con el silencio de dos personas que se habían encontrado bastantes veces como para acordarse el uno del otro, pero que nunca habían estado a solas. La primera vez que te quedas a solas con un ser humano surge la incomodidad. Marinović preguntó si podía entrar. Se sentaron en los sillones de la sala de estar y el invitado no tardó en encender un cigarrillo. Su mirada se posó brevemente en las paredes. Magaš no había adquirido ni uno de esos cuadros, los compraba su difunto padre o se los regalaban. Božidar Magaš era un cirujano de renombre, profesor en la Facultad de Medicina. Murió justo cuando empezó a rumorearse que le iban a aceptar en la Academia de las Ciencias. Le gustaban los cuadros de Gabrijel Jurkić, los efervescentes paisajes bosnios embebidos de tristeza. Dos óleos de Jurkić, de los que su madre, Jelena, no paraba de quitar el polvo y las sombras, colgaban en la sala de estar y durante un tiempo Marinović los estuvo observando mientras expulsaba el humo. Luego apagó el cigarrillo.

Vamos al grano, dice el invitado, me envía Jadran Rimac. Tiene una oferta para el señor Vladimir, y quiere que el señor Vladimir se lo piense bien. Jadran Rimac lo sabe todo, no lo rechace, no lo subestime. Jadran Rimac le tiene aprecio al señor Vladimir y quiere serle de ayuda en esta situación tan desagradable. El dueño Dragan se lo contó todo a Rimac. No tiene sentido su rechazo, dijo el invitado, no tiene elección. A Rimac no le gusta que le rechacen. Le disgusta especialmente que rechacen su mano tendida. Entonces suele perder los nervios y la consideración, quizá ha llegado a oír algo al respecto. Magaš preguntó qué debía hacer. Marinović le contestó que una noche de esas fuera al restaurante de Dragan: encontrará a Jadran en la sala anexa, Jadran se lo explicará todo. Nada más. Magaš se limitó a decir hasta luego y cerró la puerta tras

esa visita de negocios.

Dos días antes de la visita no anunciada de Marinović, el 14 de octubre de 1991, Magaš recibió un recado del despacho, en el que se le decía que durante algún tiempo no acudiera a la oficina. Se lo comunicó su secretaria. No sabía nada más que eso. Le comunicó lo que le dijeron que dijera. Intentó recordar si había hecho algo que confirmara las sospechas de su intolerable reticencia hacia la revolución. No había nada. Ya tenía cuidado de no participar en las conversaciones en las que debía pronunciarse sobre la realidad. Se limitaba a intercambiar de forma cortés palabras con la gente, el espacio abierto le sentaba mal. Desde que le dieron el recado de no ir a trabajar no había abierto la puerta de su casa, hasta que llamó Marinović. ¿Y adónde iba a ir? Su ciudad, la ciudad en la que nació, le había sembrado en las calles barrotes y muros, fronteras y prohibiciones, campos de minas, trampas y cepos. Por todas partes acechaba el peligro, no había un solo rincón seguro en ningún lugar, mientras que hasta ayer todos habían sido mullidos como cojines.

Su secretaria volvió a llamar una hora después de que Marinović dejara el piso de Magaš. Otro recado desde arriba: que mañana por la mañana acudiera al trabajo. ¿Había pasado ya el peligro? ¿O lo llamaban para acabar con él? Cogió el sueño, como siempre, antes del amanecer durante un par de horas.

Por la mañana se fue al despacho. Se comportaba como si tuviera por delante una más de la serie de miles de mañanas idénticas en la oficina. Su secretaria le llevó un café turco bien cargado, él se fumó el primer cigarrillo y leyó el diario. En realidad, ni tomaba café ni fumaba ni leía las noticias, tan solo esperaba a que sonara el teléfono, que su jefe lo hiciera llamar. Conocía poco a su jefe. Magaš llevaba en esa casa más de veinticinco años, su jefe la pisó por primera vez hace poco más de uno: su nombramiento fue una de las primeras decisiones del gobierno democrático. Antes que nada colocaron a su gente en la fiscalía, el Ejército, el SSN, la policía, la radio y la televisión, la prensa. A los del poder les gusta sentirse seguros. Vladimir Magaš había oído hablar de Branimir Majstorović antes de que este se convirtiera en su jefe, aunque formalmente se conocieran desde hacía solo un año. Majstorović ejercía como abogado en una ciudad del este del país, defendía

sobre todo a pequeños delincuentes, aunque el negocio no marchaba: para ser exactos, a Majstorović no le importaba mucho ganar clientes ni tener buena relación con los jueces. Era perezoso, pero astuto y lúcido, lo cual no resulta una combinación poco frecuente. Cada domingo iba a misa y este era el máximo gesto de su resistencia a los comunistas. No era de los suyos, porque no contaba con ambición; no estaba en contra de ellos, porque tal cosa requería una cierta actividad mental y, tal vez, física. Sus visitas a la iglesia suponían más bien la devolución de una deuda: había sido seminarista, pero abandonó el monasterio antes de la misa de ordenación. No es que conociera a una chica y se enamorara, sino que una mañana cualquiera se despertó con la clara conciencia de que esa vida no era para él. No lo era y punto. Igual que no todo el mundo sirve para todo.

Entonces, por fin, nació su ambición. De pronto, Branimir Majstorović deseó una vida diferente. Era un hombre nuevo, menos importante que el de antaño: dejó de ser perezoso, porque ser constructivo y perezoso no va de la mano. Se mudó a la capital. No se tomó su papel a la ligera. Su porte era envarado, como el de alguien que se cree muy importante. Sin embargo, le quedaba algo de sentido común. Seguía pensando con rapidez.

Vladimir Magaš estaba sentado en una butaca tapizada frente a la mesa a la que se hallaba sentado Majstorović. A la espalda del mismo había una ventana, así que Magaš podía observar las nubes como buñuelos en un cielo perfecto. No disponemos de mucho tiempo, señor Magaš, deberá hacer algo por nosotros, le explicaré de qué se trata. Algunos de nuestros chicos hicieron una tontería: mataron, se descubrió, la policía no tuvo más remedio que detenerlos. Lo confesaron todo, hasta el último detalle, aunque no contaron con la presencia de un abogado, así que sus confesiones no se pueden utilizar. Cuando los asistieron con abogados empezaron a defenderse con el silencio. Pero en cualquier caso la policía cursó la denuncia. Las pruebas son tan poca cosa como el papel de fumar. Casi nada.

Magaš se dio cuenta enseguida de que no se trataba exactamente de nada: por amor de Dios, saben que se trata de asesinos, lo confesaron. ¿Cómo no iban a denunciar a unos ciudadanos de los que se sabe que han matado? Cuando se tiene la certeza de haber

cogido a los culpables es mucho más fácil dar con las pruebas incriminatorias. Los encerramos un par de meses, piensa la policía, y mientras tanto ya encontraremos algo, o alguno de ellos se derrumbará en presencia del abogado.

Majstorović escuchaba la explicación de Magaš, que le resultaba conocida. Magaš no le había descubierto nada nuevo. Con su mirada, Majstorović intentaba hacerle entender que no lo había llamado para que le enseñara a él, su superior, el abecedario. Sabemos todo eso, colega Magaš, está todo claro. Pero también sabemos que nos encontramos en guerra, ¿verdad? ¿O tal vez para usted no nos encontramos en guerra? Se trata de nuestros chicos, los serbios nos atacaron a nosotros y no nosotros a ellos, eso lo sabe todo el mundo, ¿qué tipo de mensaje enviaríamos a nuestros defensores si arrestamos a los más valientes y a los mejores y además los juzgamos? Estamos en guerra, y una golondrina no hace verano: hay que ver el cuadro en su conjunto, no tenemos derecho a ser miopes y egoístas. ¿Acaso no se trata de egoísmo cuando en la guerra uno solo piensa en su propia honradez? ¿Dónde iríamos a parar si todos actuásemos así?

Magaš no pudo decir nada. Estos van en serio, pensó para sus adentros, estos no están para bromas. Hay que huir de ellos cuanto antes y cuanto más lejos mejor.

Majstorović esperó educadamente a que Magaš siguiera en silencio durante unos diez segundos y entonces le dijo que la secretaria tenía la lista preparada y que el asunto debía resolverse el día siguiente por la mañana. No obstante, los chicos están en prisión preventiva, añadió.

Por la noche, Vladimir Magaš se pasó por la bodega de Dragan. Estaba medio vacía. Era jueves. Todo parecía estar amortiguado. Preguntó en la barra si estaba el señor Rimac. El camarero le contestó sin vacilar que este se encontraba en la sala adjunta. A la mesa se hallaban sentados Rimac, Marinović y el dueño del local, Dragan. Magaš dirigió a cada uno de ellos una mirada interrogativa. Se detuvo en el vano de la puerta, hasta que Rimac le hizo una señal para que entrara. Se dejó caer en una de las sillas de madera junto a la mesa redonda de madera maciza, cubierta con un fieltro verde. Rimac lo felicitó por acudir tan pronto. Este es su sitio, señor Magaš, dijo, aquí puede ser usted mismo. ¡Lo necesitan, Vladimir,

tan solo faltaba usted! Jadran Rimac no debe cometer errores pequeños y estúpidos, de los gordos se ocuparán personas más importantes. Necesita a alguien que trace las fronteras, señalice los campos de minas, reconozca los peligros, advierta de las características de los amigos y enemigos, negocie, comercie, abra puertas, ejerza su influencia. Alguien con experiencia y con un nombre. Usted también necesita a alguien, señor Magaš, alguien que despliegue el paraguas por encima de su cabeza: las primeras gotas gruesas ya le están mojando la frente, pronto llegará la tempestad y su cabeza se disolverá como un azucarillo. Rimac conoce muy bien la situación de Magaš en su trabajo. Ya no existe el Estado, el Estado ha cambiado, ya nadie cuida de usted, señor Magaš. Ahora, en lugar del Estado y del sistema, aquí está Rimac. Aunque todo sigue igual: se trata de dar y recibir algo a cambio. Además, este juego cuesta dinero. La oferta de Rimac es la más generosa. No tendrá que renunciar a sus excursiones a Baden-Baden, podrá seguir perdiendo dinero como un señor, seguir haciendo apuestas altas. También podrían hablar en otros términos, Rimac simplemente podría dejar que Magaš fuese pasto de los buitres. La oportunidad que le ofrece no se le volverá a presentar. Mienten, Vladimir, aquellos que le prometen que cuidarán de usted solo porque le tienen cariño, porque tal vez es usted una buena persona, porque en una ocasión hace tiempo les hizo un favor. La guerra está aquí, todos se han convertido en mercaderes y cada uno mercadea con lo que tiene.

Magaš le pidió a Rimac que fuera más concreto, que le explicara más detalles. ¿Qué es lo que esperaban de él, qué tendría que hacer?

Rimac le dijo que en los tiempos que corrían uno no podía ser concreto. Tan solo podía decirle que tendría un sueldo razonable y que estaría a salvo, en la medida en que alguien como Magaš puede estar a salvo. Desempeñará su trabajo, solo que a partir de ahora partirá de la posición opuesta a la de antaño: no acusará, sino que defenderá. Al principio seguramente le resultará extraño, pero se acostumbrará. Usted es un hombre inteligente, Vladimir, y la gente inteligente debe defender y no acusar. Este reparto de fuerzas es en interés de la justicia.

Magaš se lo pensará, en todo caso agradece la oferta. Piénseselo,

le dijo Jadran Rimac, y vuelva mañana a la misma hora. Tenemos que actuar con rapidez, la ciudad está llena de perros hambrientos que aprovecharán cualquier descuido, cualquier despiste o indecisión. Además, también le dijo que le gustaría que se tutearan. Ningún problema.

Entonces Dragan habló por primera vez. Le preguntó a Magaš si quería tomar algo. No quería nada, dijo que se iba, que estaba cansado. Buenas noches, señores.

Desde el restaurante de Kraljević hasta la casa de Magaš hay cinco minutos caminando a paso tranquilo. La ciudad estaba desierta y en calma. El tranvía número 12 traqueteaba junto al edificio del Teatro Nacional. En el segundo vagón no había luz: cuatro pasajeros se habían convertido en negras siluetas de papel, que nunca llegarían a la última parada. Vladimir Magaš sostenía en la mano izquierda un pequeño paraguas medio roto, ideal para perderlo sin lamentarlo, y en la mano derecha un cigarrillo. ¿Debería llamar a alguien para pedirle consejo? Como mucho consideraba a dos personas. Una era su esposa Jasmina: llevaba ya un mes en casa de sus padres —que vivían en Suiza desde hacía tiempo, en una localidad cercana a Zug— y volvería en unos días. La otra, su mejor amigo, su padrino de boda, Krešimir Malenica, uno de los más célebres abogados de la ciudad: defendía a grandes criminales y a todos aquellos que disponían de suficiente dinero como para pisar el umbral de su despacho. Era una persona teatrera y bulliciosa, a menudo extrema, pero siempre tenía una respuesta a toda pregunta. Resultaba imposible pillarle en falso. Magaš y Malenica se habían conocido en la universidad, pero se hicieron amigos quince años más tarde, cuando se encontraron en un tribunal como oponentes. Un año y medio después, Malenica era su padrino en una boda refinada y elegante con una veintena de invitados.

Esta noche, Magaš no llamará a nadie. Tiene que resolverlo él solo. En un momento de debilidad, la conciencia de ello fue como una caricia para su adormilada prepotencia.

Capítulo 4

Mara

Radoš me llamó poco antes de acabar la jornada y me comunicó que estaba aprobado. Me habían asignado el caso del asesinato de Andrija Sučić. Podía viajar en un día o dos y una vez allí debía dar parte a un tal Marić. Debía poner por escrito las hipótesis que tuviera en la cabeza, si es que tenía alguna. Lo importante era que no hiciese nada por iniciativa propia y que me ajustara a las directrices. El caso no merece tanto empeño, me dijo, nadie va a lucirse ni a ganarse un ascenso con él. Me callé que eso ya lo sabía sin que me lo dijera.

Volví a llamar a Mara. Esta vez contestó. Por fin contestó.

—Ey… —Me sentía confuso—. ¿Dónde estabas? Pero ¿dónde estabas? Te estoy llamando desde hace… No sé, hace días…

—Estaba durmiendo —dijo con voz adormilada y malhumorada —, estaba durmiendo… Mucho, supongo…

—¿Casi tres días? Es increíble, ¿de verdad?

—Pues mira…

—En quince minutos estoy ahí…

—¡No, espera! Ven en una hora… Así mientras tanto me despejo…

—Vale, en una hora estoy allí. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro…

Una hora más tarde me hallaba frente a la puerta de la casa de Mara y llamé al timbre. Tardó mucho en abrir. Apareció al cabo de casi diez minutos, justo cuando estaba decidido a irme. Estaba harto de todo. La había pillado en la ducha y no oyó el timbre. Nos dimos un beso en la mejilla mientras entraba en su casa. Todavía olía a sueño. Durmiendo se perdió hasta el entierro de Jadran Rimac.

Parecía un globo desinflado.

Me preguntó si quería té, pues no tenía café. Té sin azúcar, porque tampoco había azúcar. No, no quiero nada… Dijo que se iba a liar un canuto, lo necesitaba. Para despertarse. Últimamente le gustaba empezar el día con un canuto, todo se volvía más suave, más redondo, más color pastel, más lento. La realidad era más aceptable.

—¿Has dormido bien? —le pregunté para iniciar la conversación. Estaba desmenuzando el hachís sobre la mesa, así que se limitó a alzar la mirada y afirmó con un gesto. Yo me había sentado frente a ella—. ¿No te has enterado de que han matado a Andrija Sučić…? Ayer. Un francotirador lo alcanzó en la cabeza, delante de su casa.

—Supongo que no es difícil adivinar quién le disparó. Tenía que ocurrir, hablaba demasiado. Se sabía…

—Pues sí, pero hay algo más… Él era mi viejo. Andrija Sučić. No te lo había dicho antes, no sé por qué. Yo también me enteré hace poco —dije en un suspiro.

—¿Cuándo?

—Hace más o menos dos años y medio. Aquella vez que lo asaltaron en una taberna. Mi vieja me lo contó entonces.

Me observaba sin abrir la boca. Dejó de rascar con las uñas la china de hachís. Le conté que me enfurecí con mi madre cuando me lo dijo, pero comprendí que la rabia no me iba a llevar a ninguna parte. Me preguntó si estaba enfadado porque mi madre no me lo hubiera dicho antes o porque finalmente reconociera que Andrija Sučić era mi padre. No tenía el humor o las ganas para seguir mintiendo: me cabreó que ese tipo fuera mi padre, por supuesto, no quería que nadie se enterara. Me habría suicidado si alguien llega a enterarse. Mi vida se habría ido a la mierda. Por eso tampoco se lo había contado a ella. Lo mejor era callarme, porque cualquier confidencia abriría la puerta a una avalancha de nuevas preguntas y más preguntas, de dilemas y malestar. Me sentiría como si esperaran algo de mí: la presión de la esperanza ajena puede ser igual de insoportable que cuando una sola persona o todo un pueblo esperan algo de ti. Valoré que lo mejor era que nadie lo supiera, así quizá yo también me olvidaría de ello.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me preguntó y siguió

desmenuzando la china.

—He pedido que me destinen al sur, que me asignen el caso. Me lo han aprobado. Me voy mañana o pasado.

Cuando me preguntó por qué me iba no supe qué contestarle. ¿De verdad quería dar con el asesino de mi padre?

Lo han matado porque por fin empezaron a tomárselo en serio. Mientras hablaba de nuestros crímenes en la prensa más marginal se cagaban en su madre en voz baja o a grito pelado en las tabernas cuando Sučić no andaba cerca. Lo tenían en el punto de mira, aunque no hasta el punto de pensar en asesinarlo. Pero entonces alguien obligó a alguien a que forzara a la fiscalía del Estado a llamar y tomarle declaración a Andrija Sučić. Que contara aquello que ya le había contado a la prensa. El Presidente estaba muy enfermo y el hielo comenzaba a derretirse. Ya nadie podía congelar el agua, que se filtraba entre las grietas, que formaba canales y después cañones y anchos cauces fluviales. Ya nadie pensaba en el poder, en el Presidente que todavía agonizaba, en la historia, en las ideas. Todos pensaban únicamente en sí mismos. Por eso mataron a mi padre. Caminaba por los pasillos del Servicio y me topaba con la gente y en sus ojos solo leía una única pregunta: ¿qué será de mí? Mientras tanto yo, como Mara ya sabía, me ocupaba de Vladimir Magaš y de Jadran Rimac. No tenía ni idea de que fuesen a disparar contra mi viejo. Pero sabía que eso no iba a acabar bien. No tenía el valor para hacer algo, para intentar protegerlo. Me daba miedo resultar sospechoso y no ser capaz de vivir con ello. Alguien podría cuestionar mis motivos. En este país siempre existe un motivo secreto, sucio o bajo para hacer el bien. ¿Por qué este hace esto? Nadie hace nada llevado por motivos generosos o sinceros. Siempre resulta que uno es el primo o el padrino, siempre se trata de fastidiar a alguien, abierta o solapadamente. Siempre resulta que eran compañeros de colegio, o que sus padres iban juntos a bailar, siempre se trata de devolver el favor, las viejas deudas, el dinero, la vanidad, la revancha, la envidia. ¡No existen los motivos puros, no existen! Eso se aprende poco después de llegar al Servicio. Si alguien se ocupara de mis motivos, me desenmascararían y me excomulgarían. Todos me abandonarían. Lo máximo que me atreví a hacer fue pasar una tarde, poco después de descubrir quién era mi padre, frente a la finca donde vivía la hija de Andrija, Dinka, mi

hermanastra. Tenía una foto suya. La esperé sentado en un banco. Quería acercarme a ella y decirle quién era. Recorrió a grandes zancadas el camino entre el aparcamiento y la entrada del edificio. Era alta. Mi corazón se aceleró durante esos segundos, pero no me moví de mi lugar.

No habría conseguido nada si le hubiera dicho a alguien que intuía que a Andrija Sučić iba a pasarle algo malo. Solo habría llamado la atención, aunque no para bien. Me recordarían, pero todo seguiría igual. En ese momento y de forma irremediable, mi vida se rompería en añicos irreconocibles. Por un padre que jamás he tenido, habría perdido todo cuanto tengo y todo cuanto podría haber tenido. ¿Se merecía él que yo corriera ese riesgo? Veía cómo se dirigía hacia la muerte y lo dejé ir. No me dio nada y yo tampoco le daré nada. Además, es un traidor.

—¿Y tú crees que se lo ha merecido? —me preguntó antes de humedecer con la lengua el papel de liar transparente.

No sabía la respuesta. No quería decir algo de lo que después tuviera que arrepentirme. Él decía la verdad: mataron a gente, pero a mí qué más me da su verdad y qué más le da a cualquiera su verdad. Además, nadie sabe qué lo llevó a contar lo que contó.

—¿Y qué importa el motivo? Si es verdad, qué más da el motivo —dijo ella.

—No importa, pero… Inevitablemente uno se pregunta por qué. ¿Por qué lo hizo?

—Vaya tontería. ¿Por qué tenemos que llevar cada cosa, cada problema, al plano personal? Se trata de un comportamiento primitivo. Ya hemos hablado muchas veces sobre ello. De este modo, todo se puede relativizar, solo depende de qué punto partamos a la hora de relativizarlo. Podemos rebajar el heroísmo y elevar la cobardía. En principio es suficiente con ponerse en el lugar de esa persona en cuestión y de sus posibles motivos.

—Está bien, pero los motivos no pueden separarse así como así, como se separa el agua del aceite. El motivo es la parte consustancial de la verdad. Solo el motivo nos ofrece una imagen completa, nos facilita el adoptar una postura correcta ante algo. ¿No es así?

Dijo que no estaba de acuerdo. Dijo que en el Servicio nos enseñaban mal. Algo es cierto o no lo es, al margen de que los

motivos sean buenos o viles, que estén entre bambalinas o sobre el mismo escenario. Ahora era yo quien no estaba de acuerdo. Quizá solo quería llevarle la contraria y tenía la sensación de que se me daba bien. Si no pensamos en los motivos, se aprovecharán de nosotros. Nuestra fe en la verdad nos conducirá a servir al diablo. Es decir, un pecado mayor del que cometeríamos si cerramos los ojos y dejamos que la verdad pase a nuestro lado.

Mara encendió el canuto. Estaba comprando tiempo para el próximo pensamiento. Ahora le tocaba a ella. Me preguntó cuál era mi motivo. ¿Por qué me iba al sur? ¿Por qué había solicitado que me asignaran el caso? Le dije que para ser sinceros no lo sabía. Por alguna inquietud que, quién sabe, quizá no duraría mucho. Si hubiera dejado pasar algún día más, tal vez no habría hecho nada. Con los párpados cerrados inhalaba el espeso humo y disfrutaba de su superioridad. La habitación continuaba en penumbra.

—En realidad, tú defiendes tus actos —le dije jugando mi última carta—. Es por Rimac. Él te habló de los otros solo para intentar salvar el culo. No quieres admitir que se ha aprovechado de ti. Solo por eso dices que no importa el motivo por el que uno dice la verdad y sabes que sí importa. Él se aprovechó de ti de manera egoísta y tú pensabas que ibas a cambiar el mundo, que ibas a hacer justicia. Te han utilizado y, sin embargo, no se ha hecho justicia; y de no ser por tu afán de justicia, ahora Rimac estaría en la cárcel. Estás enfadada porque te ha manipulado. Todo el montaje se ha venido abajo. Lo querías todo y te has quedado sin nada. Sé que duele, pero yo no tengo la culpa.

Apagó el canuto en un platito y sin decir palabra se fue al dormitorio. Yo la seguí con la mirada. Su trasero, dentro de un pijama ancho, no se parecía al de siempre. Por un momento me vino la imagen de sus muslos rellenos y tiernos, que florecían en un culo perfectamente redondo. Esta imagen me enterneció.

—Venga, no te enfades, por favor…

Cerró la puerta. Permanecí sentado con la mirada fija en la puerta cerrada de su cuarto. Conocía este tipo de reacción: se había enfadado por la impotencia de no poder contestarme. No le gustaba que la viera en ese momento. Se escondía.

El día seguía siendo claro y limpio. No tenía ni idea de adónde ir. Podía ir de nuevo a casa de mi madre, pero eso me resultaría

muy pesado. No tenía amigos a los que llamar, con los que poder hablar. En la oficina ya no tenía nada que hacer. No me sentía lo suficientemente tranquilo como para poder vagar por la ciudad. Me fui al bar de Jana, aunque anoche la dejé plantada. Contaba con su benevolencia. En el local había tres clientes. Me recibió con media sonrisa.

—¿Qué pasó anoche? Te acojonaste, ¿eh? —intentó mostrarse triunfante.

—Sí, lo admito… —acepté—. Ya te dije, se murió mi viejo y me quedé fastidiado.

—Tú estás fastidiado igualmente, ya lo sabemos. Todos estáis fastidiados… Yo soy la única normal aquí, si quieres saberlo.

Me reí. Me atreví a preguntarle si tenía algún plan para esa noche. Un atisbo de sonrisa sobrevoló su rostro.

—Pero solo si me llevas a comer, algo especial. Hace tiempo que no como algo especial.

—Vale. ¿A qué hora cierras?

—Pásate a las diez y cuarto. Y escoge un buen sitio.

Cuando llegué a mi estudio de alquiler, a cuatro paradas de tranvía al este de la plaza principal, el sol se encontraba en la fase final de su trayectoria de descenso. Me descalcé, encendí un cigarrillo y me estiré en el sofá. Tenía ganas de llamar a Mara, para tranquilizar un poco mi conciencia antes de mi cena con Jana. Sin embargo, ahogué mi deseo como un cigarrillo en un vaso de agua. Ssshh.

Me desperté a tiempo, a las nueve y cuarto. En la ciudad no había muchos restaurantes en los que se pudiera cenar pasadas las diez de la noche. Sobre todo no había muchos restaurantes en los que a esa hora se pudiera comer algo mejor que *čevapi* y pizza. Fuimos a Klub, un local simpático junto al estadio de fútbol, en la zona verde de la ciudad. Casi no había otra opción. Durante el último año había venido aquí tres veces, cuando tuve que echar una mano en la vigilancia de Jadran Rimac. Klub era el restaurante favorito de Rimac desde que dejó de frecuentar la bodega de Dragan Kraljević en el centro de la ciudad. En un momento dado, se cansó del local de Kraljević y dejó el trabajo. De todos modos la gente empezó a evitar la bodega. La voz se corrió lentamente, pero dejó una fuerte impresión. Rimac se trasladaba ahora desde el

centro hacia la periferia, donde el aire es menos espeso, donde pululan aquellos que han tropezado en su camino hacia el centro. Klub estaba ubicado justo allí, en tierra de nadie.

Esa noche la clientela era muy variopinta. Un famoso periodista y presentador de televisión, bajito y rechoncho, acompañado de una marchita aparición del mundo de la escena con un prominente escote y su amiga, más joven, más pálida y más guapa, que apenas hablaba. Cuatro prestamistas de la parte occidental de la ciudad, antaño ladrones de coches, forjando nuevos planes. ¿Dónde invertir el exceso de dinero? ¡Compremos tierra! Es lo más seguro. Pronto necesitaremos kilómetros de carreteras, miles de pisos, millones de metros cuadrados de centros comerciales. Un abogado bien vestido, loco por el alcohol y de ampulosos gestos, y su ruidosa compañía: dos esbeltas chicas y tres hombres. Dos o tres periodistas bien remunerados por vez primera, que derrochaban sin piedad para sentirse importantes. El hermano de nuestro más grande e innombrable héroe de guerra, un general, con su animada novia de provincias. Los hijos de militares, cuyos padres se retiraron diez años atrás a sus madrigueras natales a lo ancho de la Vojvodina y Šumadija serbias; ellos permanecieron aquí leales a la República, vendiendo coca y jaco a los niños de familia bien. Y muchos más, que podrían ser cualquiera. El restaurante estaba lleno.

La cena se alargó. Comimos despacio. Bebimos vino blanco. Jana disfrutaba. No me preguntó nada sobre mi viejo. Ni sobre Radoš.

Recuerdos a los elefantes

A mi compañero de habitación Ljubo Begić le dieron de alta del hospital dos días después del incidente con el médico y el cigarrillo. Al irse me dijo tan solo que debía someterse a exámenes más completos en la capital. Estaba tranquilo, calmado e indiferente. Debía de ser el resultado de las pastillas que le habían suministrado.

—¿Y los elefantes? —le recordé. Alzó la mano a modo de saludo.

—Recuerdos de mi parte. Ya iré a verlos en otro momento. Seguro.

Estuve ingresado en el hospital durante veintinueve días. Después me enviaron a casa a reposar, pero antes de eso quería ir a la isla para ver a Soni y a Lanka. Para ver si ahora las cuentas estaban saldadas. Llegué a la hora de comer. El Presidente no estaba en la isla, así que en los edificios solo se encontraban los pocos empleados fijos. Quería evitarlos en lo posible, porque me asediarían con sus preguntas corteses, porque demasiadas veces tendría que repetir qué sentí cuando Soni me clavó su colmillo. Quería ver a los elefantes e irme a casa. Desde el puerto hasta el establo de Soni y Lanka había cerca de un kilómetro y medio andando: en ese camino no podía evitar en modo alguno dos puestos de guardia. No fue doloroso. Tan solo un saludo, mostrar la documentación, un apretón de manos y un par o tres palabras sobre la salud. Fingí tener prisa y no me preguntaron adónde iba.

Como siempre, el establo se encontraba abierto. Lanka estaba sola y al verme dio un breve respingo. Me acerqué y puse la mano sobre su lomo. Luego apoyé la frente sobre su gruesa y polvorienta piel. No se apartó de mí. Le pregunté dónde estaba Soni. Me ignoró. ¿Dónde podía haber ido? Nunca iba a ninguna parte sin Lanka. No le gustaba estar solo. Necesitaba saber dónde estaba y Lanka no quería o no podía ayudarme.

Sin las prisas de antes, volví hasta uno de los puestos de guardia. Dónde está el otro elefante, le pregunté a un joven soldado con un uniforme impecable de la Guardia del Presidente. No le conocía.

Dudó si hablar conmigo. Por qué le interesa, me preguntó. Yo pensaba que no tenía que explicárselo a nadie, porque creía que todos estaban al tanto de las circunstancias en las que fui herido. Él no lo sabía. Era nuevo y solo llevaba cuatro días en la isla. No tenía ganas de dar explicaciones. Tengo mis motivos, le respondí. Me dijo que no sabía qué había ocurrido con los elefantes. Llevaba demasiado poco tiempo allí. Me envió a ver a su superior, cuyo despacho se encontraba en el edificio donde dormíamos cuando estábamos en la isla. Conocía al mayor Parlov: un hombre razonable y un excelente soldado. Cuando aparecí en el vano de su puerta se levantó y se acercó para abrazarme. Se alegraba de verme.

—¿Cuándo volverás con nosotros? —me preguntó.

—Los médicos me han dicho que en tres meses… Ya veremos. ¿Sabes dónde está el otro elefante?

—¿Qué elefante?

—…

—Ah, sí, el elefante. No está, lo mataron. Cuando pasó aquello contigo lo mataron.

—¿Cómo que lo mataron? —me sentí aturdido.

—Lo mataron, a balazos, con pistolas y escopetas, aunque hubo quien propuso atizarle con un mazo.

Me dijo que lo mataron por mí. Jozef dio la orden. Dispararon muchos de ellos, me vengaron. Engancharon a Soni a un vehículo blindado y lo arrastraron hasta la orilla del mar, luego lo cargaron en un buque de guerra, que se deshizo del machacado elefante en algún punto de alta mar. Quién sabe dónde. Ahora es un elefante marino. La sal le escuece la piel, los peces se comen su carne.

Me sentí cansado y decidí pasar la noche en la isla. Sorprendentemente dormí bien. Partí al amanecer. No tenía fuerzas suficientes para despedirme de Lanka. Me fui en secreto, cual auténtico asesino, sin dejar huella alguna.

Llegué a casa por la tarde. Snježana se encontraba sola en la sala de estar, viendo la televisión. Se alegró al verme. Hacía unos meses que Ana también se había ido a estudiar a Zagreb, y desde entonces Snježana estaba completamente sola en nuestra casa. Dinka se había ido antes, era empleada de banca. Mis padres, con los que vivíamos, murieron antes de la guerra. En el plazo de un año cayeron los dos. Snježana vivía en soledad. Creo que últimamente bebía demasiado.

Su rostro envejeció de golpe, se consumió.

Durante una semana no salí de casa. Tampoco me bañé. La gente venía a verme, pero yo no quería salir. Snježana les mentía y les decía que estaba durmiendo, que estaba constipado, que no estaba en casa o que me estaba duchando. A través de las paredes y las ventanas cerradas a cal y canto llegaban hasta mí las voces que se arrastraban despacio por las calles. Andrija se ha vuelto loco, se decía, desde que pasó aquello con el elefante. Ya no es el de antes, está muy ensimismado, solo piensa en el elefante, a la puta mierda con el elefante y con él. ¿Por qué caminos llega hasta las orejas de la ciudad ese tipo de información que en el fondo siempre es verdadera? Para mí se trata del misterio más grande de todos.

Varias veces al día, Snježana entraba en la habitación. Básicamente asomaba la cabeza y me preguntaba si quería comer algo, y durante esos siete días en dos ocasiones se sentó en la cama e intentó hablarme. Me preguntó qué me pasaba, por qué estaba así, por qué había cambiado. Yo no sabía qué contestarle. Tan solo llegué a mascullar que suponía que tal vez tuviera algo que ver con los elefantes. Le conté lo que le habían hecho a Soni, que no tenía culpa alguna. Me miraba como se mira a las personas que de un día para otro se han vuelto locas. La comprendía.

Al octavo día me duché y me afeité. Me fui al centro a tomar una cerveza, al bar Grand, donde antes era cliente asiduo. La gente había cambiado. Me saludaba tímidamente y nadie me dirigía la palabra, ni siquiera la camarera Maja, que siempre entablaba conversación conmigo cuando por las mañanas me tomaba un café doble con un poco de leche fría y leía el diario. Antaño me parecía que le era simpático. Pero ahora me daba que era una invención mía. Me tomé la cerveza y volví a casa. ¿Me tenían miedo? ¿Les daba pena? ¿Me odiaban? ¿Por qué me odiarían?

Por la noche llamó por teléfono nuestra hija mayor, Dinka, desde Zagreb. Quería hablar conmigo. Me preguntó cómo estaba, si todo iba bien. Sí, todo va bien. ¿Por qué?

—¿Qué pasa con esos elefantes? Lo que se cuenta…

—No pasa nada… Los echo un poco de menos, eso es todo.

—¿Echas de menos a los elefantes?

—Los echo de menos… Pero lo resolveré pronto, no temas.

—¿Qué quieres decir con que lo resolverás?

—No temas, lo resolveré. No te preocupes por mí.

—Por favor, cuídate. Y cuida de mamá.

—Lo haré.

En los días siguientes todo el mundo siguió evitándome con desconfianza. Cualquier cosa que hiciera me resultaba humillante. Otra vez dejé de salir de casa. A raíz de aquello, Snježana estaba nerviosa, tenía miedo de que la pillara bebiendo a escondidas. Se había acostumbrado a su soledad.

Dvor del Una

Magaš abrió una carpeta de color azul claro, que contenía por lo menos un centenar de folios. Miró por la ventana un momento, como si se resistiera a leer el informe que le habían entregado siguiendo las órdenes de Majstorović. Fuera continuaba lloviendo y con la lluvia se disiparon los olores de ese desértico verano zagrebiense de 1991.

> A la pregunta de si sabía algo sobre la detención de las personas de la región de Zagreb contestó negativamente y declaró que todas las órdenes relacionadas con los registros de las viviendas, requisamiento de armas y detención de las personas de la región de Zagreb partían de Trusić, que dejaba notas con los detalles correspondientes en el despacho del pabellón 22 del recinto ferial de Zagreb, y entonces el primero en llegar al despacho recogía la nota y tenía la obligación de realizar los registros solicitados. Insistió en que nunca había efectuado un registro domiciliario por iniciativa propia, sino que cumplía órdenes de Trusić, Sandžak o Mandjeral.
>
> A los detenidos no los ejecutaban enseguida, sino que los mantenían con vida durante unos días para que limpiaran, lavaran, descargaran municiones, etcétera.
>
> A ese hombre asesinado en el campo lo encontraron una mañana unos campesinos de un cercano pueblo croata. Él piensa que debieron informar a alguien y les dijeron que lo escondieran. Está seguro de que lo enterraron, pero no sabe dónde. En general, pocas veces asistía a los interrogatorios. Según afirma, «nos tocaba llevárnoslos y matarlos, nada más». Antes de liquidarlos hablaba con esa gente, les daba de fumar y les concedía sus últimos deseos. Todas las ejecuciones se efectuaban cumpliendo órdenes. No se podía hacer nada sin tener luz verde. Las ejecuciones se realizaban siempre de noche. Por costumbre, los detenidos cavaban las fosas de los que debían ser liquidados en ese momento. Ese trabajo lo llevaban a cabo dos o tres detenidos. De vez en cuando él se

pasaba por la cárcel, y en una de esas ocasiones vio allí mucha gente, no sabe cuánta, piensa que se trataba de once personas, a las que mataron en un sótano en Bujavica. Por lo general no estaba presente cuando otros ejecutaban, así que no sabe el número de personas que liquidaron otros.

Se acuerda de que mantenía una buena amistad con Saša. Saša incluso le había regalado un jersey de lana y le había dado una escopeta. Un día antes de la ejecución pasearon por la ciudad y se divirtieron. Cree que con la orden de ejecutar a Saša lo pusieron a prueba para ver cuán obediente y dispuesto estaba a cumplir con las órdenes. Opina que en caso de no haberlo hecho, él habría sido el siguiente.

Con mis propias manos asesiné a setenta y dos personas, entre ellas nueve mujeres. No hacíamos distinciones, no preguntábamos nada, para nosotros ellos eran chetniks y enemigos. Lo más difícil es incendiar la primera casa y matar a la primera persona. Luego todo lo haces como siguiendo un patrón. Me sé los nombres y apellidos de todos los que maté.

La orden era «limpieza étnica». Matamos a directores de Correos y de hospitales, dueños de restaurantes y algunos otros serbios. Matábamos de un tiro en la frente, porque no disponíamos de tiempo.

Encerrábamos a los detenidos en el sótano de la escuela primaria y, cuando no cabían, también en las aulas. Cuando peor lo pasaban era de noche, cuando les dábamos un repaso, lo que quería decir que intentábamos dar con la mejor manera de hacerles cuanto más daño mejor, con el fin de que confesaran todo lo posible. ¿Sabe cuál es la mejor manera? Quemar al detenido con la llama de un soplete y después echarle vinagre encima, sobre todo en los genitales y en los ojos. Luego contábamos con un pequeño inductor, un teléfono de campaña, al que enchufábamos a un serbio. Se trata de corriente continua: no puede matarte, aunque te produce una sensación desagradable. Entonces le preguntas al serbio que está enchufado de dónde es, y él te contesta de Dvor, junto al río Una, y entonces tú marcas en el teléfono de campaña y llamas a la localidad de Dvor del Una. En ocasiones a los detenidos les metíamos por el ano un cable de cinco hilos y se lo dejábamos puesto un par de horas para que no pudieran sentarse. Les abríamos las heridas para echarles por encima sal o vinagre. En general, no permitíamos que dejaran de sangrar.

También los nuestros, croatas, nos tenían miedo. Durante

> toda la noche se oían en el pueblo gritos y súplicas; la gente no podía dormir, pero no se atrevía a decirnos nada. Todos sabían que si preguntaban algo, también ellos podían acabar en la cárcel.
>
> Primero los llevó hasta el hotel Panorama y desde allí hasta la montaña de Sljeme, donde los ejecutó.
>
> Ella era tan inocente… no sabía ni llorar, solo le caían las lágrimas. Su asesinato no fue ordenado concretamente por su nombre y apellido, sino que nos ordenaron que limpiáramos la cárcel y eso significaba ejecutar a los detenidos.

¿Y ahora qué vas a hacer, señor Magaš? ¿Quién se tomará a mal que estampes tu firma absolutoria, que absuelvas a nuestros liberadores? Francamente, ¿quién? Quizá en unos treinta o cincuenta años un marginal, en un libro que nadie leerá, mencionará tu nombre, informando en una nota al pie que pusiste en libertad a unos asesinos que habían confesado sus crímenes, pero eso solo dentro de treinta o cincuenta años; tú estarás más muerto que la cal. Ahora hay que salvar la cabeza, todos lo entenderán, sabrán que debías hacerlo, que no tenías elección en una situación tan delicada. Todos sabrán que en realidad no fue decisión tuya, no fue decisión de nadie en concreto. Es la voluntad del pueblo y tú, por suerte o por desgracia, estabas aquí para estampar tu firma y seguir, seguir adelante.

Aunque, pensaba, ¿y qué pasaría si él firmara y ellos se deshicieran de él igualmente al cabo de un par de meses o un año? Sí, de eso se trata: se aprovecharán de él para que realice algunos de los trabajos más sucios y luego encontrarán una excusa para darle una patada en el culo, para que se aliste en el grupo de los superfluos, aquellos que van tambaleándose por la ciudad, convencidos de que cuando al día siguiente se despierten todo volverá a ser como antes. Pero no lo será, nunca más. Lo utilizarán, luego lo dejarán tirado, porque ellos nunca tendrán confianza en él y tampoco él les tendrá nunca simpatía. ¿Es posible que rechazarlo suponga de forma automática una condena a muerte? ¿No será que se trata directamente de un acto enemigo merecedor del castigo más severo?

La lluvia se derramó en la mañana. Vladimir Magaš pisó el despacho de Branimir Majstorović, llevando una pila de papeles bien gruesa bajo el brazo. Majstorović le indicó con la mano que se

sentara, pero Magaš le dijo que no era necesario. Dejó los papeles sobre la mesa.

—A pesar de todo, no puedo hacerlo —suspiró—. Es demasiado terrible. No puedo absolverlos. Mataron a gente que no tenía ninguna culpa. Los mataron por diversión, por aburrimiento. No los dejaré en libertad. No puedo… Además, vengo a presentar mi dimisión. Me voy.

—¿Piensa irse así sin más? —le preguntó Majstorović, controlando su rabia.

—Así sin más.

Magaš permanecía tranquilo, algo que Majstorović no esperaba. Por ese motivo lo miraba de manera inexpresiva.

—Si es así sin más, entonces de acuerdo. Vaya a hacer el papeleo correspondiente. A partir de mañana no quiero verle más por aquí. Espero que sepa lo que le espera cuando se encuentre en la calle sin protección alguna.

—Adiós.

En el umbral de la puerta, Magaš recordó que se olvidaba de algo.

—Pensaba invitar a los compañeros… ¿Puedo disponer de la sala durante una hora?

—De acuerdo —le cortó el fiscal jefe del Estado.

—Usted también está invitado.

En total se presentaron seis personas. Había comida y bebida para por lo menos cuarenta invitados muy hambrientos y sedientos. La abundancia sobre las mesas presentaba un aspecto triste, rodeada del silencio y la incomodidad, como la naturaleza muerta de un bodegón. Cinco mujeres y un hombre se le acercaron uno a uno intentando que la conversación fuera lo más breve posible. ¿Por qué así de repente? ¿Cómo estás? ¿Seguro que te lo has pensado bien? ¿De qué vivirás, hombre, ya has pensado en eso? Te deseo mucha suerte, haznos saber de ti, llama si necesitas algo. Magaš no les dijo nada sobre la oferta de Rimac.

Guardó sus pocas pertenencias en una bolsita de plástico, se despidió de su secretaria, que no había acudido al cóctel de despedida, y se fue para no volver. Se preguntó por qué no habían acudido muchos de los que conocía perfectamente, con los que antes mantenía una buena relación, les prestaba dinero, mentía por

ellos, iba a su casa, ellos a la suya. ¿Tan poco basta para que todos se enteren y adopten una actitud firme ante el enemigo? En los tiempos que corren, es vital adoptar una actitud frente al enemigo de manera rápida y sin miramientos. Quien vacila se expone al peligro de que le tomen la delantera, que al vacilar se encuentre en el lado del enemigo. Vladimir Magaš comprendió que no se trataba de un temblor pasajero de la tierra que quizá hiciera caer un par de platos y copas de cristal del aparador: la tierra se había abierto y la brecha crecía un poco más día tras día, y la imaginación humana no podría hacerse una idea del puente entre las dos orillas escarpadas, porque ni miles de los mejores constructores bastarían para alcanzar jamás esas escarpadas paredes que se iban alejando.

Entró en su piso alrededor de las tres de la tarde. Llamó a Jasmina. En la casa de sus padres, en Suiza, no contestaba nadie. Luego marcó el número de la casa de Krešimir Malenica. Nada. También lo llamó al despacho, donde le dijeron que el señor director aún no había vuelto de comer. No sabían decirle si regresaría a la oficina, lo más probable era que no. Hoy en día los abogados ya no tienen su lugar en los despachos tras una puerta acolchada; hoy en día los abogados despachan en las tabernas y restaurantes, en las salas de juego y de espera de los hospitales, en las fiestas mayores, se ven con sus clientes en los garajes de los barrios dormitorio. Cada cliente es importante, hay que luchar por cada uno de ellos. Esa es la ley del mercado, eso es el capitalismo, hay que vender la mercancía.

¿También tú lo harás mañana, Vladimir? ¿Salir a la calle, entre los predadores que desgarran y agarran, a los sótanos y las cloacas? ¡Se te comerán vivo! No tienes ni idea de cómo es esa gente. No saben perder, no aceptan un fracaso, para ellos no puede ser que no pueda ser. No puedes mentirles, no puedes engañarles. Rimac podría protegerte en la selva. Necesitas protección, ¿tienes alguna alternativa?

Magaš necesitaba que la tierra dejara de temblar, que cesaran los derrumbes, el quebrar de las piedras y cristales. Que todo se calmara, que todo se ralentizara y luego se detuviera, que no hubiera ni un susurro, porque no hay nada más malicioso que un susurro.

Se quedó dormido en el sofá de la sala, bañado por una luz clara

que entró de repente por los altos ventanales.

Capítulo 5

Magaš

Jana me despertó antes de irse. Dejó las llaves sobre la mesita de noche y me dijo que se las llevara al bar. Me quedé echado en su cama y desperté dos horas más tarde. Pasé por el bar, le di las llaves y por un momento la cogí de la cintura.

Fui a la residencia a ver a Vladimir Magaš. También quería confesárselo todo a él antes de viajar al sur a investigar el asesinato de mi padre. Tenía derecho a saber que mi verdadero padre era Andrija Sučić, porque ese hombre, mi padre, jugó también un papel en su vida. Tenía que saber el porqué en realidad de todo aquello, de las visitas y conversaciones de ese último año. Que dejara de creer, si es que lo creía, que yo era el hijo oculto de Dragan Kraljević, un hijo deseoso de saber la verdad, que un día entró silenciosamente en su habitación de la residencia y le preguntó si no molestaba.

Hace trece meses, en septiembre de 1998, Magaš me dejó entrar en su cuarto y yo le conté mi historia inventada. Le pedí —si tal cosa no lo importunaba demasiado— que me hablara de mi padre, Dragan Kraljević, el famoso dueño del otrora mejor restaurante de la ciudad. Su suspiro me indicó que pensaba deshacerse de mí de manera rápida y educada. Declamó unas frases que no decían nada. Eran como las frases de los insustanciales artículos de los periódicos. Dragan era un buen hombre. Todos lo querían. Generoso. Honrado. Fueron unos tiempos jodidos, pero él los llevó de maravilla. Sufría una presión increíble. Tarde o temprano le tuvo que afectar. Se nos fue una buena persona.

—Con eso no me basta —le repliqué. Mi impertinencia lo sacudió como una bofetada inesperada—. Cuénteme algo más, por favor. Alguna cosa que me revele algo sobre él.

Vaciló. No cedió al primer impulso de echarme de su habitación.

Suspiró de nuevo y luego permaneció relajado en la cama. Estaba recordando. Dos horas más tarde le dije que tenía que irme y que volvería pronto. Si no tenía nada en contra. Quiso decir que sí, pero se contuvo. Me di cuenta. Adiós, masculló entre dientes.

Ahora yo regresaba para despedirme y confesarle mi engaño. Lo encontré sentado a la mesa leyendo el diario. Me miró interrogativo.

—Han matado a Sučić, ¿eh? —empezó a hablar.

—Por eso he venido…

Dio un respingo cuando le dije que Andrija Sučić era mi padre y que yo trabajaba en el Servicio de Seguridad Nacional, en el Departamento de Lucha contra el Crimen Organizado. Le dije que estaba trabajando en el caso de Jadran Rimac. Le quedó clara la razón de mis visitas y por qué cambié de tercio cuando en una conversación, más o menos a mitad de nuestros encuentros, mencionó el nombre de mi padre. Me volví un extraño para él, aunque yo me cuidaba de no traspasar la frontera, pues una vez traspasada él daría voz a sus sospechas. Yo ponía mucho empeño en que mis circunloquios acerca de Andrija Sučić no fueran demasiado obvios. ¡Qué caos! Me presenté ante él como el hijo de Dragan Kraljević con el fin de sonsacarle algo sobre Jadran Rimac y de hecho me interesaba Andrija Sučić. Ahora lo había entendido todo o, por lo menos, tal como veía en su rostro, creía que lo había entendido.

La primera vez que mencionó a Andrija Sučić fue una tarde en la que ya me tenía confianza o ya le daba igual. Decidió contarme por qué había abandonado su cargo en la fiscalía, aunque yo no había insistido mucho en esa cuestión. Quería contárselo a alguien, porque nunca lo había hecho. Era posible que lo supiese alguien más que él y Branimir Majstorović, pero Magaš no le dijo la verdad a nadie. No podía dejar en libertad a esas personas sabiendo como sabía que habían asesinado. Sí, podía haber encontrado miles de justificaciones para hacerlo a pesar de todo, pero no lo hizo. Enumeró sus nombres y apellidos de manera precisa y segura: Mario Matković, Nikola Zorić, Josip Hofman Jozef, Andrija Sučić, Dijana Delalić, Matej Bakula, Zoran Tadej. Habían transcurrido ocho años, pero aún recordaba cada detalle. La historia de esa Dijana era terrorífica. Ella hablaba de los rostros de los asesinados,

de las expresiones de esos rostros mientras se apagaban, de la sangre que se deslizaba por el pecho de las jóvenes, del negro de debajo de las uñas de los cadáveres. Sonaba como una patóloga y no como una asesina.

—¿Y ese Sučić? —le interrumpí—. ¿Qué decía él?

—Nada, era el único que no decía nada. No confesó nada. Pero los otros lo mencionaban… Estaba con ellos, no hay duda.

—¿Qué decían los otros de él?

—Nada especial, que estaba con ellos, que disparaba. Era el mayor, pero no actuaba como tal. No destacaba. No entendí por qué entonces decidió callar. Y sobre todo no lo entendí después, cuando Sučić fue el único que empezó a hablar de todo ello. Incluso mintió, exageró los hechos.

Yo le seguía haciendo preguntas, aunque no tenía nada más que decirme. Luego lo intenté también dando rodeos, de repente interrumpía la conversación con una pregunta o referencia sobre Sučić, pero él me dejaba sin respuesta: decía que no sabía o hacía ver que no me había oído. Vladimir Magaš comenzó a sentir interés por Sučić cuando este empezó a confesar en los diarios, pero nunca lo suficiente como para informarse e investigar. Sus posteriores testimonios de crímenes los entendía como una expiación por haber participado en las matanzas. Sospechaba que se trataba de una explicación tal vez demasiado sencilla, aunque los hechos, pensaba él, suelen ser justo así, sencillos, especialmente cuando hablamos de gente como Sučić. Y dejó de pensar en ello.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me preguntó y se corrigió enseguida—: Quiero decir, ¿no estarás pensando en hacer algo?

—Me voy al sur. He solicitado que me asignen el caso y así lo han hecho. Es una prueba más de que nadie tiene ni idea. Viajaré esta misma tarde o esta noche.

—Te aconsejo que lo consultes con la almohada. Ya sabes que esta investigación no va a descubrir nada nuevo. Lo mismo que nunca se descubrirá nada sobre Rimac. Lo sabes bien…

—No, lo he decidido, voy a ir. Debo estar allí.

—No, para nada debes. Es más, opino que sería una de las decisiones más estúpidas de tu vida, del mismo alcance que la de trabajar para el Servicio. Te equivocas si piensas que vas a descubrir algo. Consúltalo con la almohada, hazme caso. ¡Con-súl-ta-lo!

Permanecí callado. Él calló también brevemente y prosiguió. Dijo que las investigaciones privadas eran una pura tontería si cada mes cobras un sueldo del Estado con el fin de investigar. No tiene sentido dedicarse a una investigación que no interese al Estado. Eso es cosa de los periodistas; además, de los periodistas exhibicionistas. Me dijo que ahora tenía que ser inteligente y permanecer tranquilo, nada más.

—Tu padre tenía que acabar así, estaba escrito. Caso cerrado.

—Usted también lo dice por sí mismo…

—¿Qué quieres decir con que yo también?

—Eso ahora no importa, usted habla por sí mismo, para justificar sus actos. Abandonó el caso, aunque sabía que tenía a los asesinos. Se rindió, olvidó, pasó a cobrar el sueldo de un señor de la mafia y ahora se piensa que es más listo que todos ellos. ¿Cree que escogió bien o es que era su única opción? ¿Qué pasa si alguien no piensa como usted? ¿Entonces qué?

—Estoy convencido de que eres de la misma opinión que yo, pero todavía no tienes el valor de admitirlo. Tu padre se lo tenía merecido y tú lo sabes.

—¿Se refiere a lo mío? No, él no tiene ninguna culpa en lo que se refiere a mí. Nunca supo de mi existencia. ¡Nunca! Mi madre nunca lo buscó. Me lo dijo ella misma. Nunca más volvieron a verse. Como si nada hubiera ocurrido. Él no sabía nada, absolutamente nada. Si lo hubiera sabido, quizá todo habría sido diferente…

—No me refería a eso, sino… Él mató a gente inocente. Serbios, pero sin embargo, gente inocente.

—Y usted decidió olvidar todo aquello… Dejó que otro firmara su puesta en libertad, sabía que alguien firmaría. Y se mantuvo callado todo el tiempo, como si no supiera nada.

Hizo caso omiso de mi interrupción. Yo no tenía muy claro si se lo echaba en cara por convicción o por rabia. Se levantó de la mesa, plegó el diario y se dirigió a la cama. Se estiró, apoyó la cabeza en medio de la almohada con la mirada fija en el techo, luego cerró los párpados. Abandoné la habitación en silencio.

La carta

¡Apreciado señor Presidente, apreciado Comandante General! Seguramente cuando le exponga la razón por la que me dirijo a usted, y por la que oso ocupar su valioso tiempo, pensará que soy muy impertinente o que estoy loco de remate. Sin embargo, a la vista de todo considero que me asiste el derecho a ello y que no debería usted tomarse a mal la solicitud que deseo exponerle en esta misiva. Considero que es su deber moral analizar bien mi solicitud y finalmente resolverla de manera favorable.

Para no dar más rodeos, mi solicitud tiene que ver con la elefanta Lanka de su isla: le pido que me la regale, porque cuidaré de ella mejor que nadie. No sé qué puedo ofrecerle como garantía de mis palabras, solo le resta creer en mí, como ya hizo cuando yo era miembro de su Guardia. A menudo su vida estuvo en mis manos. Usted me la confió porque creía en mí. ¡Confíe ahora también en que cuidaré de Lanka como nadie, en que no le faltará de nada y estará mejor cuidada que algunos niños! Cuando yo no esté, cuando deba ausentarme por motivos de trabajo, mi mujer cuidará de Lanka como lo haría yo. En relación a las condiciones para tener a la elefanta, estoy dispuesto a levantar en un plazo muy breve una construcción firme y asegurar de entrada una cantidad suficiente de comida.

A continuación paso a exponerle brevemente mi biografía, aunque estoy convencido de que mi rostro le resultará familiar. Muy brevemente también le expondré la biografía de mi esposa, Snježana Sučić.

Vivo con mi esposa. Nuestra dos hijas, Dinka y Ana, cursan estudios universitarios en la capital; son buenas alumnas. De profesión soy ingeniero electrotécnico. Al finalizar mis estudios universitarios en Zagreb volví a mi ciudad natal y empecé a trabajar en nuestra fábrica local, y cuando nuestro país se independizó me alisté en la Unidad Especial de la Policía. Me sentía responsable para con la patria y nuestro pueblo. He estado en muchos frentes.

En una ocasión fui herido en una batalla. He recibido la Medalla al Valor, la Cruz Dorada de Fidelidad, la Medalla por Logros Especiales y la Orden de los Caballeros. A raíz de su orden de 1994 me trasladaron a su Guardia, donde estuve al frente de tareas de inteligencia dentro del marco de su seguridad personal. Hoy en día sigo siendo miembro de la Guardia. Soy capitán de las Fuerzas Armadas. En estos momentos estoy de baja.

No dudo de que usted se informará y sabrá por qué estoy de baja. ¡Solo le pido que no llegue a conclusiones rápidas, es decir, equivocadas! Mis motivos son honestos y sinceros. Quiero que Lanka disfrute de una vida agradable en la medida de lo posible. Que no le falte de nada, que reciba suficiente atención y cariño.

En cuanto a mi esposa Snježana, es más joven que yo y trabaja desde casa como contable. Tiene bastante trabajo y buenos ingresos, así que puedo afirmar que somos una familia bien situada, algo en absoluto irrelevante en este caso, pues al fin y al cabo hay que alimentar a la elefanta y asegurarle una vida cómoda.

Estimado señor Presidente, confío en que acceda a mi solicitud y comprenda humanamente mis motivos. Le saludo a la espera de una respuesta rápida.

Andrija Sučić, Capitán
5 de noviembre de 1995

Plaza de Britanski

Mara Ištuk estaba sentada a la mesa de la cocina concentrada en el diario. La habitación se hallaba en penumbra. Captaba tan solo las formulaciones básicas de la información sobre la muerte de Jadran Rimac. Un cliente borracho de un tugurio en la zona este de la ciudad no había parado de provocar a Rimac y a las personas que lo acompañaban; Rimac también estaba borracho, y como ya no podía ignorar al provocador, aceptó el lance. Ni siquiera sospechaba que a raíz de aquello pocos minutos después estaría muerto. El asesino, Ljubo Begić, mayor retirado de las Fuerzas Armadas, descargó dos balas a la cabeza de Rimac y acto seguido cayó muerto por seis disparos precisos en la cabeza y en el pecho. Dispararon cuatro de los acompañantes de Rimac. Solo una bala no alcanzó su objetivo. Los cuatro se entregaron enseguida: Dalibor Tolić, hijo del conocido comerciante de petróleo Nenad Tolić; Matej Bakula, miembro retirado de la Unidad Especial de la Policía; Toni Brigljević, mánager de un club de fútbol; y Tomislav Marinović, el mejor amigo de Rimac. Todos estaban en posesión de un permiso legal de armas. La investigación policial, informaba el diario, se concentrará en los posibles motivos secretos de Ljubo Begić, aunque ya se puede afirmar con casi total seguridad que fue fruto del azar y que Begić no había planeado nada. «La gente sin un plan es peligrosa, no puedes hacer nada contra ella», afirmaba el inspector de policía jubilado, al que los periodistas siempre consultaban en casos como este. Se estimaba por lo tanto que seguramente se trataba de una casualidad.

Mata Ištuk rechazaba creer en la casualidad. ¡No puede ser una casualidad! ¡No es casual para nada! En las últimas semanas, Jadran Rimac le contaba cada vez más y más, estaba dispuesto a hacer un trato, un poco más y soltaría todo lo que sabía y entonces, de repente, lo asesinan en una tonta discusión de borrachos en una taberna. ¿Quién iba a creérselo? Rimac no puede morir así como así, Rimac no se merece morir así. Su muerte tendría que haber sido

espectacular, como en las películas. De haber sabido que iba a terminar sus días en una sucia taberna de las afueras de la ciudad se habría descerrajado un tiro en la cabeza para morir a manos de un enemigo digno de él. Rimac era la mano derecha de Bumbar, era su mejor amigo. Ambos pensaban por todos los demás: por Rade, Kizo, Marinović, Cento, Juso, Golub… Y muchos más cuyos nombres ni conocían. Si no hubiera sido por los dos, todos ellos habrían trabajado hasta el final de sus vidas o hasta terminar en la cárcel como gorilas en los bares nocturnos, donde viernes y sábados actuaban las estrellas de su país natal. Un dinero duro de ganar. O se dedicarían a robar las joyerías albanesas, turcas y judías a lo ancho de la madre Europa y hasta el final de los tiempos. Solo Bumbar y Rimac eran unos visionarios. Poco a poco crearon un sistema de cobros a cambio de protección en los cafés y restaurantes, cuyos dueños habían llegado a Fráncfort desde Yugoslavia. Para empezar, cobraban de un restaurante y pronto lo convertían en cinco, después en quince y más adelante en veinticinco. Su número crecía sin cesar. El negocio florecía. De hecho, cobraban por su propia pasividad: no entraremos en vuestros locales, lo que supone que no sufriréis ni peleas, ni redadas policiales, y no habrá armas y por ello nos pagaréis unos honorarios decentes. No hacían nada y el dinero entraba a espuertas. Y se lo gastaban, vaya si se lo gastaban: en coches, alcohol, mujeres, oro, relojes, apuestas y más apuestas. Cuando el dinero se gana fácilmente también se despilfarra con facilidad, pero aun así deseas cantidades cada vez mayores, uno necesita dosis cada vez más fuertes. Las sumas, que los asustados taberneros entregaban cada primero de mes, iban en aumento. No había que ir demasiado lejos, Bumbar y Rimac iban con cuidado, no les convenía que el dueño estuviese a punto de arruinarse, porque un hombre desesperado es un hombre peligroso. Igual que aquel que no tiene ningún plan. De qué sirve que el arruinado restaurador cierre la fuente de dinero fácil de Bumbar y Rimac. Hacía falta reunir cuantas más gallinas ponedoras mejor y ser cruel, pero sensato a la hora de explotarlas. De paso hacían también otras cosas: prestaban dinero con intereses, cobraban a los morosos, pacientemente y con entrega iban reuniendo su banda de criminales…

No puede ser una casualidad. Esta muerte no está a la altura de

Jadran Rimac. Sin embargo, a Mara no le apesadumbraba solo el pensamiento de que a Rimac lo mandara asesinar alguien que sabía que estaba dispuesto a desenmascarar a gente mucho más poderosa que él —y los más poderosos no eran muchos—. Le preocupaba también el convencimiento de que, además de ella, solo el fiscal general Čabraja y Boško conocían las intenciones de Rimac. ¡Qué tonta había sido Mara al contárselo a Boško! ¿No recordaba que él es un empleado del SSN y que para él la lealtad al Servicio está siempre por encima de la verdad y de la justicia, por encima de dar caza a los criminales, por encima de ti? ¿Cómo has podido ser tan poco cautelosa con quien más deberías haberlo sido?

Y eso no era lo peor. Lo peor era el pensamiento fino como un hilo y duro como un diamante de que, sin embargo, a lo mejor todo era pura casualidad. El veterano borracho simplemente fue el primero en disparar. A favor de ello también hablaban los datos que enseguida reunió sobre Ljubo Begić. En la guerra perdió la cabeza. Allá por donde pasaba creaba problemas: peleas, amenazas con el arma, se meaba sobre camareros previamente atados, intimidaciones, intentos de homicidio, conducción temeraria en estado de embriaguez, drogas. La policía lo dejaba en libertad, pues siempre había alguien que llamaba para pedir que lo soltaran. Pero ella descubrió que nunca había intervenido nadie del Servicio, ni del Ministerio de Defensa, ni del despacho del Presidente: las llamadas provenían de dos generales retirados, que supuestamente estaban en deuda de por vida con Ljubo Begić. Se trataba de los generales Tonko Misković y Marijan Runje. De la guerra contra los serbios salieron laureados como héroes: su palabra valía más que todo un tratado de la gran mayoría de los miembros del gobierno. Tras la guerra, ellos mismos solicitaron la jubilación, porque con el tiempo las reglas militares empezaron a limitarlos en exceso. Tenían cosas mejores que hacer a ocupar los sillones de los despachos, mantener reuniones y visitar los alejados cuarteles en los que los suboficiales les daban por el culo a los reclutas.

Misković era el de más edad y el que menos escrúpulos tenía; Runje era el más eficaz y el más querido entre la gente de a pie. Mara Ištuk no logró descubrir la conexión entre ambos generales y el Servicio. En los archivos encontró tan solo dos notas vacías de contenido de unos agentes sobre los contactos del general Misković

con Žarko Zanki, el cabecilla de un grupo criminal que desde el este de la ciudad avanzaba hacia el centro. El joven Zanki aún no se podía comparar con Rimac, pero progresaba a marchas forzadas. Mantenían la distancia: Zanki demostraba con creciente impertinencia que Rimac no le caía bien y Rimac fingía de manera poco convincente no tener interés alguno en Zanki, a quien seguía una nube cada vez más espesa de rumores, murmuraciones, confidencias e invenciones. ¿Cómo se iba a decidir tan rápidamente el fin de Rimac? Era joven, pero no lo perdía la impaciencia. Sabía que las circunstancias y el tiempo estaban a su favor. Pero si a pesar de todo acabó con Rimac, y además de manera casi perfecta, entonces no podía existir una conexión con la traición de Boško, pensó Mara Ištuk. ¿O tal vez sí? No dejaban de abrirse nuevos interrogantes, nuevas posibilidades. Además, el hachís la había defraudado: no la ayudaba como antes a concentrarse y aclarar sus pensamientos, solo le adormecía la musculatura y la obligaba a acostarse.

Mara aspiró una brizna de aire. El crepúsculo era agradable. La fragancia del Zagreb otoñal, las castañas asadas de la plaza de Britanski, los taxistas jugando al ajedrez junto a los puestos, que esta mañana aguantaban el peso de las patatas, los tomates, la nata, la col rizada, la miel casera y todo lo casero que uno pueda imaginar. Pensar en lo casero le producía náuseas. Se obligó a visitar a sus padres. Suponía que la habrían llamado innumerables veces.

Su madre la increpó nada más abrir la puerta. Sus ojos lloraban, pero intentaba que su cara no reflejase emoción alguna. Sin embargo, de vez en cuando pequeños temblores, que no podía cortar de raíz, le sacudían el rostro.

—Mara, no entiendo por qué nos haces esto. ¿Por qué nos lo haces? ¿Qué te hemos hecho para que nos maltrates de esta forma? ¡No puedes desaparecer así sin más! No puedes hacérnoslo una y otra vez… —Su madre se fue calmando poco a poco.

—Simplemente dormía, escúchame, dormía. Estaba cansada y dormí. Dos días o tres o los que hayan sido… Simplemente dormía. Como un tronco.

—Pues podrías habernos llamado antes de acostarte, decirnos que no ibas a estar localizable por un tiempo. Claro que podías,

pero…

—Pero no pensaba que fuera tan importante…

—Nunca lo piensas, nunca.

El padre estaba viendo la televisión en la sala de estar. No permitió que la llegada de Mara lo interrumpiera. Un presentador ya maduro que intentaba no sonar dramático leía un comunicado del gabinete de la Presidencia, pero un comunicado del gabinete daba fe de por sí de la gravedad de la situación. En caso contrario, el comunicado lo habría emitido el despacho del Presidente, el Consejo Supremo Nacional, la Iniciativa Popular u otro ente parecido entre el centenar de aquellos que el Presidente iba creando de forma fanática con el fin de que su pensamiento se diseminara desde el mayor número posible de fuentes de pomposos nombres, entre los cuales los más enterados enseguida descifraban el peso real de cada uno. El gabinete de la Presidencia era el escalón más alto, solo por detrás de un comunicado del Presidente en persona. El presentador informaba de que el gabinete había desmentido unos irresponsables artículos de prensa y rumores malintencionados que en las últimas semanas divulgaban los enemigos políticos: el Presidente no está gravemente enfermo, huelga decir que no está hospitalizado, se encuentra en buenas condiciones físicas y cumple como de costumbre con sus numerosas obligaciones de Estado.

—¿Tú te lo crees? —le preguntó el padre a Mara sin apartar la vista del televisor.

—¿El qué? —La pregunta la sorprendió.

—Pues que no está enfermo… ¿Te lo crees?

—No lo sé, no tengo ni idea. No me lo he planteado…

—Yo no me lo creo —dijo y por fin la miró—. No me lo creo. ¿Tú crees que es casualidad que justo ahora hayan matado a ese Sučić? ¿O a ese Rimac? ¿Por qué justamente ahora, solo con un par de días de diferencia? Seguro que en eso sí te has parado a pensar.

—De acuerdo, ¿y cuál es tu teoría? —le preguntó sin querer mostrar de forma abierta que le interesaba conocer su opinión.

—La mafia sabe que está enfermo, sabe que el gobierno es presa del pánico, cada uno piensa en su propio pellejo, qué es lo que pasará conmigo, y aprovecha la coyuntura para saldar cuentas. Ahora es el mejor momento para hacerlo. Nadie se va a alterar por unos cuantos muertos, que de todas formas molestaban a todo el

mundo. Ahora es el mejor momento para ordenar la casa, para esperar tranquilamente una nueva época. Para que todo siga igual, aunque todo haya cambiado. De eso se trata…

—¿Y no crees que a Rimac lo pueden haber matado por casualidad? ¿Que fuera una simple discusión de taberna que se fue de las manos?

—No puede ser una casualidad, no en este momento.

—¿Y si a pesar de todo lo fuera? Por lo que yo sé, se trató de una casualidad.

—Yo en tu lugar investigaría un poquito más… De hecho, simplemente me lo repensaría todo un poco.

Davor Ištuk era ingeniero, dueño de una constructora con una veintena de empleados y un negocio estable. Era representante de la auténtica clase media alta de Zagreb, que no podía huir del hecho de que tanto su padre y su abuelo como su bisabuelo hubieran nacido en las provincias del sur, lejos del asfalto de la capital: un hombre bastante avispado y educado, pero que solía sacar conclusiones muy importantes sobre la base de un par de informaciones recogidas por ahí, que se agarraba con uñas y dientes a detalles del todo irrelevantes, si estos encajaban en su teoría, y además un nacionalista latente, cuyo último argumento siempre era que los serbios los habían atacado a ellos y no ellos a los serbios. A Mara no le gustaba discutir con él. Ružica, la madre, era depresiva y lloraba a menudo, quién sabía por qué, pero su visión del mundo y de la vida era mucho más amplia que la de su marido, mucho más profunda, con un número incomparablemente más elevado de tonalidades. Se jubiló hace tiempo por problemas en la columna. Era bibliotecaria. Los abuelos maternos de Mara llegaron desde Ucrania. Un verano todos fueron a ver ese pueblo en ese gran país, para aburrirse durante una semana y fastidiarse la digestión con la pesada comida local. Los primos se alegraron de su visita.

—¿Dónde está Mario? —preguntó Mara. Mario era su hermano pequeño y vivía con los padres. Era licenciado en Bellas Artes.

—En Praga, con unos amigos —le contestó Ružica—, llamó ayer por la noche. Volverá en unos días.

—¿Ha empezado a pintar algo?

—Todavía sigue fotografiando, no se separa de su cámara de fotos. Sería mejor que pintara.

—Tengo hambre.

Media hora más tarde, Mara cruzaba de nuevo la plaza de Britanski. Los taxistas seguían jugando al ajedrez en la penumbra junto a grandes botellas de cerveza. No tenía ganas de volver a casa, le apetecía una cerveza. Se sentía mal porque había llegado a sospechar que Boško la había traicionado, aunque no tenía ni la más mínima prueba de su culpabilidad. Además, habían asesinado a su padre. Era como si su cerebro no hubiera registrado ese hecho. Él le había dicho que habían matado a su padre y ella no había sido capaz de mirar más allá de su propio ombligo. ¿Qué le había contestado? Solo recordaba que durante todo ese tiempo permaneció ensimismada, que en ningún momento se puso en su piel, sus ojos no fueron los de él ni por un solo parpadeo. Pobre Boško. Bebió dos sorbos de la cerveza y le preguntó al camarero si podía utilizar el teléfono. Marcó su número. El teléfono sonó durante un buen rato, Boško dudaba si contestar o no, porque suponía que volvía a ser su madre. No tenía fuerzas para mantener otra conversación con ella. Al final lo cogió.

—¿Dónde estás? —le preguntó Mara de forma automática cuando él contestó.

—En casa… Me has llamado a casa… —le respondió agradablemente sorprendido.

—¿No te has marchado al sur? —No había rastro de sorna en su voz.

—No. Quizá viaje esta misma noche o mañana por la mañana, ya veré. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Quieres que me pase por tu casa?

—¿Cuándo?

—Pues ahora. Lo que tarde desde la plaza de Britanski hasta tu casa… En tranvía.

—…

—…

—Vale, de acuerdo. Ven, aquí te espero.

—¿Quieres que compre algo?

—Pues no sé, chocolate… Compra algún chocolate.

Capítulo 6

Los apuntes

Vladimir Magaš se tomó su tiempo antes de decirme algo sobre Rimac. No estaba seguro de si era por miedo o simplemente porque intentaba olvidar todo cuanto concernía a Rimac. Hablaba sobre sí mismo. Al salir de su habitación en la residencia me iba a algún sitio para apuntar con calma lo que habíamos hablado. Al principio solía apuntar muchas cosas y de manera más sintética. Apuntaba también aquello que solo más adelante descubriría como del todo irrelevante e inútil. Con el tiempo me volví más parco con las palabras; las notas que apuntaba en mi bloc eran tan crípticas que después ni yo mismo conseguía descifrarlas, o bien lo lograba de repente y por pura casualidad diez días más tarde. Al final, mis apuntes consistían tan solo en un listado de nombres o apodos, uno debajo del otro, y una serie de frases de una sola palabra. Esa palabra tenía que ser la clave de acceso a un secreto, una vida, una historia que explicara algo. Con el paso del tiempo tenía menos paciencia para tomar notas, no podía concentrarme, aunque la razón de ello radicaba en parte en que cada vez sabía más. Lo que al principio anotaba sin falta en el bloc y subrayaba como información importante, luego lo daba por sabido.

«Magaš habla de su afición al juego. Se inició en la universidad. Se apostaban sumas pequeñas. Él provenía de una familia acomodada. Su padre era médico. No le resultaba difícil disponer de dinero para apostar. Cuanto más ganaba, más serio se volvía el asunto. En ocasiones lo perdía todo. Su esposa lo abandonó por culpa de su afición al juego. Esto me lo contó al compararse con Dragan Kraljević, el motivo de mis visitas. Kraljević dejó de jugar solo cuando su esposa lo abandonó. Ella volvió con él pasados seis meses. Sobre Kraljević me ha dicho que era un hombre bueno, pero demasiado débil para Rimac. Le he preguntado qué quería decir con

eso. Solo me ha respondido que Dragan no estaba a su altura. Por eso se vino abajo. No ha querido decirme nada más.

»M. dice que hasta el inicio de la guerra no se sentía para nada serbio, aunque su madre es serbia. En su casa no se le daba importancia. Su padre tampoco le daba importancia al hecho de ser croata. M. me ha dicho que sobre todo se siente zagrebiense. A su exmujer, croata, tampoco le importaba ni la nación ni la política. Solo cuando empezó a encontrarse problemas por tener una madre serbia dejó de ser irrelevante, pero nunca fue tan relevante como para que se asiera a ello como explicación de todo lo que le ocurría.

»No podía asimilar que se había convertido en el enemigo. Se queja de que todos lo han abandonado. De nuevo se compara con Dragan Kraljević. A él también lo abandonaron todos, cuando hasta ayer mismo todos lo querían. De la noche a la mañana todos eran más que él, aunque sin mérito alguno. Tuvo que ir a ver a Rimac. Me dice que no le quedaba otra opción. Debía salvar su dignidad. Para Magaš era importante. No permitir que mancharan su nombre. Hasta sus oídos llegaba lo que se contaba sobre él en la ciudad. Esta es la rendija por la que quizá podría conseguir llegar hasta él. No veo otro camino.

»Mario Matković, Nikola Zorić, Josip Hofman Jozef, Andrija Sučić, Dijana Delalić, Matej Bakula, Zoran Tadej.

»Su esposa Jasmina lo abandonó definitivamente en septiembre de 1994. Rimac los había invitado a cenar en el hotel en el que residía. Celebraba su cumpleaños. No había demasiada gente, solo los más íntimos. Quizá unos veinte o veinticinco invitados. Rimac alquiló el restaurante del hotel. M. no sabe por qué decidió llevar también a su esposa. Nunca antes la había llevado a ese tipo de celebraciones. Ella trabajaba como técnico de montaje en la televisión. Una mujer sensible, refinada. Estaba confundida. No entendía qué tenía en común M. con toda esa gente que no paraba de besarse en las mejillas. Cuando volvieron a casa, ella le pidió que los olvidara. Él no podía. Rimac le pagaba bien, para colmo estaba endeudado. Además, lo habían aceptado. Así fue como lo abandonó su mujer. Sabía que ella no iba a cambiar de opinión.

»Francfort.

»¡Bumbar Marković!

»Le gustaba ver el respeto en los ojos de sus interlocutores

cuando se daban cuenta de que venía en representación de Rimac. Dice que nunca lo habían tratado así, ni siquiera cuando iba en nombre del Estado. Por aquel entonces le tenían miedo pero para sus adentros lo despreciaban; cuando empezó a ir de parte de Rimac, le tenían miedo y lo admiraban. Lo envidiaban y querrían estar en su lugar. Le pregunté quiénes eran esas personas de las que hablaba. Reaccionó como si no me hubiera escuchado.

»¡Nombres, nombres, nombres!

»Dice que el nombre de Jadran Rimac le abría todas las puertas. Literalmente todas. ¿Cómo lo explica? Le tenían miedo, pero no era solo eso. No quiso decir nada más. ¿Dónde está el secreto?

»M. dejó el juego hace unos meses. Hasta entonces no paraba de jugar. Le pregunté por qué lo había dejado. Me contestó que esa era una larga historia. Le dije que aun así quería oírla y me contestó que eso no tenía nada que ver con D. K., por quien yo estaba allí. Y que era mejor que no supiese nada. ¿Rimac dejó de prestarle dinero?

»Rimac-avaricia. M. dice que Rimac nunca tenía suficiente cuando se trataba de dinero. Sin embargo, lo valoraba.

»Estado.

»Olor.

»La casa en Gračani.

»Terrenos. Carretera.

»Planes.

»¿Gente?

»Rimac-Markota. Rimac-Tot. Rimac-Kojaković.

»¿Markota-Tot-Kojaković?

»Rimac-mujer.

En una ocasión, a Magaš se le escapó el nombre de Damjan Radić. Se le escapó y dijo una cosa de la que se deducía que se conocían bien. Damjan Radić era director del Servicio de Seguridad Nacional cuando yo empecé a trabajar allí. Cuando Magaš lo mencionó, ocupaba el cargo de consejero del Presidente para la seguridad nacional. Su sucesor en el SSN fue Ivica Tot. Al señor Radić apenas lo vi en una ocasión. Nos cruzamos en el pasillo, me saludó con la cabeza y me dio una palmadita en el hombro. En los diarios y en la televisión solo circulaba una foto suya, que seguramente facilitó él mismo. En esa foto llevaba barba de cinco

días y unas gafas de montura metálica negra. No sabía de él más que cualquier otro lector de prensa. También trabajó en el Servicio durante la época comunista, pero se decía que se largó a tiempo. Durante una temporada vivió en Alemania. Empezó a trabajar en el SSN poco después de su refundación a invitación del Presidente en persona. Se conocían, se decía que desde la época en la que el joven agente Radić era el encargado de vigilar las actividades universitarias contra el régimen: por entonces, el Presidente era profesor en la facultad de Ciencias Políticas. A su regreso, Damjan Radić fue nombrado primero jefe del Departamento de Estrategia y Planificación, después del Departamento de Lucha contra el Crimen Organizado y finalmente director del SSN. De él se decía que fue el mejor jefe del Servicio, porque puso orden y tenía claro lo que se debía hacer. Conocía su trabajo al dedillo y sabía juzgar bien a las personas. En voz baja se comentaba que no había sido muy sabio por parte del Presidente haber fichado al señor Radić para su gabinete, porque él se sentía mejor y daba más de sí en la sala de operaciones del SSN, mientras dirigía las acciones que él mismo había ideado. Sus colegas hablaban con admiración de su entereza incluso en las situaciones más difíciles. Ivica Tot, el jefe del Departamento de Operaciones Secretas, era su hombre de máxima confianza.

Si Vladimir Magaš conocía bien a Damjan Radić, era evidente que también lo conocía Jadran Rimac. Radié era demasiado listo y estaba demasiado enterado para no saber que Magaš no era nadie sin Rimac. En las conversaciones posteriores me esforcé por sonsacarle a Magaš algo más sobre Radić, pero él evitaba hábilmente mis trampas. Intentaba dar la impresión de que era yo quien se había inventado que él hubiera mencionado a Damjan Radié.

Magaš se había acostumbrado a mis visitas. Lo visitaba dos veces por semana y observaba que él fingía no alegrarse al verme. Enseguida bajaba el volumen del televisor, que parecía que en cualquier momento se iba a quedar mudo para siempre y fenecer. No tenía más visitas que las mías. Su exesposa solo fue a verlo una vez.

Hablaba, pero no me servía de nada. No había nada que anotar. Se repetía y pronunciaba racimos de frases que no me decían nada.

A él lo hacía feliz esa narración, tenía que llegar el momento en el que no pudiera seguir hablando sin mencionar a Rimac.

—Ten paciencia, Boško, por favor, solo ten paciencia —me repetía Mara—. Escúchale, aguanta. Nosotros disponemos de más tiempo que él. Llegaremos hasta el final.

Y ese momento llegó. Cuando alcanzó el techo de la investigación, que era Rimac, vaciló durante un tiempo. Yo no lo animaba ni le metía prisa. Permití que dejara escurrir las últimas palabras que no tenían que ver con Rimac. Me obstiné en seguir visitándolo a la espera de que saliesen de él. Primero solo fue un hilo y al final terminó convirtiéndose en un río de palabras sobre la planicie, tan ancho que podría haberse llevado una vida entera. No era capaz de contenerse.

Magaš no sabía que yo había aprendido mucho sobre Rimac, así que me facilitaba detalles por completo irrelevantes que por alguna razón a él le resultaban de interés, detalles que recordaba. Rimac era aficionado a la pesca. Podía esperar pacientemente durante horas a que el pez picara. Lo ponía enfermo que alguien lo interrumpiera durante la pesca. Adoraba su bigote. Cada dos días acudía a la peluquería del hotel para que se lo arreglaran, es decir, que le cortaran unos cuantos pelitos que sobresalían. A su esposa Brigitta la llamaba una vez al día, por lo general sobre las ocho de la tarde. No permitía que ella lo visitara, pero le pedía que una vez al mes le enviara por correo fotos suyas y de su hija. Solo confiaba en las fotos. Las chicas que desfilaban por su habitación tenían que enviar primero su foto. Rimac no viajaba. Ni siquiera a Djakovo para ver a sus padres y hermanas. Tenía miedo de viajar, porque durante el viaje siempre podía ocurrir algo inesperado. No le gustaba desplazarse. Nada de paseos por la ciudad ni perder el tiempo en las soleadas terrazas de los cafés. Rimac nunca llevaba pistola encima. Una superstición. Cuando las cosas se complicaron, siempre llevaba la pistola consigo.

Yo esperaba la ocasión para hacerle la pregunta adecuada. No me atrevía a plantearle nada hasta que él me creyera tan involucrado en su historia que las preguntas surgiesen por sí solas.

—¿Y qué hacía usted para Rimac? Quiero decir, ¿qué hacía con él?

Se detuvo. Me miró como si quisiera preguntarme: joven, ¿eres

consciente de lo que me preguntas? Yo no me dejé confundir.

—Hacía lo que era necesario. Tenía un sueldo. Ejercía como si fuera un ministro de Exteriores. Mejoraba la imagen de Rimac. Hablaba de cuestiones técnicas. Solucionaba los problemas mientras se podían solucionar hablando.

—¿Y qué ocurría cuando las palabras no bastaban? —le pregunté a bocajarro.

Sonrió. Me pidió un cigarrillo.

La ciudad y Lanka

La respuesta a mi carta me llegó del gabinete del Presidente dieciséis días más tarde. La reproduzco aquí, porque la respuesta no es muy larga. «Apreciado capitán Sučić, resolvemos a su favor su solicitud de apadrinar a la elefanta Lanka, que hoy día se encuentra en el complejo presidencial de la isla y que pertenece al despacho del Presidente. Realizaremos la donación y entrega del animal posteriormente, momento en el cual pasará a ser de su propiedad y cargo. Para cualquier información técnica no dude en contactar con el gabinete del Presidente».

Dos días después me llegó un sobre del Ministerio de Defensa. Me informaban de manera breve y clara de que me jubilaban y que inmediatamente antes me habían ascendido al rango de mayor. Del resto de los detalles técnicos (entrega de los nuevos galones para los uniformes de ceremonia, la firma de mi baja del Ejército, el banquete de gala con los mandos superiores) me informarían a su debido tiempo. De repente, todo había cambiado. No entendía lo que había ocurrido. No disponía de tiempo para reflexionar, porque esos primeros días estaba completamente ocupado con los preparativos para la llegada y acogida de Lanka. El despacho del Presidente se hacía cargo del transporte, pero recaía en mí construir un establo, acomodarlo, procurar la suficiente agua, adquirir comida (heno, hierba, follaje) y pensar en la mejor manera de almacenar los excrementos del animal.

Además, tuve que enfrentarme a la rabia de Snježana. Cuando se dio cuenta de que le anunciaba en serio la llegada de la elefanta a nuestro patio, se encerró en la habitación y permaneció allí durante cuatro días seguidos. Yo llamaba a la puerta e intentaba abrir sin éxito. No sé si se levantaba de noche y comía algo, pero en la casa no observé ningún rastro suyo. Cuando salió aparentaba estar tranquila y triste. Se sirvió un vaso de vino y me dijo que ahora todo estaba bien. Todo está bien. Me preguntó cuándo llegaba la elefanta. El lunes, le contesté.

—Una elefanta, ¿y qué? No pasa nada, qué más da… —afirmó y bebió un sorbo.

—Me han jubilado, recibí el aviso hace un par de días… Podré cuidar de ella.

—¿Por qué te han jubilado? —De repente frunció el ceño.

—No lo sé, ya no me necesitan… Pero todo está bien.

Permaneció callada. La jubilación suponía un elemento nuevo, que la confundió. Había pasado cuatro días en la habitación digiriendo la llegada de Lanka, y ahora la jubilación. Vi en sus ojos cómo calculaba a toda velocidad qué representaba eso para nuestra vida, para su vida. No podía ni suponer hasta qué punto mi permanente presencia en casa afectaría a su rutina, que se había ido asentando durante los últimos cuatro años. Yo no tenía una idea clara de cómo eran sus días cuando yo no estaba, sobre todo desde que las chicas se marcharon a la universidad. Hasta la llegada de Lanka permaneció sin hablar, aunque no se encerraba en el dormitorio. Lanka llegó en un gran vehículo militar, especialmente acondicionado para la ocasión. La acompañaban tres hombres: el conductor, el ayudante del conductor y el viejo Gvido, que en la isla se encargaba del cuidado de los elefantes. Nos conocíamos muy bien y hablábamos a menudo. Me dijo que el hecho de que Lanka estuviera en mis manos lo hacía feliz. De todas formas, él ya no podía hacerse cargo de ella, estaba viejo y enfermo. Se fueron poco después de acomodar a Lanka. Antes de despedirse, Gvido me entregó un sobre que contenía una hoja de papel escrita de su puño y letra.

Eran frases copiadas en su mayoría de una enciclopedia o algo similar: «La elefanta Lanka tiene treinta y nueve años. Pertenece a la familia de los elefantes asiáticos. El elefante asiático (lat. *Elephas maximus*) también acostumbra a ser el elefante de la India y, tras el elefante africano, se trata del segundo animal terrestre vivo más grande hoy en día. A diferencia de su primo africano, no resulta difícil domarlo, así que a menudo es presa de cazadores y explotadores. El elefante asiático se diferencia del africano en que tiene las orejas bastante más pequeñas, en las patas traseras tiene cuatro dedos en vez de los tres del africano y en su trompa tiene una protuberancia parecida a un dedo en lugar de dos. En pie, su punto más alto es la cabeza y no el lomo, como es el caso en el

elefante africano. El asiático es más pequeño. El ancho de su espalda es de un máximo de tres metros y la longitud de cabeza y cuerpo es de unos seis metros, su cola mide unos
150 cm.
La hembra pesa en torno a los 2700 kilos; el macho puede llegar a pesar más de cinco toneladas. Casi por regla general son los machos los que tienen colmillos, aunque en algunas subespecies ni siquiera ellos los tienen. Los elefantes asiáticos son activos al atardecer y de noche. Durante el día descansan. Se alimentan de hierba, hojas, corteza de árboles, ramas… Un elefante adulto requiere unos 150 kilos diarios de comida. Además, los elefantes asiáticos van a buscar agua por lo menos una vez al día. Su esperanza de vida oscila entre los sesenta y los ochenta años. Se calcula que el adiestramiento de los elefantes asiáticos se inició alrededor del año 2000 a. C. en el valle del Indo y desde allí se extendió al sur y sureste de Asia. Los elefantes adiestrados se empleaban para arrastrar cargas, montar y realizar diferentes tareas pesadas. Así se utilizan, por ejemplo (en algunas zonas incluso hasta la actualidad), para arrastrar los troncos en la tala de árboles. Tras varios años de adiestramiento pueden llegar a entender hasta veintitrés órdenes. Los elefantes en cautividad se reproducen muy poco o no se reproducen (esta es la razón por la que a los elefantes, a pesar de la larga tradición, no se los puede considerar domesticados)».

En la ciudad la noticia de la llegada de mi elefante corrió como la pólvora. Los primeros días la gente se reprimía, pero pronto cedió ante la curiosidad. Querían ver a Lanka. Los pequeños empezaron a reunirse frente a mi valla y a mirar hacia la cuadra, que se encontraba detrás de la casa y no se veía desde la calle. Cada día eran más. Los niños me pedían que les enseñara a la elefanta y Snježana me pedía que echara a esos mocosos, pero yo no podía. Me dolía en el alma, aunque no quería convertir a Lanka en una atracción local. Un día dejé que una decena de niños entrase a ver a la elefanta. Ella permaneció quieta. Los niños se le acercaron con miedo, asustados y encantados a un tiempo. Yo los animaba a que se le aproximasen, acariciaba la cabeza de Lanka mientras le susurraba con cariño palabras incomprensibles, sin tener en cuenta que ya no era una cría. Uno a uno sentaba a los niños en la grupa de Lanka y todos reían de la misma forma. Les picaban sus gruesas

cerdas. Ella permanecía quieta. No le molestaba lo que ocurría a su alrededor.

Al día siguiente se presentaron el doble de niños. Después todavía más. Y todavía más. Todos esos niños no cabían en mi patio. Snježana no salía de casa. Mientras yo sentaba a los niños en la grupa de Lanka, Snježana vaciaba puertas adentro las botellas de vino y cerveza. Mientras yo iba a buscar con los niños brazadas de hierba para Lanka y añadía con la manguera agua al ancho barreño que había mandado hacer especialmente para ella, Snježana mojaba las caladas a su cigarrillo con aguardiente casero que compraba en la plaza. No nos hablábamos. No había nada que decir: solo esperar a que todo pasara.

Después de los niños llegaron los adultos. Ellos también querían ver a Lanka, hacerle fotos, tocar su gruesa piel, sujetar su trompa. Toda la ciudad se apretujaba en mi patio. Me daban palmaditas en la espalda y me felicitaban. No había forma de separarlos de la elefanta, que los sufría con paciencia. Solo de vez en cuando se dormía de pie y muy pocas veces se echaba en el suelo y cerraba los ojos. La gente traía comida y bebida y mi patio se convirtió en un parque de atracciones. Todo el mundo se consideraba invitado. Llegaron periodistas desde la capital. Muchos periodistas. Hubo un momento en que toda persona en la ciudad, excepto unos pocos que nunca seguían a la mayoría, sintió que era su deber ir a ver al animal más grande de la historia de la zona. Con el paso de los días fueron llegando los ciudadanos, que pensaban que con su presencia nos honraban a mí y a Lanka. Esperaban que los recibiera y que les ofreciera de beber y de comer. Por suerte ella permanecía tranquila, aunque a su alrededor se multiplicaba la gente borracha y agresiva. Ella comía, bebía y dormía. Me propusieron que empezara a cobrar por ver a Lanka. No quería ni oír hablar de ello, de todas formas ya era tarde para cobrar. Todos los que querían verla ya la habían visto gratis.

—Podemos organizar excursiones desde otras ciudades. ¡Podemos cobrarles a ellos! —me dijo ambicioso el joven alcalde.

Snježana pisó el patio cuando el número de los visitantes comenzó a disminuir. Habían visto a Lanka todos los que habían querido, y cada vez eran menos los que deseaban verla por segunda vez. Mi patio volvió a recuperar su anterior aspecto. Los que

permanecieron más tiempo fueron aquellos para los que Lanka se había convertido en un motivo de encuentro. Traían bebida y se quedaban hasta bien entrada la noche. Luego también ellos desaparecieron. Lanka volvió a estar sola. La ciudad se hartó de ella. Estaba aquí, todos sabían que estaba aquí, desentonaba. Empezó a molestar. La ciudad tenía que recuperar la normalidad, pues no es normal que en ella resida un elefante por el que ya nadie tiene interés.

Bumbar

Bumbar le dijo a Rimac que quería presentarle a una persona muy importante. Que esa noche se pasara sobre las nueve por el mesón Neretva, cerca de la estación central de ferrocarriles, y que luego irían a un lugar más tranquilo.

Neretva era el punto de encuentro de los sureños, para los que el local de Jure Vokić representaba la conexión más estrecha con su tierra natal: hasta allí llegaban cartas abombadas, grasientos paquetes de comida casera y primos asustados con grandes expectativas; en sentido contrario viajaban sobres doblados que contenían dinero, paquetes de detergente y alguna tableta de chocolate, que de camino cambiaba de estado físico. Jadran Rimac había estado un par de veces en Neretva, aunque no le gustaban los antros en los que bebían pálidos albañiles, antros de los que cobraba protección. Se sentía más a gusto en los silenciosos vestíbulos de los hoteles de lujo, que incluso Bumbar evitaba. Los evitaba porque allí se sentía inseguro, en campo contrario, donde imperaban unas reglas que él no conocía del todo. Rimac aprendía con paciencia, observaba y absorbía todo: los gestos y las expresiones de los rostros, las reacciones a las malas noticias, el trato con la gente insignificante, con los camareros, con la gente de paso. Imitaba las sonrisas, la tranquilidad, la relajación, le gustaban las escenas amortiguadas, del todo opuestas al ambiente de nuestros mesones. En uno como esos, el Neretva, esperaba ahora sentado a que llegaran Bumbar y su misterioso amigo, a quien se le había antojado conocer a Jadran Rimac. Era un sábado por la noche, los hombres sedientos se apretujaban en las mesas y en la larga barra. En un par de horas alguien empezará a cantar sobre las mujeres infieles y el hogar, dentro de poco la banda desgarrará la madrugada de Fráncfort. Esta noche se emborracharán y al día siguiente se perderán de nuevo la santa misa, aunque Dios lo entenderá. En las mañanas de los domingos la resaca puede más que la religión de los antepasados.

Bumbar y el hombre desconocido llegaron juntos, pero no quisieron quedarse en el mesón de Jure Vokić. Solo lo justo para que Rimac le tendiese la mano al desconocido y escuchase su nombre. Se llamaba Damjan. Llevaba barba y gafas, era un hombre que causaba impresión. Bumbar los condujo a su piso, se sentaron alrededor de la mesa, la mujer de Bumbar —Sanela— sacó algo para picar, abrieron una botella de coñac, los tres encendieron un cigarrillo al mismo tiempo y expulsaron el humo como si compitieran para ver qué bocanada era la más espesa. Todos registraron el incómodo minuto de silencio que se produjo antes de abordar el asunto. Damjan le preguntó a Bumbar si le había adelantado algo a Rimac, y Bumbar negó con la cabeza.

—¿Se lo explicas tú o yo? —le preguntó a Bumbar. En lugar de dar una respuesta, este cogió aire profundamente y empezó a hablar. Presentó a Damjan: el camarada Damjan, de momento sin apellido, trabaja para el Servicio, en Zagreb, está al mando de la emigración política. Bumbar y Damjan colaboran, mejor dicho, Bumbar es colaborador del camarada Damjan, en ocasiones realiza alguna tarea para el pueblo y para el Estado, el camarada Damjan sabe valorarlo. Se trata de un trabajo importante y con responsabilidad, no adecuado para cualquiera, solo para los elegidos en los que se puede confiar y que no cederán en un momento crucial. ¡Tú eres así, Jadran, de confianza y decidido, necesitan a alguien como tú! Te tratarán bien. ¿Qué tendrás que hacer para devolverles sus atenciones? ¿Podrás hacerlo, Jadran? ¿Puedes rechazarlo? Sabes que no puedes, ya sabes lo suficiente sobre la vida y la gente, te machacarían en menos de tres días, la fortaleza te escupiría al primer río que haya cerca, que te conducirá hasta la cárcel o a la muerte. Está claro que no puedes.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Rimac.

—Lo sabrás a su debido tiempo, contamos contigo. Mantente en contacto con Bumbar —contestó Damjan y se marchó acto seguido. Se quedaron a solas Rimac, Bumbar y Sanela.

—No tenía que haber aceptado tan rápido, ¿verdad?

—No, pero da igual. Más tarde o más temprano, joder. Ahora eres un tío grande, la cosa va en serio. Vamos a brindar por ello…

Cuando Rimac volvió a su casa, Brigitta y Aleksandra estaban durmiendo. Aleksandra tenía seis años y le pusieron el nombre en

honor a Bumbar, que en realidad se llamaba Aleksandar, aunque poca gente lo supiera. Brigitta y Jadran tuvieron a Aleksandra cuando llevaban un año juntos. Querían tener hijos, Rimac quizá lo deseaba más que ella. Nada más conocer a Brigitta, decidió que sería su mujer. Quería tener una mujer alemana, de buena familia, con raíces, y no una paisana, una desesperada que lo atara más de lo que él deseaba a los suyos, de los que quería alejarse, con los que quería estar solo lo justo y necesario para que el trabajo no se resintiera. Quería poder hablar alemán al llegar a casa. Bumbar era diferente: él salía del gueto solo cuando el trabajo lo requería, uno tiene que estar con los suyos no porque sean buenos, ni porque sean como un bálsamo que cura las penas, sino porque la autoridad también está ligada a la lengua y porque sabía cómo pensaban. Podía prever sus reacciones, podía leer su naturaleza, era uno de ellos. Era un lobo como ellos. En alguna ocasión Bumbar le decía de pasada a Rimac que tuviera cuidado con los extranjeros. Con los nuestros es más seguro, le decía, con los nuestros sabes a ciencia cierta la gentuza que son y todo lo que son capaces de hacerte, mientras que con un alemán nunca sabes cuándo te la pegará y en qué piensa mientras te estrecha la mano. A uno de los nuestros le puedes romper las piernas y las costillas, puedes tirarlo a la alcantarilla, al vertedero y nadie preguntará nada, nadie le dará importancia, un intruso más que la palmó. Al alemán le arreas una bofetada y ya tienes aquí a todo el cuerpo de policía, no te dejarán en paz hasta que te hayan clavado los colmillos en el cuello. Tú mantente en tu gueto, allí dentro es donde más protegido estás.

Rimac no quería despertar a Brigitta. Se sirvió un coñac y se sentó a la mesa del comedor. Se tomó un trago y de repente decidió hacer una llamada, con el vaso en la mano. El teléfono estaba en el pasillo. Marcó los números durante un rato, tardaron mucho en contestar. Era muy tarde.

—Diga… —se escuchó por fin la voz al otro lado.

—Soy Jadran. ¿Eres tú, vieja?

—Soy yo, hijo… ¿Cómo es que llamas tan tarde, ha pasado algo? —preguntó con voz ronca.

—Nada, solo llamaba, no he mirado qué hora es… ¿Papá está dormido?

—Sí, está dormido, es tarde… ¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien, madre, estoy bien. Tengo mucho trabajo, pero todo va bien. ¿Y vosotros qué tal?

—Como siempre. ¿Cuándo vendrás a vernos?

—No lo sé, tengo mucho trabajo. ¿Qué tal están mis hermanas?

—Bien, hechas unas mujeres. Ellas también preguntan cuándo vendrás a vernos. Lucija quiere casarse. ¿Vendrás?

—Sí, sí, iré… ¿Necesitáis algo? Me encargaré de que alguien os lleve dinero un día de estos…

—No nos hace falta nada, de verdad.

—Os lo mandaré igualmente…

—Ven, tenemos ganas de verte, los vecinos no dejan de chismorrear…

—Iré, ya te lo he dicho. No hagas caso a los vecinos… Recuerdos a todos, buenas noches.

—Vale, hijo, buenas noches.

Jadran Rimac era croata y tenía conciencia de serlo. También era consciente de que su mejor amigo, Aleksandar Marković Bumbar, era serbio, pero no veía en ello un impedimento para su amistad. Ahora ambos trabajaban para sí mismos y para Yugoslavia, para su régimen, que se esforzaba en que la gente se sintiera menos croata o serbia y más yugoslava. El esfuerzo no valió la pena.

Rimac entendió la colaboración enseguida, igual que Bumbar: es como un trabajo cualquiera, camarada, también cotiza. Si piensas dedicarte a este negocio en serio, también tienes que trabajar para la policía y, si es así, entonces mejor para la nuestra que para la alemana. Con nuestra gentuza ya sabemos a qué atenernos. Rimac solo hizo un par de trabajos irrelevantes; en pocas palabras, no tuvo que matar a nadie, ni esconder cadáveres en los bosques y las montañas, ni nada parecido, nada especial. De hecho, no hubo tiempo para más, porque el país para el que Bumbar y Rimac trabajaban de vez en cuando estaba desapareciendo. Se desmoronaba por dentro. A nadie le preocupaban ya los trabajos sucios allende las fronteras. En casa se repartían de nuevo las cartas.

Un día a finales de 1988, Damjan apareció de repente y pidió que se reunieran lo antes posible en el piso que él utilizaba cuando se encontraba en Fráncfort. Estaba nervioso y daba rodeos de forma tan poco hábil que creaba incomodidad en la pequeña cocina.

Bumbar se dio cuenta enseguida de que la cosa iba en serio, Rimac también se dio cuenta, pero la regla era que Bumbar tratara los temas serios con Damjan. Rimac no debía abrir la boca.

—¿Qué quieres de nosotros? —lo interrumpió Bumbar. Damjan se sintió aliviado por la pregunta.

—Quiero trabajar con vosotros, no lo aguanto más —dijo, habiéndose calmado un poco.

—¿Qué es lo que no aguantas?

—El trabajo en el Servicio y todo eso, no puedo más, todo se va al carajo. Tengo que apartarme de todo esto.

—¿Cómo te vamos a acoger, hombre? Todos pensarán que eres un topo, cómo vamos a explicarlo…

—Asignadme una tarea que me mantenga a la sombra, aquí tengo muchos contactos, conocidos, sé muchas cosas. Sé todo lo que se puede hacer y cómo.

Se trajo a la familia —mujer y dos hijos—, y empezó a trabajar con Bumbar y Rimac. Se esforzaba, quería demostrar que en él había potencial y vida, se abría al nuevo mundo como una peonía, siempre quería ser útil y valiente; al principio sus propuestas iban un paso más allá de la línea que separaba la cordura de la demencia. Cuando uno quiere hacerse valer y destacar, la experiencia y la inteligencia se retiran, se callan: ni ve ni oye, se deja llevar por el río de un hambre insaciable y una avidez de honores. Damjan les propuso a Bumbar y a Rimac que se metieran en el negocio de la droga. Dijo que conocía a gente que podía introducirlos en el negocio, él sería la conexión y, si hacía falta, respondería por ellos. Bumbar se enfureció con solo oírlo. Se puso en pie, miró con desdén a Damjan y empezó a hablar. Le dijo que qué se había creído, que era un idiota si pensaba que lo necesitaban a él para entrar en el negocio de la droga, lo llamó burro, gentuza, gentuza, gentuza, apestoso pocero espía, mierda apestosa. Damjan estaba asustado, temblaba como la gelatina. Ya no lo protegía la insignia que portaba, ahora era un perro callejero, podía perder la cabeza sin que nadie se preocupara. Bumbar lo cogió del pescuezo, lo arrancó de la silla de su sala de estar y lo llevó en volandas hasta el baño. Le hizo una señal a Rimac para que lo siguiera. Obligó a Radić a arrodillarse frente a la taza, en la que le metió la cabeza. Hasta tal punto Bumbar era más fuerte que Damjan. Se oía el

chocar de la frente contra la cerámica, toses y gorjeos. Rimac tiraba de la cadena blanca a intervalos regulares, pronunciando siempre las mismas palabras: la ducha. Qué gentuza, colega, le decía Bumbar a su amigo, que se dedicaba a regular el caudal del agua de la taza, insignificante gentuza a la que le gusta hablar demasiado. Gentuza, colega, gentuza… Y así hasta que Rimac observó que tal vez ya era suficiente. Lo dejaron en el baño, cogieron sus abrigos y salieron en silencio.

—Nos quería tender una trampa, la madre que lo parió —exclamó Bumbar casi para sí mientras salían a la calle. Jadran no dijo nada, aunque no tenía el aspecto de alguien que aprobara del todo la acción de Bumbar. Al día siguiente comieron juntos. Fue la primera conversación que mantenían de igual a igual. Rimac dijo que tal vez tendrían que arreglar el asunto con Damjan, si era posible.

—Son mala gente —añadió—, mejor no estar a malas con ellos. No puedes ir contra ellos, no tiene sentido y tú lo sabes mejor que yo.

Bumbar permaneció callado. Sabía que Jadran tenía razón y decidió dársela, pero no enseguida.

—¿Quieres que intente arreglarlo? —preguntó Jadran.

—Hazlo. Pero que no quedemos como unas mariconas, colega. ¿Entendido?

—Entendido.

Damjan Radić siguió siendo su socio, pero dejó de hablar con Bumbar. Se limitaba a hablar con Rimac. Hacía algún trabajillo para ellos, putas y falsificación de documentos y algunas cosas más, pero también trabajaba para otros. Tenía mucho cuidado en no quedar mal con nadie. Era siempre el primero en llegar con la información. Estaba a buenas con todos, pues un cordero cariñoso puede llegar a mamar de dos ubres. Tenía la capacidad de prever los futuros acontecimientos y eso le impresionaba a Rimac.

—A Bumbar que le den —le dijo riendo Damjan Radić a Jadran Rimac a principios de otoño de 1990—. A Bumbar que le den —repitió—, de todas formas no deja de ser serbio. Nosotros somos croatas. Debemos apoyarnos el uno al otro.

Rimac lo miró extrañado, pero no dijo nada.

En el verano de 1991, Damjan llamó a Rimac desde Zagreb. En

pocas palabras le dijo que estaría bien que regresase a Zagreb y que lo contactara. Damjan había sido nombrado jefe de un departamento del Servicio de Seguridad Nacional. Te aseguro que no te vas a arrepentir, le dijo a Rimac. Más que una invitación era una orden.

Capítulo 7

Damjan Radić

Cuando Mara, hace ahora nueve meses, vino por primera vez a este piso, preparé una cena y compré un vino tinto caro. La carne no me salió mal, pero la patata quedó cruda. Yo me encogía de hombros y ella no hacía más que repetir que todo estaba bien y que eso pasaba incluso en los mejores restaurantes. Sonreía. No dejaba de alabar el vino y a mí sus cumplidos me complacían, aunque de vinos realmente yo no sabía nada. Solo sabía que si era caro debía de ser bueno. Compré un juego de seis platos, copas de vino y una cubertería. Me esforcé como nunca antes. Me importaba.

Luego nos sentamos en el sofá. Seguimos bebiendo vino. Le pregunté si existía una razón secreta por la que estuviera metida en el caso Rimac. ¿Existía algo que yo debería saber, ya que ella me había metido en el caso? Me miró sorprendida. ¿De qué estaba hablando, qué razones secretas?

—Veo que estás muy apegada al caso… Y me preguntaba… si había algo entre vosotros dos… —me sentía avergonzado. Sabía que no saldría de esa.

—Estás loco, no escondo nada. Hago mi trabajo, me han asignado este caso y me limito a hacer mi trabajo. Y quiero hacerlo bien. Nada más. Es muy sencillo. —Se detuvo brevemente y prosiguió—: Ese hombre es un criminal y nuestro trabajo consiste en encontrar las pruebas para meterlo en la cárcel. Por eso nos pagan, por si lo habías olvidado. ¿No es motivo suficiente?

Durante esos primeros meses, tras cada conversación seria entre nosotros acababa sintiéndome avergonzado. Estaba convencido de que ella pensaba que era estúpido. Yo siempre escogía las palabras equivocadas, que se derrumbaban como bolos. Intentaba explicarle lo que quería decir en realidad, me enredaba, me enterraba cada vez más en las arenas movedizas de mi confusión y desorientación.

Mara era bastante resistente al alcohol. Sus pensamientos permanecían igual de claros tras la cuarta copa de vino.

Le dije que no pensaba nada malo, solo me resultaba poco habitual que alguien se entregara tanto al trabajo. Tal vez yo actuaría igual si me hubieran destinado a Delitos Políticos, porque yo no creía tanto en la justicia como en el Estado, en la estabilidad. Ella piensa que el mundo será un lugar un poco mejor cuando Rimac esté entre rejas. Seguía sosteniendo de forma seductora la copa en la mano.

—¿No te parece sorprendente que hasta la fecha a nadie le haya molestado lo que venía haciendo Rimac? No creerás que se convirtió en un mafioso de la noche a la mañana, ¿verdad? ¿Por qué justamente ahora?

—Digamos que me sorprende, pero qué le vamos a hacer… ¿O quieres decir que habría sido mejor que Rimac no se hubiera convertido nunca en nuestro objetivo?

—…

—¿Eso quieres decir? ¿Si lo hemos dejado en paz durante tantos años deberíamos dejarlo en paz para siempre? ¿Quieres decir que eso sería lo justo?

—No, solo sería lo consecuente. Lo de ahora me parece hipócrita. Una justicia hipócrita, ¿dónde se ha visto esto? —por fin hablé con entereza.

—Ahora entiendo por qué no te quieren trasladar al Departamento de Delitos Políticos…

—Justamente por ese motivo allí tendría cabida. Sé cómo piensan, sé cómo son y con ellos no puede existir ni el compromiso ni las negociaciones. A diferencia de los mafiosos como ese Rimac tuyo… Él no cree en nada. No tiene ninguna convicción. Es un estúpido. Lo de Rimac es un ajuste de cuentas particular, lo demás no tiene sentido. Nos dedicamos a los rateros, mientras que el verdadero enemigo se dedica a conspirar a nuestro alrededor. Dentro de poco toda la prensa será suya… El verdadero problema es el desorden y la inestabilidad del país, no el crimen.

—Rimac no es un ratero…

—Todos ellos son unos rateros y unos cuatreros. Rimac, Zanki, Dubro y Šesto, todos ellos.

—Rimac no lo es, pero eso ahora no importa. Dime, no lo

entiendo, ¿entonces por qué has escogido este lado?

—Yo estoy en el lado correcto. El Estado está por encima de todo.

—Más importante que el Estado es sacar a esta chusma de la calle. Nosotros tendríamos que ocuparnos de ello. Me refiero a ti y a mí, porque todavía perteneces al Departamento de Crimen Organizado. Y por lo que veo, no hay mucha esperanza de que te trasladen en breve…

—A la chusma no se la puede sacar de la calle. ¿Cómo es posible que no lo entiendas? Siempre habrá chusma en la calle. Y si no es Rimac, será otro. Zanki o quien sea. Lo importante es acabar con el verdadero enemigo, porque con ellos no hay compromiso, ellos nunca serán de los nuestros.

—¿Te refieres a alguien como Sučić?

Sus palabras me sentaron como una puñalada, me quedé sin aire. Pensé que Mara lo sabía, pero conseguí esconder ese pensamiento. O, a pesar de todo, su concentración se iba desvaneciendo con cada trago de vino. Sumergí mi confundido rostro en su cabello negro y en su cuello blanco. Con la punta de la lengua seca me paseaba por su cuello entre la clavícula y la oreja. Ladeó la cabeza y dejó el cuello totalmente expuesto a mi lengua y mi boca. Dejó la copa sobre la sucia mesita del centro. Se estaba desabrochando la camisa, siempre llevaba sostenes blancos transparentes. Se me entregaba. Yo me relajé solo al comprender que no conocía mi secreto, pesado como una losa. Mi lengua ya no estaba acartonada y seca. Su piel absorbía rápidamente las húmedas trazas regulares de mi lengua.

Yo solía visitar más su casa. Su piso era más grande y más bonito. Era más luminoso, había flores, la cama era más ancha, las sábanas y las almohadas olían mejor. No era consciente de que evitaba dejar huellas de mi vida en ese piso. No conocía a sus padres. En una ocasión, por casualidad, me encontré con su hermano, pero no tuvimos de qué hablar. Vivía en un mundo diferente al nuestro. En el piso de Mara, con la cabeza reposando en su vientre, me sentía seguro, aunque nunca llegué a confesárselo.

Ahora estaba esperando a que Mara llamase a mi puerta. Dijo que cogía el tranvía en la plaza de Britanski. La tensión acumulada en mi vientre se relajó un poco, aunque todavía no sabía qué hacer

al día siguiente. ¿Me quedaré en la cama y dormiré todo el día, olvidándome de todo, o viajaré hasta allí, donde mataron a mi padre, y fingiré que investigo para descubrir quién y por qué lo mató? Deseaba que Mara me abrazara y me dijera lo que debía hacer. Estaba dispuesto a hacer lo que ella considerara mejor, solo con tal de poner fin a esta indecisión y lograr salir de este laberinto en el que vago desde que sé quién es mi padre.

Trajo dos tabletas de chocolate con avellanas y el diario vespertino. Me gustaba comprar de noche la primera edición del diario y leer lo que los demás solo leerían por la mañana. Siempre me excitaba saber algo antes que los demás. Quizá fuera por eso por lo que encontré trabajo en el SSN, después de que me rechazaran en los medios. Si uno es periodista, disfruta cada día de la oportunidad de mostrarles a todos que eres el primero en conocer una noticia. Cuando uno trabaja en el SSN no puede mostrarles nada a los demás. Me costó trabajo luchar contra ese silencio obligado. Me sentía como si estuviera entre dos fuegos: por un lado, la necesidad de ser más importante de lo que soy y, por otro, el hecho de tener un sueldo asegurado en el Servicio. Rebajé mi ego, el sueldo era una razón más poderosa.

Me dijo que lamentaba haberse comportado de aquella manera. Dijo que yo había perdido a mi padre y ella solo pensaba en sí misma. Le dije que no estaba enfadado, que no importaba. Me preguntó si estaba bien. Sí, supongo que sí. ¿Qué iba a hacer? Le dije que iría al sur, aunque para ser sinceros ya no estaba tan convencido. Mara pensaba que no debía ir, aunque era decisión mía. Que yo sabía mejor que nadie por qué iba a hacer lo que iba a hacer. Ella me apoyaría decidiera lo que decidiera.

Sonó el teléfono. Era mi madre, Veronika. Sin más me dijo que quería pedirme un favor. Sonaba seria y casi formal:

—Quiero que mañana me lleves al funeral de Andrija. No intentes convencerme de lo contrario. Si tú no quieres llevarme, cogeré un autobús esta noche e iré sola.

—De acuerdo. ¿A qué hora es el funeral?

—A las dos y media.

—Pasaré a recogerte sobre las nueve.

Solo después de colgar empecé a vislumbrar lo realmente terrible de su intención. En el funeral habría por lo menos diez

agentes del SSN y diez policías del departamento criminal. Grabarían el funeral, al que no asistiría más de una veintena de lugareños. Alguien, por pura formalidad, comprobaría después los nombres de esos veinte desdichados y darían con el nombre de Veronika Krstanović. Solo faltaría dar un paso más y ya se sabría que soy su hijo. Me citarían y tendría que reconocerlo. Sería el fin de mi carrera. Me cubrirían de vergüenza para siempre. En aquel momento no me lo podía permitir. No en ese momento.

—Tienes que explicarle bien por qué no debe ir —me dijo Mara —. Lo entenderá, es una mujer razonable.

—Por la mañana iré a su casa y se lo explicaré. Ahora no tengo fuerzas. Espero que lo entienda. A veces resulta muy pesada.

Se produjo un silencio, luego respiró profundamente y me dijo que tenía que darme dos noticias, aunque tal vez no era el momento. Ya no podía guardárselo por más tiempo para sí misma. Primero la noticia buena: va a dejar la fiscalía. Al día siguiente presentaría la solicitud de rescisión de contrato. De hecho, ese no era un trabajo para ella. No tenía sentido seguir. No daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Me estaba diciendo que no tenía sentido trabajar en la fiscalía, perseguir a los criminales? Sin embargo, estaba a la espera de la mala noticia y no le pregunté nada. La mala noticia era que había estado tirándose a Rimac. Unas cuantas veces en los últimos meses. Lo sentía. No sabía cómo pudo ocurrir.

—No fue solo una vez para que no sepas cómo pudo ocurrir. Dices tonterías —repliqué con voz tranquila y plana, aunque por dentro estaba furioso.

—No quería decir eso, sino que…

—Entonces, ¿no arrestamos a Rimac porque tú te lo estabas tirando y no porque te prometió que te facilitaría las pruebas contra alguno de sus jefes? ¿Cuándo te lo prometió? ¿Antes de follar contigo?

—Por favor, no seas así… No espero ni que me perdones ni que lo entiendas, porque yo tampoco lo entiendo. Pero no me insultes.

—¿Qué quieres, que te conceda una medalla? ¿Qué es lo que quieres, joder? ¡Venga ya, te has estado tirando a Jadran Rimac!

Permaneció callada. Yo quería que dijera algo. Le pregunté qué íbamos a hacer ahora. En lugar de responderme dijo que tenía que preguntarme algo más. Me sorprendió su arrogancia.

—Y qué pasa si digo que mataron a Jadran porque sabían que iba a cantar.

—¿Y qué?

—No eran muchos los que sabían qué tenía en mente Jadran. En realidad, lo sabían solo dos personas. Mi jefe y tú.

—Y tú, por supuesto, primero sospechas de mí.

—No sospecho nada, solo que…

—Deja que te recuerde que nunca me has dicho de forma directa a quién pensaba arrastrar consigo Rimac. O sea, te olvidas de que yo no sé qué nombres te susurraba Rimac al oído después del sexo.

Me dijo que yo era lo suficientemente inteligente y que sabía lo bastante como para llegar a la conclusión de que Jadran se refería a Damjan Radié. También dijo que estaba segura de que Magaš me había mencionado a Radié, pero que nunca vio su nombre en mis informes y notas oficiales. ¿Cómo podía estar tan segura de que Magaš me había hablado de Radié? Dijo que no importaba, pero que estaba segura.

—Tu teoría es estúpida, yo no le he dicho nada a nadie.

—Igual que tu teoría de que no lo habíamos arrestado porque yo me lo tiraba…

—Ya que has mencionado a Magaš, ¿por qué Rimac se quedó con su piso?

—Rimac lo organizó todo para que nombrasen a Magaš fiscal general, pero él no aceptó. No había manera de que aceptara. Fue el colmo. Rimac entendió que le daba asco a Magaš. Le pagaba un sueldo, financiaba sus apuestas y a cambio recibía un rechazo. Se sentía ofendido y, joder… No te lo quería decir, porque entonces también tendría que haberte contado quién había participado en la destitución de Majstorović para colocar en su lugar a Magaš. Damjan Radié, quién si no. En ocasiones, algunas palabras o gestos tuyos me hacían pensar que habías conseguido encajar todas las piezas, pero que callabas y me dejabas seguir haciendo el ridículo. Enseguida me daba cuenta por alguna razón de que seguías perdido.

—Me faltaba concentración y constancia. Siempre estaba tenso por lo de mi viejo y hacía lo imposible por impresionarte. Eso me tenía bloqueado…

Cogí el diario y empecé a hojearlo. Andrija Sučić ya no copaba las portadas. Dudaba si confesarle o no que yo también la había

engañado. Dos veces. Sin contar la ocasión en que me masturbé. No se lo conté.

—¿Quieres chocolate? —me preguntó. Cogí un trozo—. Si no te molesta, esta noche me quedaré a dormir en tu casa. Ahora no me apetece irme.

Asentí con la cabeza fingiendo indiferencia, cuando de hecho estaba feliz por no tener que pasar una noche más solo.

—Si me lo preguntas —retomó la conversación anterior—, Vladimir Magaš no merece que nadie le tenga pena. Hacía todos los trabajos sucios para Jadran, lo sabía todo. No tenía ningún escrúpulo. No merece que le tengas lástima, créeme.

—A diferencia de Rimac, ¿verdad?

—No empieces…

Instintivamente quería proteger a Magaš, aunque sabía que mis argumentos eran tan frágiles como unas galletas para el café. No lo tenía fácil. Todos lo jodieron. Pagó por esa debilidad suya contra la cual no podía hacer nada. Se mantenía a flote a duras penas. Pensaba que debía contar con un protector y que su vida dependía de ello. Me preguntó si tenía idea de todo lo que Magaš hacía. ¿Qué es lo que hacía? Ah, qué hacía… Se encargaba de que todo funcionara, que nadie diera problemas. Rimac ya no tenía paciencia con los detalles, las negociaciones, los acuerdos, el convencer a la gente. Él decía lo que quería y Magaš lo hacía, de una u otra forma. Reuniones, cenas, cafés por la mañana, almuerzos, paseos nocturnos, llamadas telefónicas. Ministros, secretarios de Estado, jueces de la Corte Suprema, jefes, generales, directores de monopolios estatales, agentes del servicio de inteligencia, dueños de diarios, policías, jefes de aduana, obispos. Magaš los tenía a todos en un puño. Rimac se limitaba a aparecer y entrar en escena cuando Magaš se encontraba con una resistencia que no podía superarse mediante métodos convencionales.

—¿Sabías que Magaš era el hombre clave para recuperar a los detenidos en el otro lado?

—Algo de eso me contó…

—Sí, te dijo que Jadran lo enviaba para reunirse con un tal Novica, enviado por Aleksandar Marković, alias Bumbar. Intercambiaban los listados de los detenidos. Magaš llevaba los nombres y apellidos de los nuestros que estaban prisioneros en sus

campos, y ese Novica llevaba los listados de los suyos, detenidos por los nuestros. Entonces a esas personas de los listados los liberaban y volvían a sus casas sin que nadie lo supiera. Seguramente te dijo que eso movía mucho dinero…

—Más o menos…

—Pero supongo que no te dijo que nuestro listado lo confeccionaba Damjan Radić, porque ese era su negocio. Aquí no eran importantes ni Jadran ni ese tal Bumbar. Ellos se limitaban a hacer su trabajo y no hacían preguntas y a cambio pasaban toneladas de droga sin que nadie preguntara nada. Por supuesto, aquí Radić también cobraba su comisión. No se inició investigación alguna cuando mataron a casi todos los que molestaban a Jadran. De manera oficial nunca se encontró ni una sola pista, ni una sola prueba. Magaš se ocupaba de todo eso, que no hubiera ningún imprevisto y que cada eslabón de la cadena cumpliera estrictamente con lo planeado. Magaš sabe mejor que nadie quién no cumplió con el plan, porque todo lo planeaba él. ¿Entiendes?

—No entiendo por qué lo haces: hablas como si Magaš fuera un criminal más grande que Rimac.

—Eso es discutible, pero no importa. Realmente ya no importa.

La derrota

Mirko Mišić, un joven de diecinueve años de Novo Naselje, fue el primero en lanzarle la piedra a Lanka. De eso me enteré más tarde. Llegué a saber que fue su padre, Marinko —el rico dueño de una tienda y de una fonda, la única y verdadera autoridad en el lugar—, quien lo animó a ello. Encontré la piedra junto a las patas de Lanka. No pude dar en su cuerpo con el punto donde había impactado la piedra. No se veía nada.

Sabía que tras la primera piedra llegaría una segunda y una tercera, y finalmente una lluvia de ellas. Solo importa quién lanza la primera. El hecho de que la hubiera lanzado el hijo de Marinko Mišić significaba que todos, hasta el último pelagatos, se sentían obligados a acercarse hasta mi valla con un objeto contundente en la mano. La piedra del pequeño Mišić fue una señal, una clave que la ciudad interpretó correctamente. Añadí una pared al establo para que Lanka no fuera visible desde la calle, pero seguían viniendo y arremetían contra las paredes del establo. Tenían claro que no podían echar abajo la casa de la elefanta, pero no dejaban que aquello los disuadiera. Llegaban, gritaban, se mofaban, lanzaban piedras. El sordo sonido del chocar de las piedras contra los tablones de madera no cesaba.

Nosotros no salíamos de casa. Snježana se estaba quedando sin bebida y se ponía nerviosa al pensar que, a pesar de todo, tendría que salir. Le pregunté si quería que fuese a la tienda y comprara todo cuanto necesitaba. En un primer momento rechazó la propuesta, pero al día siguiente se me acercó mientras yo observaba por la ventana cómo mis conciudadanos apedreaban el establo de Lanka. Me dijo que necesitaba algo de la tienda. Ni siquiera le pregunté el qué. Me puse el uniforme de gala de la Guardia del Presidente con grado de capitán, porque no había tenido tiempo de ir a la capital a buscar el nuevo uniforme con los galones de mayor. Me coloqué la boina sobre la cabeza, me armé con la pistola y el sable y saqué brillo a mis zapatos. Salí de casa y me dirigí a la calle

a paso de marcha militar. Hacía caso omiso de la gente, aunque oí que habían dejado de lanzar piedras. Sentía que me seguían con sus confusas miradas, a la espera de que alguien les mostrara cómo debían reaccionar. Entré en la tienda y ellos aún permanecían callados e inmóviles. También callaban cuando tomé el camino de vuelta, llevando unas cinco o seis bolsas de plástico repletas de vino, cerveza, aguardiente, pan, salami, cigarrillos… De nuevo avanzaba a paso de marcha militar, pero al cargar con las bolsas tenía un aspecto ridículo, así que pronto desistí. Eso los envalentonó. «¡Me cago en tu elefante!», escuché que decía una voz enfadada. Y luego otra vez el silencio. Se dirigían hacia mí, no sé cuántos eran y ahora oía más voces que maldecían: «¡Me cago en tu elefante!», «¡Me cago en tu elefante!». Yo iba a su encuentro. De repente dejé las bolsas en el suelo, le quité el seguro a la pistola y me detuve. Dije que dispararía al primero que diera un paso más hacia mí. Se quedaron de piedra. Nadie dijo nada. Todos sabían que mataría a cualquiera sin pensármelo. Aquí se sabe todo.

—También dispararé a cualquiera que vuelva a lanzar aunque sea solo una piedrecita al establo. Una piedrecita más y empezaremos a contar los muertos, ¿queda claro?

Callaron durante un rato y comenzaron a retirarse. Alrededor de casa volvió a reinar el silencio, que de vez en cuando rasgaban los profundos suspiros de Lanka.

Telefoneó Ana, nuestra hija menor. Estudiaba medicina, vivía en una residencia, pero había pasado por casa de Dinka y decidieron llamarnos. Les habían llegado rumores de todo tipo. Estaban preocupadas. Ana le cedió el teléfono a Dinka.

—Papá, os propongo que os vengáis a mi casa, con nosotras, a Zagreb. Solo hasta que todo esto pase, luego podréis volver.

—¿Y quién se ocupará de Lanka mientras no estemos?

—¡Tienes que deshacerte de ese elefante, tienes que hacerlo! ¡No puedes tener un elefante en el patio de tu casa! ¿Cómo es que no lo entiendes, papá? Nadie ha tenido jamás un elefante en su patio… Para eso están los zoológicos. Los elefantes tienen que estar en los zoológicos.

—Dinka, esto es asunto mío… Tú no te metas y no te preocupes. ¡No os preocupéis!

—Pero ¿cómo quieres que no nos preocupemos sabiendo lo que

está ocurriendo? ¿Cómo? Solo faltaría que alguien te matara, y a mamá…

—Nadie matará a nadie, no temas.

—Ponme con mamá…

Tras unos días de calma aparente, la ciudad ideó una nueva forma de lucha. Una tarde comprendí que nadie aquí ni en los alrededores quería venderme ni una sola brizna de hierba. Contaba con bastantes reservas de follaje, pero esa cantidad solo duraría tres o cuatro días. Fui a la ciudad vecina. Allí tampoco quería venderme nadie. Me decían que no disponían ni de hierba ni de heno o que la tenían comprometida con alguien que había pagado por adelantado o que no le vendían a gente de otras poblaciones porque habían tenido malas experiencias.

Fue entonces cuando le escribí una segunda carta al Presidente. Le recordé, le agradecí, le expuse la situación actual y le solicité que el Estado se encargara de facilitar la comida para Lanka, puesto que yo no podía conseguirla ni tampoco disponía ya del dinero para cumplir con la obligación que había asumido sin reflexionar en mi primera misiva. Mientras esperaba la respuesta me las apañaba de distintas formas. Arrancaba la corteza de los árboles en el bosque, recogía hierba, rompía ramas. Lanka pasaba más hambre que otra cosa, pero no se mostraba nerviosa por ello. Yo estaba mucho más nervioso que ella. Mi pensión y los ingresos de Snježana, cada vez más reducidos, no bastaban para alimentarnos a nosotros mismos y a Lanka —incluso cuando por fin di con un lugar donde adquirir su comida—, y para sufragar los estudios de Ana en la capital.

La respuesta del despacho del Presidente llegó pasados treinta y tres días. Era invierno. Habían analizado las circunstancias y decidido que el Ministerio de Agricultura se encargaría de la comida de la elefanta durante el próximo año. Respiré aliviado. De repente, todo se tranquilizó. La ciudad se aplacó, algunos incluso me saludaban cuando iba a comprar o a la estación de autobuses para enviarle a Ana su sobre con dinero. Lanka llevó bastante bien el frío. Reforcé su establo, tapé cada agujero por pequeño que fuera, arropé a la elefanta con el heno de mejor calidad que llegaba desde el Ministerio y cubrí el suelo de tierra con los tablones más gruesos que pude encontrar por los alrededores. Lanka se alegraba con la nieve, aunque la confundía un poco. Era la primera nieve de su

vida.

La ciudad no se conformó con la derrota, sino que se retiró a la espera de la primera ocasión para estrangularme. La ciudad sabía que tarde o temprano tendría una oportunidad. Así es la vida.

La huida de Veronika Krstanović

Veronika Krstanović ya estaba preparada para viajar. Aguardaba sentada en el sillón a que Boško pasara a recogerla para llevarla al entierro de Andrija Sučić. Al difunto le ocultó la existencia del hijo: pensaba que asistiendo al funeral podría compensar esa omisión en cierta medida. No fue más allá; se prohibió a sí misma dudar de esa forma de compensación, hacerse preguntas. Viajaría al sur, lo enterraría y enterraría para siempre esa parte de su vida. No quería ver su propio egoísmo: iba a viajar por sí misma y no por él.

Si pudiera observar desde alguna parte su propio funeral, Andrija no entendería qué hacía allí Veronika, en caso de que lograse reconocerla. Tenía el recuerdo de una universitaria de larga melena rubia, labios sensuales y comportamiento serio, y ahora veía a una mujer a punto de marchitarse, encogida, de piel arrugada y cabello sin brillo. ¿Qué haces aquí, Veronika? ¿Por qué has venido? ¿Y por qué te fuiste? No dijiste nada, no diste ninguna explicación, un día sin más se te tragó la tierra, ya no estabas por ninguna parte. Simplemente desapareciste.

Si de verdad lo hubiera querido, Andrija habría encontrado a Veronika, se escondiera donde se escondiera, porque un ser vivo —a diferencia de uno muerto— no puede esconderse de aquel que se ha propuesto firmemente encontrarlo. Un ser vivo deja tras de sí huellas y olores, de manera inconsciente va dejando migas de pan tras de sí. La buscó durante la primera semana: iba a todas partes, llamaba a las puertas, dejaba mensajes, telefoneaba, hizo correr la voz, repasaba las esquelas en los diarios. Luego desistió. Lo que al principio fue preocupación y desesperación luego se convirtió en enfado: la odiaba por su comportamiento y también la odiaba con el fin de poder desistir con la conciencia tranquila de la humillante búsqueda. Además, solo se conocían desde hacía unos meses. Se enamoró de ella, pero no dio tiempo a que el amor arraigara más profundamente y con más fuerza. Tal vez ni todo el tiempo de este mundo hubiera bastado.

Andrija fue el primer hombre con quien Veronika Krstanović se acostó. Ella era la segunda mujer cuya piel él sintió contra la suya. Se citaban en las incómodas habitaciones de la residencia, ahorraban para un café y un zumo, paseaban por los parques cogidos de la mano y hablaban sobre las provincias desde las que acababan de llegar a la capital, sobre las calles y las personas que todavía rondaban en sus pensamientos. A Andrija y a Veronika, Zagreb siempre les había resultado una ciudad extraña: no permitieron que la ciudad les interesara, que los arrastrara hacia su frío vientre, que los sedujera en un momento de felicidad.

Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada, Veronika regresó a su pueblo en Herzegovina, a casa de sus padres. Estaba asustada. Su padre trabajaba en Alemania y los visitaba dos o tres veces al año; su madre cuidaba de la casa; su hermano Jerko iba al instituto; su hermana Anka, a la escuela primaria. Lo primero que hizo Veronika fue ir a ver al párroco fray Jozo Ančić y le confesó su pesar. Fray Jozo era un fraile joven, todavía no había cumplido los cuarenta, pero quería aparentar más edad de la que tenía: lucía un largo bigote negro, hablaba despacio y de forma solemne, sobre todo si se trataba de la sabiduría popular, en la que creía igual que en Jesucristo; sus movimientos también eran lentos, siempre daba la impresión de que no tenía nada que hacer, que nadie le esperaba en ninguna parte. En las provincias de Herzegovina de tradición franciscana, en ocasiones se daban estas personas como fray Jozo: tierno y triste de una forma misteriosa y anticuada, lo más preciado que tenía esta tierra era el hilo secular de una profunda tristeza siempre a punto de quebrarse.

El fraile le dijo a Veronika que debía tener al niño, aunque habría de decidirlo ella sola. Que rezara a san Antón y a todos los santos para que le otorgaran sabiduría, valor y fe.

—¿Y qué voy a hacer con mi padre, fray Jozo?

—Ya hablaré yo con él en cuanto vuelva de vacaciones. Tú arréglalo con tu madre y yo me ocupo de él. ¿Y qué vas a hacer con ese hombre? El niño es tanto tuyo como suyo. ¿Dónde anda?

—No es hombre para mí, ni yo soy mujer para él. Sé que es así, fray Jozo, y sé que es pecado, pero quiero hacerlo sola, sin él. A cargo de mi conciencia.

—¿Y por qué?

—No sé decirle, pero sé que tiene que ser así. A cargo de mi conciencia.

Fray Jozo Ančić falleció a los cuarenta y cinco años. Sobrevivió a su enfermedad apenas tres meses. Al día siguiente del entierro del sacerdote, Veronika Krstanović regresó a Zagreb con su pequeño bastardo, tal como el pueblo llamaba a Boško. No podía seguir estudiando, tenía que trabajar y aceptar cualquier trabajo: debía pagar el alquiler, darle de comer a su hijo, subsistir en una ciudad en la que a nadie le importaba su sufrimiento. Andrija Sučić hacía tiempo que se había olvidado de ella, porque tampoco sabía que existía una razón para que la recordara. Volvió a la ciudad de K., de forma que no había peligro de un encuentro casual justo en el momento en el que menos preparados estaban. De vez en cuando se obsesionaba con la idea de buscar a Andrija y decirle que tenía un hijo, solía ocurrirle cuando llegaba el cumpleaños de Boško, pero siempre encontraba una excusa para no hacerlo. De igual modo encontraba la manera para ahuyentar más o menos rápidamente a los hombres que se le acercaban demasiado.

Veronika estaba esperando a que su hijo pasara a buscarla para llevarla allí donde nunca había estado, aunque por lo menos una vez al año se imaginaba viajando al sur y llamando a la puerta de Andrija. Veronika, ¿este gesto no te parece demasiado barato? No existe excusa alguna para lo que has hecho, no hay perdón posible: sí, erais completamente distintos, tal vez vuestro amor se hubiera apagado por sí solo en una semana o en un par de meses, pero tú no huiste por eso, por eso no se huye de la forma en que tú desapareciste. Asustarse es humano, no hay nada más humano que el miedo, pero huir es un acto de cobardía. Y peor que la cobardía es hacerse el valiente solo *a posteriori*.

Le dijo a Boško quién era su padre solo cuando se fue estrechando el diabólico cerco alrededor de Andrija. Pensaba que había llegado el momento de que lo supieras, dijo, pero no te involucres, no hagas nada, esto no tiene nada que ver contigo. Decía no te metas y no lo hagas con la esperanza de que su hijo no le hiciera caso, tal como había ocurrido en muchas ocasiones: tenía la silenciosa esperanza de que el hijo hiciera algo por salvar al padre, para el que no había salvación posible. Que intentara hacer cualquier cosa, por inútil y descabellada que fuera. Porque cuando

no esté Andrija, tampoco existirá su fantasía sobre el día en el que partirá de viaje para contárselo todo. Ir reviviendo este encuentro en su soledad la mantenía con vida. El milagro no ocurrió: Boško no movió ni un dedo.

Veronika Krstanović contempló una vez más su rostro en el espejo, se arregló la camisa negra y se aplicó una fina capa de pintalabios rojo oscuro en unos labios que ya no se prestaban al maquillaje. El paso de los años los habían consumido y arrugado, ya no se podía aplicar sobre ellos el engaño de que seguían vivos. Se limpió los labios con una toalla y se acordó de llevar en el bolso dos bolsas negras, pues estaba convencida de que vomitaría, ya tenía náuseas y ni siquiera se había subido al coche. Volvió a sentarse en el sillón. Miró hacia la imagen de la Virgen de Medjugorje que colgaba de la pared, me siento débil, Virgencita mía, susurró, me siento frágil como una brizna de hierba. María respondió: «¡Queridos niños! No lo olvidéis: ¡es tiempo de misericordia, por eso rezad, rezad, rezad! Gracias por contestar a mi llamada».

Boško se retrasaba y Veronika estaba impaciente. Sudaba. Cogió el teléfono. En casa de Boško no contestaba nadie. Lo encontró en la oficina.

Capítulo 8

El Servicio

Me despertó el teléfono. Al otro lado de la línea estaba Radoš.

—¿Todavía no te has ido al sur? —me preguntó. De hecho, lo constató—. Ven a verme dentro de una hora. Tengo algo para ti.

—¿De qué se trata? ¡Dímelo! —Enseguida temí que me hubieran descubierto.

—Nos vemos en una hora.

Yo había pasado la noche en el sofá: Mara seguía durmiendo en la cama de mi habitación y no quería despertarla. A pesar de todo, anoche el vino logró embriagarla. Nos fuimos a dormir ni peleados ni reconciliados, justo de la peor manera posible. Mientras salía del piso deseé que ambos estuviéramos bien y que lo pasáramos bien juntos.

La expresión del rostro de Radoš me hizo entender que no existía razón alguna para tener miedo. Me dijo que al fin esa mañana la policía había logrado descifrar la nota que habían encontrado en el bolsillo del pantalón de Ljubo Begić. O, por lo menos, eso creían. En el papelito se leía del puño y letra de Begić: KJ 9. Los detectives opinaban que esa clave estaba relacionada con la dirección en la que residía el difunto Andrija Sučić. Anoche, uno de ellos estaba viendo una noticia en el telediario en la que se afirmaba que la investigación del asesinato de Sučić iba bien encaminada, y advirtió, en una toma, que una placa de la calle donde se encontraba la vivienda unifamiliar de Sučić decía: calle de Kraljica Jelena 9. Desde el principio una de las suposiciones era que la nota se refería a una dirección, pero hacía falta tiempo para que la suposición se convirtiera en algo más sólido. Desde ayer por la noche los detectives estaban convencidos de que en su bolsillo Begić llevaba la dirección de Sučić. No tenían pruebas, pero resultaba lógico.

—Tú te ocupabas del caso Rimac —me dijo—, ¿se te ocurre alguna conexión entre Begić y Sučić?

—Como tú mismo acabas de decir, me ocupaba del caso Rimac, es decir, que no trabajaba en el caso Begić. Empecé a husmear un poco al día siguiente del asesinato de Rimac. Ya sabes lo que encontramos… Escribí un informe, no había nada especial, ninguna conexión con Sučić. Encontramos algunas notas sobre sus contactos con los generales Runje y Misković. Lo comprobamos: durante un tiempo, Begić estuvo a sus órdenes. Mantenían una buena relación y más adelante se convirtieron en sus padrinos, nada sospechoso. Allí lo dejamos, porque no disponíamos de más pistas y tú no mostraste más interés en ello. No nos pediste que siguiéramos investigando.

—Bien, ahora te pido que des con la conexión entre ellos dos, porque tiene que haber algo.

—¿Entonces no debo ir al sur?

—Ve a donde estimes oportuno, pero tráeme algo. Esos de la policía tienen pánico, están presionando para que por fin les pasemos algún dato útil.

—Debemos analizar si existe la posibilidad de que hayan estado en contacto, hablar con la mujer de Sučić, revisar con atención todos los informes de las escuchas del teléfono de Sučić… Matko, eso supone mucho trabajo. Tú eres mi jefe y ya sabes que te aprecio, pero dime, ¿vale la pena tanto esfuerzo?

—¿Qué quieres decir con si vale la pena? —me preguntó dando un respingo.

—Me refiero a que si a nosotros nos interesa hurgar en ello.

—¿A quién te refieres con nosotros?

—Al Servicio. ¿Le interesa al Servicio dar con el asesino de Sučić? Está claro que Begić no mató a Sučić, porque murió antes. Por lo tanto, sea cual sea la conexión entre Begić y Sučić, si es que existe, solo puede apuntar hacia algo concreto. En cuanto a ese Begić, estoy convencido de que no descubriremos nada, excepto lo que ya te dije: su relación con los generales Runje y Misković, y esos contactos tienen su lógica. Y aunque a primera vista parezcan sospechosos e ilógicos, ¿tú crees que en este país alguien firmará una orden para que se investigue a los generales Runje y Misković?

—Nosotros hacemos nuestro trabajo. Nos limitamos a hacer nuestro trabajo. Todavía no nos ha llamado nadie para pedirnos

nada ni dar órdenes…

Lo interrumpí: le dije que si aún no lo habían hecho era porque todavía no habíamos encontrado nada. Además, trabajábamos en todas las posibilidades en lugar de centrarnos en una o dos. Él me interrumpió para preguntarme cómo es que sabía tanto sobre esa investigación, cuando ni había empezado a trabajar en ella. Le recordé que ya le había dicho que sabía bastante sobre ese caso y que lo seguía. Añadí, sin embargo, que en cualquier caso todo el mundo sabía que el Servicio controlaba la unidad especial de la que formaban parte Sučić, Jozef Hofman y otros. Durante todo ese tiempo el primer o segundo hombre del SSN había sido Damjan Radić. Él sabía lo que hacían y por qué lo hacían, así que también lo sabía el Presidente. Por supuesto que la cadena la formaban más eslabones. Le dije que ambos teníamos claro que nuestro jefe Tot era un hombre de Radié y que le informaba de cada uno de nuestros movimientos.

—¿Tiene sentido? —le pregunté y yo mismo contesté enseguida que no, que no valía la pena y que tampoco tenía sentido hurgar en el asesinato de Rimac—. Es inútil investigar si Begić se encontraba allí por casualidad y si disparó de manera fortuita, porque Rimac también era un hombre de Radié. Si descartamos el azar, concluí muy confiado en mí mismo, a Rimac lo mató Radié o alguien que le envía mensajes a Radié. Estamos hablando del segundo y ahora con toda probabilidad primer hombre del Estado —añadí.

Radoš me dijo que leía demasiados libros y que debía controlar un poco mi excitación. Dijo exactamente que debía controlarme. Me repitió que nosotros nos limitábamos a desempeñar nuestro trabajo. Me dijo que me marchara. Mientras salía me temblaban las piernas. Estaba orgulloso de mí mismo. Lástima que Mara no me estuviera viendo.

Abrí el diario y me enteré de que había muerto Krešimir Malenica. No vi un último adiós de parte de Magaš. Magaš me había hablado de él y yo sabía bastante: Malenica era uno de los tres abogados más conocidos de la ciudad. Nadie, ni siquiera Magaš, sabía cómo Malenica llegó a convertirse en uno de los enemigos más encarnizados del gobierno. No era comunista, no era serbio, no tenía ninguna verdadera razón para estar en el bando equivocado. Su desdén hacia el gobierno y todos los que trabajaban para él

parecía sincero. Era rico, proclive a disfrutar desmesuradamente de todo, un admirador de los grandes símiles y el comportamiento histriónico en público. Solía invitar a bebida a las mesas de los policías y agentes durante toda la noche, solo para poder pitorrearse a su costa. Para el Estado trabajan los tontos y los malvados, solía decir en los bares, los que saben de verdad trabajan para la gente sencilla, pecadora y desdichada. Los criminales lo abandonaron cuando se dieron cuenta de que este abogado les creaba más problemas de los que solucionaba. Era el abogado de los políticos de la oposición, de los sindicalistas y los periodistas independientes, de los serbios. No podía ganar mucho dinero con esos clientes, pero disponía de patrimonio suficiente para tres vidas holgadas. Tanto su padre como su abuelo eran abogados de mucha fama. Él no aportó descendencia a la dinastía.

En una ocasión, Magaš me confesó que a Malenica le daba asco Rimac. «Que le den al criminal que trabaja para el Estado», respondió Malenica cuando su padrino le propuso que intimara algo más con Rimac, que hiciera algún trabajo para él o para alguien a quien Rimac quisiera hacer o devolver un favor. «Es fácil ser un criminal cuando el Servicio te abre todas las puertas», solía decir. No se tomaba a mal que Magaš trabajara para Rimac, pero aprovechaba cada ocasión para, en presencia de este, decir algo sobre la cobardía del jefe de la mafia, que mata a la gente porque sabe que nadie buscará a sus sicarios. Una vez, Magaš tuvo que pararle los pies a Jadran cuando quiso ordenar el asesinato de Malenica.

La policía informó que Krešimir Malenica murió a consecuencia de un fulminante ataque al corazón.

Saqué del archivo todo lo relacionado con Sučić y Begić. Cogí también la transcripción de todas las conversaciones telefónicas de Sučić en los últimos tres años. Había muy pocos datos sobre Ljubo Begić: apenas cuatro informes generales y dos breves notas oficiales algo más concretas, que habían enviado los agentes al frente del caso. En una nota se informaba que en un hospital militar de la ciudad de R, Begić atacó al médico Miljenko Roncar a causa de un cigarrillo. Lo amenazó con una pistola apuntándolo a la cabeza y le pidió un pitillo. Yo sabía que mi padre estuvo ingresado en el mismo hospital después de que un elefante lo hiriese en la isla.

Comprobé las fechas: sí, estuvieron ingresados por las mismas fechas. Apunté en mi bloc: «El hospital de P: comprobar la documentación».

Sonó el teléfono de mi mesa. Era mi madre. Me dijo que me estaba esperando, que por qué no venía. Le dije que no íbamos a ir al entierro, que sobre todo no iba a ir ella porque podían descubrirme. Era demasiado arriesgado. Pasé por alto el hecho de que le hablaba desde un teléfono oficial.

—Tú misma me dijiste que debíamos ser sensatos. Si vas, todo se complicará. Sé que lo deseas, pero créeme que no resulta sensato. —Hablé hasta que ella me colgó. Consulté la hora: ya no había forma de llegar a tiempo al entierro.

No contaba con mucho material sobre las escuchas telefónicas de Andrija Sučić. Había pocas llamadas: su hija Dinka; la periodista Nada Šovadović de Zagreb; en una ocasión su esposa Snježana; algunos periodistas con los que no quiso hablar; dos llamadas de alguien de la fiscalía del Estado, que no mencionó su nombre; una llamada desde la embajada alemana y otra desde una cabina telefónica de Zagreb. Ahora estaba seguro de que se trataba de una llamada de Ljubo Begić. Telefoneó a mi padre unos treinta días antes de asesinar a Rimac y morir acto seguido. No mencionó su nombre ni su apellido. Andrija lo reconoció por la voz. Se dirigían el uno al otro como «compañero de habitación». Begić le preguntó cuándo irían a ver a los elefantes. Andrija le contestó que ya no había elefantes. «Esa no es razón para no vernos. Quizá me pase un día de estos. ¿Cuál es tu dirección?», le preguntó Begić. «Calle de Kraljica Jelena 9», le contestó mi padre y lo invitó a que lo visitara. Se despidieron.

Por la tarde telefoneé a Radoš y le comenté que había encontrado alguna cosa. Fui a su despacho y le expuse mis deducciones, como se suele decir en la jerga oficial. Me escuchó atentamente. Le pregunté si tenía que limitarme a los datos o también podía proponer, extraer conclusiones.

—¿Y qué es lo que quieres proponer y concluir?

—Hay que tomarle declaración a Snježana Sučić. Preguntarle si Begić estuvo en su casa y, si es así, si su marido le había comentado algo.

—De acuerdo, me parece bien.

—Hay que tomar declaración a Runje y a Misković. Interrogarlos seriamente, sobre todo porque sabemos que estuvieron en contacto con Žarko Zanki. No tenemos nada con qué apretarles las tuercas, pero nunca se sabe…

—Eso no lo pongas. Ya veremos. Puedes tomarle declaración a la mujer de Sučić.

Miré el reloj: seguramente el entierro de mi padre ya había finalizado. Telefoneé a casa de Sučić. Contestó una joven voz femenina y pensé que debía de ser Dinka, aunque nunca había oído su voz. Vacilé un momento.

—Buenas tardes. Perdone, deseaba hablar con la señora Snježana Sučić…

—¿De parte de quién?

—De la policía, de Zagreb.

—Un momento…

Me presenté a Snježana y le dije que necesitaba hablar con ella. Me contestó que ya había hablado con muchos policías y detectives, que ya lo había explicado todo varias veces. Le pedí que me dedicara solo media hora, tal vez menos. Es importante, insistí, quizá esté a punto de descubrir algo. Aceptó. Dijo que al día siguiente viajaba a Zagreb para someterse a un chequeo y que podíamos encontrarnos en la cafetería junto al hospital a las diez de la mañana.

Mara me recibió en mi casa, que olía a flores frescas y a limón. Había hecho un pastel de limón. Yo me mantenía un poco distante, aunque dispuesto a dejar caer los muros en cualquier momento.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Nada. Primero voy a hacer un viaje, después descansaré. Más adelante decidiré qué hacer.

Al día siguiente viajaba a Fráncfort. Hacía un mes que Rimac le entregó una carta para que se la diese a su mujer, Brigitta, en caso de que a él le pasara algo. Le llevará la carta, quizá se quede un par de días en Fráncfort, después viajará a Berlín, donde vive el hermano de su madre. Hace mucho que no lo visita. ¿Quiero acompañarla? ¿Por qué no me cojo diez días de vacaciones? No puedo, porque Radoš me ha pedido que me ocupe de Sučić y Begić. Le dije que había descubierto que Sučić y Begić se conocían.

—¿Y eso qué importa? Begić murió antes que Sučić. Es una

pérdida de tiempo…

—Seguramente, pero parece ser que hace poco Begić visitó a Sučić. Insistió en visitarle. Quizá le transmitió un mensaje o algo. Mañana por la mañana me veré con Snježana, la mujer de mi viejo, por si él le dijo algo después de la visita de Ljubo Begić.

—Ya sabes que eso no tiene sentido. Hay que apuntar directamente a Radić, Misković y Runje y eso no quiere hacerlo nadie. Nadie puede. Ellos lo controlan todo. Desde los asesinatos, todos están acojonados. Todos tienen miedo. Todos. Aquí ya nadie está a salvo y todo el mundo se preocupa de salvar el culo. Y el Presidente agoniza o ya ha muerto, pero todavía no están en condiciones de comunicarlo. Por eso me voy. Lo mejor es que te vengas conmigo.

Nos comimos el pastel de limón. De nuevo dormí en el sofá y Mara en mi cama.

El retorno

Magaš estaba esperando en el vacío restaurante del hotel a que Jadran Rimac bajara de su habitación. Eran las cinco en punto de la tarde. Al llegar, a Rimac ya lo esperaba el café y una jarrita de leche fría. Estaba sombrío. Colocó un cigarrillo en la boquilla y lo encendió. Echó dos gotas de leche en el café, vació el azucarillo y lo removió con un mondadientes. El camarero se había olvidado de la cucharita. Magaš seguía los movimientos de Rimac con atención.

Jadran Rimac no disponía ni del tiempo ni de la concentración necesarios para dar rodeos. Le dijo que estaría bien que dejara de ser tan poco serio, porque su falta de seriedad no era beneficiosa para nadie y algunos incluso podrían verse perjudicados por ella, lo que no les gustaría nada. Uno no trabaja y se esfuerza para sufrir pérdidas, sino para ganar más, siempre más. Magaš bajó la mirada. Reconocía su culpa.

Unos días antes, a finales de julio de 1998, Rimac le dijo de pasada a Magaš que había llegado la hora de volver a casa. ¿Qué, qué casa? A casa, Vladimir, a casa, llegó la hora del retorno, pero del retorno a lo grande, y entonces tu soberbia encontrará su sitio. Por fin tendrás también una satisfacción moral. ¿Qué? Prepárate para regresar a la fiscalía, existen muchas posibilidades de que te nombren fiscal general, se trata de un gran honor y una gran satisfacción. De verdad, Vladimir, se trata de un regreso espectacular, verás cómo allí la gente ha mejorado su opinión sobre ti, encontrarás sonrisas y cordialidad, tu corazón se henchirá como un cadáver al sol. ¿No es maravilloso que haya llegado este momento? ¿Por qué eres tan escéptico? El rostro de Magaš se quedó helado. Entonces Rimac le dijo que tenía prisa, le dio una palmadita en el hombro y le pidió que lo llamara. Magaš no dio señales de vida en los siguientes tres días.

¡No, no volverá! Nadie puede obligarlo a regresar, esa etapa de su vida la ha dejado atrás para siempre, ya no existe. No quiere ser el centro de los focos, no quiere reuniones y centenares de

llamadas, no quiere decidir, responder, redactar informes, cumplir órdenes. Tampoco pretende que se humillen aquellos que siete años antes se escondieron en sus madrigueras mientras él se iba, mientras a él le echaban. Vladimir Magaš tenía la esperanza de que Rimac no lo dijera en serio o que se hubiera olvidado de su idea pronunciada al vuelo.

Entonces Rimac lo llamó y lo citó. Rimac solo acordaba a las cinco de la tarde —poco después de despertarse— las reuniones más importantes, porque era cuando su cerebro mejor funcionaba: luego llegaban el alcohol, el ruido, la comida, las ganancias o pérdidas, los centenares de informaciones inútiles, las rayas de cocaína, las mujeres. Rimac dejaba de contenerse, sucumbía a los placeres, ya no podía seguir los acontecimientos, poco a poco los hilos escapaban a su control y se entregaba al alcohol, a la autodestrucción. Era consciente de todo ello, pero no podía reunir la voluntad necesaria para poder escapar, para poder pensar. Una o dos veces al mes llamaba a Brigitta. Cada vez era más frecuente que los sobres con fotografías que llegaban desde Fráncfort se quedasen sin abrir, así que incluso perdió ese mínimo contacto para ver cómo se iba haciendo mayor Aleksandra.

No me has llamado, le dijo Rimac, así que he tenido que llamarte yo. Le dio un sorbo al café. Miraba a Magaš a los ojos. Esperaba que le dijera algo, pero el abogado se mantenía en silencio. Rimac permanecerá despierto hasta las seis de la mañana, así que Magaš podrá pensárselo bien y comunicarle su decisión final antes de esa hora. No hacía falta que Rimac le explicase ahora cuántas cosas dependían de un sí o un no de Magaš, no hacía falta decirle qué personas habían apostado por él jugándose su posición y su honor para que la elección recayera en su persona, en Vladimir Magaš, porque había fuertes reticencias: unos decían que Magaš era serbio; otros, que era aficionado al juego; y unos terceros, que era un abogado de la mafia, pero al final todos se retiraron ante los argumentos de las personas con autoridad. Tú crees, le preguntó, que ha resultado fácil romper la resistencia del enemigo, que apostaba por un tal Čabraja, joven y ambicioso, sin una mácula en su carrera, especialmente activo en el partido. Le dijo que no se comportara como una vaca, que al mover la cola derrama toda la leche que ha dado. No se trata de ningún cachondeo, añadió.

Hablamos de asuntos serios, Magaš, de gente jodida en tiempos jodidos. Todos estos años has sido sensato, ojalá no te venza la debilidad y el egoísmo en el momento más importante.

Magaš le dijo que no necesitaba pensárselo hasta la mañana siguiente, llevaba días reflexionando sobre ello y ya podía contestarle: no, no aceptaba la propuesta, no sería el fiscal general ni se le pasaba por la cabeza volver, era demasiado viejo y estaba demasiado cansado para los grandes juegos y las conspiraciones, toda esa gente que me pediría favores, quería retirarse de todo, prosiguió, se lo iba a decir incluso antes, pero no sabía cómo. Además, él ya no necesitaba a Magaš, los años más difíciles habían pasado.

—Es ahora cuando más te necesitamos, Vladimir —le comunicó tranquilamente Rimac—, créeme, te necesitamos más que nunca. Ahora tenemos la oportunidad de machacarlos a todos, compañero, tienes que estar con nosotros. No podremos hacerlo sin ti.

—Tenéis que hacerlo sin mí, Jadran. No cambiaré de opinión. Ya me conoces, sabes que no lo haré.

Magaš se puso en pie y le tendió la mano a Rimac. Rimac se la estrechó. No se levantó del asiento.

El camarero llevó a Rimac los huevos revueltos y una copa de champán. Al salir del hotel, Magaš tenía la sensación de que debajo de los sobacos tenía manantiales de agua, de que todo él se convertiría en agua que iría a parar a un sucio charco de una carretera secundaria. Parecía que por la ciudad solo se paseaban chicas, cuyo atrevimiento a la hora de enseñar los pechos y las piernas había alcanzado el cénit de la estación: pronto empezarían las lluvias, gorras, abrigos y botas, que se alejarían a toda prisa por la calle de Nikola Tesla camino del teatro, sembrando tras de sí signos de exclamación. Magaš no veía ni las esbeltas piernas, ni las sombras de los pezones que se marcaban bajo los ligeros vestidos, ni los escaparates centrales de las librerías con ejemplares del *Mein Kampf*. Solo pensaba en que no deseaba para nada encontrarse con alguien con quien tuviera que intercambiar palabra alguna. No tenía la menor duda sobre la decisión que había tomado: estaba dispuesto a todo, que Rimac hiciera lo que quisiera, lo que tuviera que hacer, él no cambiaría de opinión.

¡Eres un desagradecido, Vladimir! De no ser por Rimac, ¿qué

habría sido de ti? ¿Te lo has preguntado alguna vez? Tu vida habría resultado un infierno. Humillado y rechazado, muerto de hambre sin que a nadie le importara, en compañía de ratas y cucarachas. Rimac te brindó una vida cómoda, casi lujosa, te ofreció protección, Vladimir; gracias a su nombre hizo que, a pesar de todo, fueras aceptado, respetado, que nadie cruzara al otro lado de la calle al verte desde lejos. ¿Te parece poco? ¿Crees que has saldado tu deuda con él y que ahora puedes seguir adelante como si nada? Tu gratitud debería ser eterna, igual que la codicia. No puedes abandonarlo todo sin más, no puedes pensar solo en ti. Por una vez, también tú podrías dar algo más que lo imprescindible. Se trata de una guerra y en la guerra no es justo pensar tan solo en salvar el trasero, en salvar tu sucia alma. ¿Por qué tienes miedo de salir a la arena y jugar un juego de hombres? ¿Qué es lo que tienes que perder? ¿Realmente tienes algo?

Branimir Majstorović tuvo que ser destituido cuando el SSN descubrió que, durante una recepción ofrecida por la embajada de los Estados Unidos, el fiscal general le había susurrado a alguien que ya disponía de todo el material para encausar a una decena de personas del lado croata que cometieron crímenes de guerra y a cinco importantes criminales. El consejero presidencial, Damjan Radić, visitó durante varios días seguidos al Presidente con la propuesta de destituir lo antes posible a Majstorović por actividades antigubernamentales y traición. Le llegaron también dos nuevos informes especiales del SSN con la información que comprometía a Majstorović: mire, señor Presidente, en los últimos tiempos se han registrado sus contactos con el abogado Krešimir Malenica, que defiende a todos los enemigos de usted y nuestros, se han registrado dos cenas juntos, tras las cuales se fueron a casa de Malenica; en segundo lugar, las mujeres son su debilidad y hasta la fecha diferentes conspiradores le han colocado varias chicas que lo influyeron a la hora de tomar decisiones; en tercer lugar, el alcohol: el fiscal Majstorović se emborracha a diario y hasta ahora se han registrado y documentado cinco salidas suyas inadecuadas en estado de embriaguez, ofendiéndolo a usted y a la República; en cuarto lugar… Al final, el Presidente dio su conformidad. Radić sabía que el verdadero trabajo empezaba ahora. Majstorović era un títere al que —amén del alcohol, Malenica y las mujeres fáciles—

últimamente manejaba el ministro del Interior Mihael Nikolic, y Nikolic era el único rival de Radić a la hora de competir por el puesto de segundo y, en el día de mañana, incluso primer hombre del Estado. Radić sabía que el popular ministro no se rendiría. Le presentaría al Presidente su candidato, al que no se le podría reprochar absolutamente nada. Sin embargo, Damjan Radić lo logró: el Presidente se decidió por Vladimir Magaš.

El teléfono despertó a Magaš a las seis de la mañana en punto.

—Compañero, se acabó el plazo —dijo Rimac cuando Magaš contestó al teléfono—. ¿Qué tienes que decirme?

—Ya te lo he dicho todo, Jadran. No hacía falta que me llamases. No puedo. Aunque me envíes a los chicos para que me den una paliza, no cambiará nada. Lo siento.

—De acuerdo, Vladimir. Adiós.

Damjan Radić estaba furioso con Rimac, su viejo camarada de Fráncfort. Cuando le comunicaron que debido a unos presuntos motivos médicos Vladimir Magaš no podía hacerse cargo del puesto de fiscal general, el Presidente decidió acto seguido nombrar a Dražen Čabraja, el candidato del ministro Nikolic. A Radié no le quedó el menor resquicio para intervenir a la desesperada. Echaba humo, aunque su estado alterado no le iba a servir de nada. Le has traicionado, Jadran, le has fallado en un momento crucial: ya no eres el de antes, llevas una vida desordenada, les compras Ferraris a tus putillas menores de edad, estás haciendo el payaso. Has provocado muchas situaciones incómodas. A partir de ahora, Damjan Radié tendrá que ser amable y cordial con aquellos a los que con mucho gusto clavaría un cuchillo en el cuello, tendrá que tragar mierda, tener cuidado de que no se le escape nada que pueda dar motivo a un ataque del enemigo. Ahora está en una posición demasiado débil como para vérselas con adversarios tan serios.

Rimac se sentía hundido a causa de esta inesperada derrota: ofendido porque Magaš lo había rechazado de forma egoísta, humillado por las acusaciones de Damjan Radić. Aunque no permitió que se viera que las cosas le iban mal. Pasaba las noches navegando por la ciudad junto a Marinović y unas chicas siempre diferentes y que no se enteraban de nada, hacía parada en las tabernas donde tocaban música folclórica y en los clubes donde se almacenaba la droga, para tomarse un coñac y sentir que seguían

respetándolo, que le tenían miedo. La cocaína le resultaba cada vez más dulce. De madrugada se retiraba a la habitación de su hotel con una chica a la que había embaucado y a la que de manera rutinaria le decía que se la mamara. Una de esas deprimentes madrugadas su órgano no quiso crecer en la boca y bajo la lengua de J. I. (dieciséis años). Ella se lo puso también entre sus duros pechos y con la punta de la lengua acarició la suave ranura del glande, pero este permaneció fláccido. En un momento dado, la chica se rindió y rio brevemente. Acto seguido la alcanzó una bofetada que la lanzó al suelo. Miró a Jadran incrédula, hasta que él se levantó y empezó a patearle el vientre. «¡Ríete ahora, me cago en tu puta madre! ¡Ríete!», le gritaba jadeando mientras la golpeaba. Entonces ella empezó a reírse de verdad. Rimac sacó una pistola del cajón, ella se quedó petrificada, él disparó tres veces al suelo, a unos quince centímetros de su cabeza. Ella chillaba y él se colocó la pistola en la cintura, la agarró de los pelos y de una patada la echó de la habitación. «¡Largo de aquí, mierdecilla…! ¡Largo de aquí! ¡Te mataré, hija de puta, mataré a toda tu familia!», gritaba y escupía tras ella.

La policía llegó quince minutos más tarde: eran unos diez, con pasamontañas y escopetas. Rimac estaba sorprendido y no le dio tiempo a ofrecer resistencia. Se encontraba sentado en una celda de la comisaría de la calle Djordjićeva, afrontando el hecho de que no tenía a nadie a quien llamar, excepto a Tomislav Marinović. No tenía ni a Magaš ni a Damjan Radić. Abandonado a su suerte, tirado en el polvoriento camino. A Bumbar, su mejor amigo, lo habían acribillado seis meses antes en el centro de Belgrado: le metieron treinta y tres balas en el cuerpo. Rimac no asistió al funeral, sino que contrató una esquela a toda página en cada uno de los diarios belgradenses, en la que se despedía del gran Aleksandar Marković Bumbar, héroe de tres calles de Fráncfort en las que no se oía hablar alemán. Las esquelas las firmaban «Jadran, Brigitta, Aleksandra y Marin». Hacía meses que Rimac no escuchaba la voz de Brigitta. No tenía a nadie en esta ciudad, excepto a Tomislav Marinović, y a él ya lo tenía antes de llegar a Zagreb: no era algo de lo que uno pudiera estar orgulloso.

Lo soltaron por la tarde, porque a alguien de la policía todavía le sonaba el nombre de Rimac. Sin embargo, ya nada era igual: de ser

así, Jadran Rimac hubiera acabado en una celda solo después de, Dios nos guarde, haber intentado atentar contra el Presidente. Este era el primer aviso. Lo más sensato sería desaparecer, lo sabía, disponía de suficiente dinero para marcharse a cualquier parte, comprarse una casa y vivir holgadamente hasta morir de forma natural. ¿Qué te impide actuar con sensatez? ¿Qué turbias aguas interiores son estas, que no permiten que te retires? Ahora deja de un lado el honor, Jadran, hay que salvar el pellejo y la única salvación está en la huida. Deja a un lado los negocios, que se hundan. Para qué quieres el dinero una vez muerto. En esta batalla tienes todas las de perder.

Rimac se quedó.

Se quedó porque le resultaba más fácil. Se sentía demasiado viejo para volver a empezar y ya no era lo suficientemente fuerte como para vivir en alguna parte como un completo forastero, siendo un don nadie. Mejor pudrirse olvidado por todos en Zrinjevac, lo aspirarán los árboles, se lo comerá la niebla. Aquí siempre será Jadran Rimac. Y cuando ya no esté, permanecerá su historia: en las barras de las tascas de la periferia, en las que crecen las nuevas generaciones; en las habitaciones de los hoteles caros, en las que pierden su dinero los directores y los cardiocirujanos; en los lujosos pisos de la calle Nazorova y de Gornij Grad en los que se apuesta, donde buscan fortuna los ricos, pequeños empresarios de la construcción y exfutbolistas; en las barracas gitanas, donde saltan los dados y se desenfundan las pistolas. Jadran Rimac, dirán, es aquel que no huyó como una maricona, para quitarse el sombrero.

Los alemanes

Justo el mismo día en el que expiró la obligación anual del Ministerio de Agricultura de asegurar la manutención de Lanka, cesaron los suministros de heno, fruta, verdura, follaje… El invierno llegó antes de lo habitual, ya no se encontraba comida por ninguna parte y, si finalmente se encontraba, resultaba tan cara como la comida para las personas. Redacté la tercera carta al Presidente. Era una misiva desesperada e impaciente. En ella suplicaba y al mismo tiempo exigía de forma decidida. Pasó un mes. Luego dos y tres… Llegó la primavera y aún no había recibido respuesta. Ni yo mismo sé cómo conseguí mantener a Lanka con vida. Tampoco sé cómo logré sobrevivir yo.

Me respondieron seis meses más tarde. «El despacho del Presidente se encargará del cuidado logístico del animal durante los próximos dos meses. Le sugerimos que mientras tanto se ponga en contacto con el zoológico de Zagreb con el fin de acordar las cuestiones técnicas relativas a la entrega del animal. Aprovechamos la ocasión para informarle de que el despacho del Presidente da por finalizada la comunicación con usted».

Todo se derrumbó a mi alrededor. Tenía que dar con una solución durante esos dos meses. Recorrí los despachos del ayuntamiento, rogaba y suplicaba, escribía a diferentes ministerios, delegaciones y protectoras de animales, telefoneaba, explicaba, trataba de convencer. Nadie quería ayudarme. Los pocos que se dignaron contestarme me aconsejaban que llevara a Lanka al zoológico. Las protectoras de animales me notificaron que debía devolver a la elefanta a la India, pues cualquier otra decisión se consideraría maltrato animal. Snježana ya no podía pedir nada. Su estado de embriaguez era constante.

Cuando expiraron los dos meses que me habían concedido, saqué de la cartera la tarjeta de visita de una periodista de Zagreb que había venido a verme para escribir sobre Lanka y sobre mí. Se llamaba Nada. Di con ella al tercer intento. Se acordaba de mí, por

supuesto. Le pregunté si podía venir a verme.

—¿Tiene una historia que contarme?

—Sí.

—¿Por qué ha pensado en mí?

—La recuerdo. Además, nadie más que usted me dio su tarjeta de visita.

Esa no era toda la verdad. La recordaba por su abundante melena negra y porque me hizo ver que sin lugar a dudas sabía alguna cosa sobre mi historia de guerra. Yo esquivé hábilmente las trampas que me tendió la primera vez que hablamos sobre mí y sobre Lanka. Tenía unos treinta y cinco años y la tez blanca.

Me visitó al cabo de dos días y antes de nada quiso que le mostrara a Lanka. Me sentía avergonzado porque el animal había perdido peso desde la última vez que ella la vio.

Las raciones de comida que recibía eran mínimas, porque yo no disponía de más. Nada acarició el cuello de Lanka y la elefanta hizo algo que nunca le había visto hacer: recogió la trompa y le tocó el hombro con la punta.

No le conté todo lo que sabía, pero sí lo suficiente como para que todo el mundo se alertara. No cité muchos nombres. Le hablé solo de alguno de nuestros asesinatos. Los criterios según los cuales deteníamos a la gente y cómo matábamos a los serbios. Sobre las torturas que se alargaban durante noches enteras. El diario publicó todo lo que dije, es decir, todo lo que escribió Nada. Todo el país volvió a oír de mí, mis fotos estaban por todas partes. Todos negaban mi historia, pero todos sabían que era completamente verdadera. Los que se suponía que estaban al tanto sabían exactamente qué es lo que me había callado y por qué. Nada estaba contenta, pero también asustada. En una llamada telefónica de un par de minutos me preguntó dos veces si estaba seguro de que era verdad todo cuanto le había contado.

—No pienses que no te creo, pero tengo que estar segura. Habrá denuncias… —se defendía. Dijo que quizá me visitaría en los próximos cuatro o cinco días. Que reflexionara y apuntara todo lo que recordara que me pareciese importante. Yo lo recuerdo todo.

A la mañana siguiente, Snježana no estaba en casa. Llevaba días sin asomarse a la calle y ahora no estaba. Recorrí el patio y la cuadra de Lanka: nada. Revisé su armario, en el que faltaba ropa.

Tampoco estaba su maleta. Comprendí que se había marchado y sentí alivio. Solo podré luchar mejor. Dinka llamó sobre las tres de la tarde. Mamá estaba en su casa y se quedaría por un tiempo. Le pedí que intentara ayudar a su madre. Me contestó que por lo visto yo no me había esforzado mucho. Para ti era más importante la elefanta, añadió. Colgó el teléfono. Nadie llamó para ofrecerme comida para Lanka a cambio de mi futuro silencio.

Me asaltaron tres días después de publicarse en el diario el artículo de Nada. Me esperaban de noche a la salida del bar. Eran tres hombres enmascarados y armados. Me empujaron hacia el interior de un vehículo, me ataron las manos, me condujeron a un garaje cercano al estadio de fútbol y me rompieron muchos huesos. Después de soltarme, primero me fui a casa y llamé a Nada y después proseguí el camino hacia el hospital. Ella hizo saltar las alarmas con un aviso al ministro del Interior, a los embajadores norteamericano y alemán y a periodistas. Al día siguiente todos fueron a verme al hospital. El ministro me aseguró que darían con los autores. También que me asignarían un guardaespaldas las veinticuatro horas del día. El norteamericano me dijo que a partir de ahora estaba también bajo su protección especial. El alemán me preguntó si necesitaba algo. Necesito comida para Lanka. Me prometió que lo solucionaría en un plazo muy breve. Y así fue.

Nada me visitaba dos veces al día. Se había instalado en mi casa. Fue ella quien me acompañó cuando me dieron el alta una semana más tarde.

—¿Quieres que me quede? —me preguntó cuando nos sentamos frente al televisor.

—Creo que tendrías que quedarte, por lo menos por un tiempo, por Lanka. En este estado yo no puedo hacer nada. No tienes opción.

Cogió vacaciones y se ocupó de Lanka y de mí. Su matrimonio acababa de naufragar: se enteró de que su marido la engañaba con una estudiante. Mientras ella estaba en casa, yo me encontraba muy a gusto, tanto que una noche dejé la mano sobre su hombro. Ella presionó con su mejilla sobre la mano. Le di un beso en el cuello. Parecía necesitada de cariño después de todo lo ocurrido, y yo necesitaba a alguien.

Sus vacaciones llegaban a su fin, pero no quería que se

marchara.

—¿Podrías quedarte una semana más si te cuento más cosas?

—Tengo que consultarlo con mis jefes.

Lo consultó y le concedieron el permiso. Le hablé acerca de dos fosas a las que arrojábamos a los muertos. Muy pocas personas sabían de su existencia. Ninguna de ellas hizo nunca ni en ninguna parte mención alguna. Tampoco se mencionaban en aquellas declaraciones invalidadas por la policía. Según mis cálculos, en las fosas había al menos diecisiete cadáveres. Algunos de ellos fueron degollados, otros recibieron un tiro de gracia en la sien. Exhumad las fosas y lo veréis. Yo solo mataba con bala. ¿Quién lo sabía? Todos lo sabían. A todos les parecía bien.

Otra vez se generó mucho ruido, aunque menos que en la primera ocasión. De nuevo no apareció nadie que intentara hacerme callar de forma pacífica. La periodista debía regresar de nuevo a Zagreb y yo debía volver a impedirlo. Le conté más y más. Y un día ya no tuve nada más que contarle. Me inventé nuevas matanzas y otras más, nuevas atrocidades, tantos y tantos niños, nuevas fosas, matar era nuestro estilo de vida. No podía parar. Pero nadie hacía caso. Todo se repetía, tan solo cambiaban los números y pronto la gente se aburrió de los números y dejó de seguirlos. Ahora Nada debía marcharse definitivamente.

—¿Volverás?

—No.

—¿Podrás vivir sin Lanka?

—Sí… Hazme caso, llévala al zoológico. Allí estará mejor. Tienes que empezar a vivir con normalidad.

Más tarde me enteré de que su marido había vuelto. Se hartó del cuerpo más joven, la pasión se extinguió, ella lo aceptó de vuelta. Me sentí herido, pero esa sensación no duró mucho.

Lanka y yo nos quedamos solos. A nuestro alrededor reinaba el silencio y no había nadie cerca. Snježana y mis hijas no llamaban. Los alemanes seguían enviando el dinero para la comida, así que en ese sentido estaba tranquilo. Lanka tenía cada vez mejor aspecto, pero yo ya no tenía nada que darle. Entre nosotros ya no había nada. Manteníamos la rutina: le llevaba la comida y le echaba el agua y cada mañana ella me correspondía tocando con su arrugada trompa mi rostro, mi cuello y mi pecho. Eramos como un

matrimonio. Nos aferrábamos a los rituales como a un clavo ardiendo.

La ciudad nos tenía aislados. Entre la ciudad y nosotros se extendía un cinturón marítimo plagado de tiburones y pirañas. Cada uno se mantenía en su territorio y reinaba una paz que en cualquier momento podía conducir a un ajuste de cuentas final conmigo y con Lanka. Solo aguardaban un paso en falso o el guiño de alguien. Estaba condenado a muerte.

Capítulo 9

Los generales

Las cafeterías junto a los hospitales son más tristes que los propios hospitales. Un par de eternos clientes apostados en la barra, la camarera de escote arrugado, niños que lloran, viejos que callan y miran al vacío, maridos y mujeres que disimulan el miedo. Snježana Sučić estaba sentada a la mesa junto al servicio tomando una infusión. Me presenté y le tendí la mano. Parecía tranquila y distante. En mí solo veía a un policía más, al que le repetiría todo lo que ya les había contado a mis antecesores. Sin embargo, en ella yo no veía solo a la esposa de la víctima, sino también a una potencial testigo que me ayudaría a resolver el caso. Se trataba de una conversación en desigualdad de condiciones.

Saqué del bolsillo la foto de Ljubo Begić y la coloqué frente a ella. Le pregunté si conocía a ese hombre, si lo había visto alguna vez. No, nunca. Le pregunté si estaba segura. Totalmente segura, me respondió, aunque tenía que añadir que en los últimos tres meses había pasado algunos días —quizá unos siete u ocho— fuera de casa, en Zagreb, en casa de su hija Dinka. De hospitales y chequeos. Tal vez uno de esos días el desconocido visitó a Andrija, aunque su marido no le había dicho nada. Sí que sabe que sin previo aviso lo visitaron los generales Misković y Runje.

—Me dijo que llegaron enfadados y que se fueron más enfadados aún. Eso ocurrió un día antes de que Andrija fuese a la fiscalía del Estado en Zagreb. Estaba un poco nervioso cuando me dijo que lo habían visitado, pero para nada se amedrentó ni estuvo tentado de desistir, de buscar un refugio para nosotros.

—¿Ya le ha hablado a alguno de mis colegas sobre la visita de los generales?

—Se lo he contado a todos los que han hablado conmigo.

Me sentía como un estúpido. Me dijo que durante esos últimos

meses fueron a verle diferentes personas y que todas ellas le ofrecían algo a Andrija: querían negociar con él, pero él no estaba dispuesto. Fue educado y correcto con todos, les ofreció comida y bebida, y sin embargo ellos se iban llenos de una rabia callada o expresada, jurándole que se arrepentiría o apelando a su sentido común, pidiéndole que reflexionara al respecto.

—Si me lo permite, me gustaría hacerle una pregunta personal.

—Adelante…

—¿Fue una buena persona?

—Creo que no se merecía esto. Era egoísta y un hombre extraño, pero no se merecía esto. Estoy convencida de que no… ¿Quiere decir que es importante para la investigación el que fuese o no una buena persona?

—Ya le dije que se trataba de una pregunta personal. ¿Por qué volvió con él?

—Se trata de una larga historia y a decir verdad no dispongo de más tiempo.

Nos despedimos en la puerta de la cafetería. Ella entró en el hospital y yo me fui a trabajar. Fui a trabajar solo para verme con Radoš y escupir mi rabia por que nadie me hubiera informado ni tampoco hubiese registrado que Snježana Sučić había hablado de la visita de los generales Misković y Runje y de su conversación con Andrija. Radoš no se encontraba en su despacho. Está reunido —me informó su secretaria, Majda—, volverá en una hora, como mucho en dos. No sabía en qué invertir esa hora o dos que, tal como mi experiencia me había enseñado, fácilmente se podían convertir en tres o cuatro, incluso en un día entero: se trataba de una época en la que en los despachos del SSN, de la policía, de la fiscalía y los departamentos de los servicios secretos de las Fuerzas Armadas se convocaban reuniones sin parar. Nadie se fiaba de nadie. El Presidente agonizaba y todos tenían claro que se acercaba el fin. Quizá ya había muerto, pero Damjan Radić e Ivica Tot estaban esperando el momento adecuado para anunciarlo. La muerte era lo único que en esos instantes se podía dejar en manos del azar y de los asustados médicos del Presidente.

Llamé a mi madre. No contestó al teléfono. Volví a llamar, pero de nuevo sin resultado. Marqué el número de mi casa, para comprobar si Mara todavía seguía allí. Contestó justo cuando yo

estaba a punto de colgar. La pillé en la puerta. Se iba a su casa para preparar el viaje. Su tren salía a las tres y media.

—¿Te vas de verdad? —Todavía no me lo podía creer.

—Me voy de verdad. —Rio como si no pudiera creer que yo no la creyera—. Ya te dije por qué tenía que hacerlo…

—¿Y tu dimisión? ¿Cuándo lo dirás?

—He llamado hace una media hora. He pedido diez días más de permiso.

—¿Eso es una novedad?

—Me he dado cuenta de que necesitaba algo más de tiempo. Tengo que tomar la decisión correcta, ¿verdad? No tiene sentido correr riesgos…

Matko Radoš entró en mi despacho. No cerró la puerta. Mira por dónde, la reunión acabó antes de lo previsto. Me apresuré a terminar la conversación con Mara. Le dije a Radoš que lo buscaba. Se rio: todavía no entiendes que solo es importante cuando yo te busco a ti, me dijo. A diferencia de mí, estaba de buen humor. Sacó una hoja plegada del bolsillo interior de su americana y me la dio. Mientras cogía el papel me pareció ver cómo, por un momento, tras el hombro de Radoš aparecía el perfil de Damjan Radié. Enseguida bajé la mirada. En el documento ponía que el director del SSN, Ivica Tot, había resuelto mi petición de forma positiva y autorizaba mi traslado al Departamento de Delitos Políticos. Debía informar a mi nuevo superior cuanto antes. Sin decir nada, seguí mirando el papel.

—Me debes una cena, me costó lo mío —me dijo.

—Tengo que pensármelo. —Me salió sin más. Él no esperaba mi reacción, pero se las apañó para contestarme.

—Entonces piénsatelo, colega Krstanović. Pero date prisa —me dijo antes de irse. No tuve tiempo de preguntarle por qué nadie me había comentado que en sus declaraciones Snježana Sučić había mencionado a Miskovič y a Runje. Con ese papel me había puesto en jaque.

Se habían dado cuenta de que había descubierto o estaba a punto de descubrir algo que no debía, y ahora satisfacían una solicitud que yo ya tenía olvidada. Me apartan de Sučić y Rimac, está más claro que el agua. Pero me apartan de forma paternal, como unos padrinos, así que si soy bueno no tendrán que recurrir a

la fuerza. De repente todo se aclaró, la niebla se levantó, se fueron las nubes, los interrogantes, las diferentes posibilidades, los dilemas. Cada pieza encajó en su sitio. Ahora me tocaba a mí mover ficha.

Jana puso un whisky con hielo frente a mí y permaneció al otro lado de la barra, con el codo apoyado en ella y sosteniendo la cabeza. Sus tetas apretadas resplandecían en un sostén demasiado pequeño: tenía la capacidad innata de despertar el deseo al momento. Algo no va bien, constató comprensiva. Nada va bien, le contesté. Se sirvió un whisky. Brindamos y tomamos un buen trago. Me dijo que cerraba el bar y se iba. No le era rentable y ya no aguantaba más. No aguantaba a la gente y sus confesiones alcoholizadas. Le daban asco las caras que le ponían y que antes habían entrenado para pedirle que les fiara la bebida, perros de una guerra que nunca terminará, hombres que daban por hecho que acabarían follándosela, desdichados que se endeudaban para pagar las deudas de sus hijos drogadictos. Se marcha a Fráncfort. En Fráncfort vive su hermana con la familia, tiene un restaurante, así que trabajará allí. También tiene una casa. No supondrá ningún problema que viva con ellos. De hecho, llevan tiempo invitándola.

—¿Y qué pasa con Radoš?

—Con Radoš no pasa nada. Ya ha gastado todo su crédito. Y además, está en deuda. Si no pongo fin a esto, a mí también me arrastrará al desastre.

—¿Y yo qué?

Se rio.

—Tú eres un buen chico.

—¿Solo eso? ¿Un buen chico?

—Eso es mucho. Tienes que relajarte un poco. Tienes demasiado miedo de todo. No deberías tener tanto miedo.

Me quedé sin palabras. Alcé el vaso, brindamos una vez más y de un trago nos acabamos la bebida. Me incliné por encima de la barra, la besé en la mejilla y me fui.

La mierda

Dejé de ser importante también para los buenos de los alemanes. En el verano de 1999, mediante un breve escrito, me informaron de que ya no estaban en disposición de seguir financiando las necesidades alimenticias de Lanka. Se les había acabado el presupuesto, o algo así, y para poder continuar financiándome era precisa una reunión excepcional de una comisión, de un consejo, algo grande. Eso llevaba su tiempo y no había ninguna garantía. Me encontraba ante un callejón sin salida. Ya nadie quería escuchar mis palabras. Ya nadie me hacía caso. Hacía tiempo que Nada había dejado de llamarme. Su adúltero marido había vuelto con ella y eran felices. Snježana seguía sin querer saber de mí y mis hijas me llamaban apenas una vez al mes. Estaba claro que había sido derrotado y ahora tan solo debía salvarle la vida a Lanka. Debía llevarla al zoológico de Zagreb. Ya no tenía derecho a hacerla sufrir con mi sufrimiento.

A duras penas logré alquilar un camión con un remolque enrejado alto y largo, en el que Lanka cupiese cómodamente. Gasté lo último que me quedaba en alquilar el camión. La comida para la elefanta solo alcanzaba para una ración bien abundante. Partimos antes del amanecer con el fin de evitar las miradas triunfantes. Durante todo el camino no dejó de llover y los chorretones de agua se deslizaban por el lomo de Lanka y ella lo disfrutaba. Zagreb estaba ralentizada por la lluvia. Aparqué el camión frente al edificio en cuya segunda planta vivían Dinka y Snježana. Toqué la bocina dos veces, pero no pasó nada. ¡Tu-tuuuu, tu-tuuuu-tuuuu! De nuevo nada. Me bajé del camión y corrí hasta la entrada del inmueble. Mi apellido no estaba en el interfono. No recordaba el apellido del dueño del piso en el que vivían ellas dos. Volví al camión y toqué de nuevo la bocina. ¡Tuuu-tuuuuuuuuu-tuuuuuuuuuuuuuu! Algunas ventanas empezaron a abrirse, en algunas de ellas aparecían figuras enfadadas. Solo en su ventana no ocurría nada. Los vecinos me gritaban, se cagaban en la loca de mi madre, me amenazaban con

llamar a la policía. Yo continué tocando la bocina, la tocaba como enfebrecido, como en un sueño.

Justo en ese momento una bala zumbó junto a mi cabeza. Eso me despertó. Se hizo el silencio. Lo primero que se escuchó fue el abrir de una ventana. ¡Dinka! Bajé del camión y fui debajo de su ventana. Seguía lloviendo.

—¡Llama a Snježana, por favor!

Se lo pensó durante un momento, incluso más. Luego volvió a la habitación y apareció de nuevo en el marco.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué nos haces esto? —me preguntó al borde del llanto. Después se fue de la ventana. Entonces apareció Snježana. Parecía tranquila. Le dije que se viniera conmigo. Llevo a Lanka al zoológico.

—Ya es tarde, Andrija…

—¡No es tarde! Ven conmigo y todo estará bien. ¡Te necesito!

—¿Y qué pasó cuando yo te necesitaba a ti? ¿Dónde estabas?

—Tú sabes dónde estaba… —le contesté en voz baja.

Le pedí que se viniera conmigo. Instalaremos a Lanka y viviremos felices hasta el fin de nuestros días. Le suplicaba que me creyera. Juraba que nunca más volvería a traicionarla. Que no iba a rendirme hasta que se viniera conmigo y con Lanka. Pasó un largo rato y Snježana tan solo callaba. Yo veía que iba a ceder.

Salió del edificio. Fui hasta ella y la abracé. Aceptó el abrazo. Sentí cómo las lágrimas se deslizaban por su rostro. De repente se soltó del abrazo. Me dijo que partiéramos, pensando que íbamos a llevar a Lanka en el camión hasta el zoológico. No, mi idea era otra. Iremos andando. Serán un par de horas de paseo por las calles de Zagreb. Que nos vean todos y que nos recuerden. Preguntó si me había vuelto loco.

—Este es mi único y último deseo. Solo te pido esto… Tan solo esto, Snježana.

Cuando a la altura de la calle Bauerova giramos a la derecha por Vlaška, en ambas aceras la gente se paraba para mirarnos: Lanka se balanceaba pesadamente delante de nosotros y nosotros caminábamos con decoro y orgullosos, como en el funeral de alguien a quien le había llegado su hora. Nadie nos decía nada, no nos ofendían ni escupían. Nos miraban sin decir palabra. El tráfico se había detenido o se desarrollaba con dificultad, así que los

conductores pitaban y pitaban, pero cesaban cuando les alcanzaba la noticia de que se trataba de unos que llevaban a un elefante al zoológico. Aquí no ayudaban ni las bocinas ni el jaleo.

Lanka empezó a defecar en la plaza de Kvaternik. Se balanceaba de forma regular, e iba dejando desinteresadamente tras de sí unas pilas regulares de mierda. Me sentí un poco incómodo, y Snježana también, pero los transeúntes fingían que no veían nada, que no ocurría nada extraño. Lanka derramaba su mierda por la calle. En un momento dado en la calle Maksimirska, meaba al mismo tiempo que cagaba. El tráfico estaba parado, pero en realidad la gente estaba tranquila. No estaba nada agresiva. Algunos nos seguían. Se formó una pequeña caravana, que procuraba no pisar los charcos enmierdados de Lanka. Dejó de llover, el cielo se despejó.

Frente a la entrada del zoológico ya esperaban los periodistas y la policía. Lanka se detuvo frente a la valla. Se me acercaron dos policías y me pidieron la documentación. Les entregué mi carné de identidad y mi cartilla militar. No le preguntaron nada a Snježana. Uno de ellos se alejó para comprobar mis datos, el otro me preguntó qué era lo que quería. Le dije que estaba allí para regalar a mi Lanka al zoológico.

—¿Y cómo es que tiene el elefante?

—Se trata de una larga historia, amigo.

—Llamen ustedes al director del zoológico —interrumpió la conversación Snježana—. Que alguien firme conforme les entregamos a Lanka y nos iremos a casa. Se lo ruego, señor.

El policía la obedeció. El director llegó al cabo de unos quince minutos. Lo recibió la multitud, que callaba como en un teatro. Me tendió la mano y me dijo que tenía que haberlo avisado, haber concertado una cita. Las cámaras de fotos no paraban de disparar.

—Un elefante no es un hámster. ¿Qué pasaría si todos actuaran como usted?

—Este es el único elefante en nuestro país.

Finalmente firmó el recibo. Abracé y besé a la elefanta y ella me rozó el rostro con la trompa. Snježana la acarició detrás de la oreja derecha. Se llevaron a Lanka.

Emprendimos el camino de vuelta. Íbamos cogidos de la mano. En las calles, la vida se iba descongelando. El jaleo, los chirridos, las prisas. Quizá alguien me imprecara, alguien se cagara en mi

traicionera madre, pero yo no oía nada. No veía los restos de la mierda de Lanka por las calles. Habían sido tragados.

Volvimos a casa.

El miedo

Brigitta entendía bien el croata y el serbio y los hablaba con bastante corrección, pero no charlaron mucho. Mara Ištuk le entregó la carta de Jadran a su esposa, esta le ofreció café, té, zumo, cerveza. Mara solo pidió un vaso de agua y le preguntó si podía fumar. Brigitta le llevó el vaso de agua y un pequeño cenicero de cerámica. Se sentó frente a Mara y le preguntó si había tenido buen viaje y dónde se alojaba. Mara le contestó obediente y volvió a guardar silencio: se sentía culpable en compañía de Brigitta Rimac, una mujer rubia y esbelta, que aparentaba menos edad de la que tenía, en su gran piso luminoso, de techos altos y paredes blancas e impolutas. ¿Dónde está su hija?, le preguntó Mara tímidamente. Se llama Aleksandra, ¿verdad? Está con sus amigos; se pasa todo el tiempo en el centro con sus amigos, no lo entiendo. ¿Por qué te sientes culpable? ¿Qué es lo que has hecho? Te has acostado siete veces con Jadran Rimac, mientras esta mujer, Brigitta, y su hija aguardaban a que él volviera, o al menos llamara. Sabías que tenía mujer e hija, pero aun así no quisiste ignorar el hormigueo en tus muslos, no quisiste resistirte. Tu deber era investigarle y, en cambio, le dejabas las marcas de tus mordiscos en el cuello y los muslos. ¿Cómo pudo ocurrirte? Por Dios, Mara, ¿cómo?

Rimac se enteró rápidamente de que habían abierto la veda contra él y que Mara Ištuk desempeñaba el papel principal en la cacería —porque aquí a la persecución de los criminales se la denomina cacería—, cacería que, de todas formas, se esperaba desde el momento en que el desagradecido de Vladimir Magaš despreció la confianza que le brindaron. Dos días después de que lo detuvieran por disparar en el hotel y maltratar a la joven de dieciséis años, ordenó a Marinović que buscara a la señorita Ištuk y le pidiera amablemente que tuviera el atrevimiento de cenar con Jadran Rimac. Debería conocer al hombre que le resulta tan interesante. Él desea conocerla: se ha informado y todo han sido elogios y cumplidos, así que quiere ver con sus propios ojos qué es

lo que ha seducido a la gente de cuyos juicios en general se fía. Marinović le dejó su número de teléfono y le dijo que lo llamara cuando estuviera lista. Lo llamó ya al día siguiente. Hacía tiempo que deseaba conocer a Rimac.

Mara aceptó citarse con él en un lugar público, puesto que ya había informado a su jefe, Čabraja, de con quién iba a reunirse y que a continuación redactaría un informe detallado. Sin embargo, el lugar público no era tan público: Klub solo estaba abierto para ellos dos. Les servía el dueño y cocinero principal, Goran Bajsić; en la cocina tan solo trabajaba un joven ayudante, que tenía absolutamente prohibido entrar en la zona de los clientes. Con toda seguridad podían contar con la discreción de Bajsić, puesto que le debía una cantidad importante a Rimac. No se atrevería a hacer nada que este pudiera interpretar como desobediencia. Iba sirviéndoles grandes platos con una cucharada de comida en el centro, y sonreía, servía el vino y sonreía, preguntaba si todo estaba bien, daba las gracias. Mara se sentía confundida por el ambiente: no sabía si sentirse agasajada o asustada. Él estaba relajado, era su territorio, del que de manera preventiva habían sido apartados todos aquellos que pudieran haber invadido el agradable espacio del restaurante de Bajsić con nerviosismo y tensión. Durante toda la cena no dijo nada que mereciera la pena recordar, excepto que mencionó de pasada a Damjan Radić y el cumpleaños de alguien en Fráncfort cierto año. Lo único que quería esta primera vez era que ella se quedase con ganas de verlo de nuevo. Y lo consiguió, aunque no le fue difícil: cuanto más descubría de él, más atractivo le resultaba. En lugar de lo contrario.

El último gran partido de Jadran Rimac. Su última batalla, una batalla en la que lo han dejado solo a la intemperie, en la crucial llanura de Kupres[6] de la que sus padres, después de aquella guerra, llegaron a la fértil Eslavonia, una batalla en la que nada ni nadie puede salvarlo. Rimac, pobre de él, decidió jugárselo todo a la carta de la astucia, sin comprender que la astucia es una ventaja a largo plazo solo cuando te enfrentas a un oponente de igual a igual. ¿De qué te sirve la astucia cuando tu oponente es tan superior que en cualquier momento te puede aplastar como una colilla? Rimac pensaba que era astuto enviar pequeños mensajes de chantaje a sus hasta ayer colegas. Pensaba que Radié se quedaría desorientado por

su impertinencia y disponibilidad para una guerra cruenta y que, por lo tanto, entraría en razón y acabaría escenificando un armisticio en un castillo escondido lejos del tumulto y el calor abrasador de la ciudad: allí estarían solo los elegidos, llevaría a unas chicas frágiles de Moldavia y Serbia, se haría con el mejor caviar y champán y vinos franceses, jamón español, *čevap* de Leskovač, un par de cantantes famosas con un valle de esperanza entre las tetas, cocaína pura como la Virgen María llena de gracia, ron de Guatemala y puros de La Habana. Pensaba que era necesario recordarle a Radić quién era él, ojo, él es Jadran Rimac, ese Rimac de Fráncfort, ¿acaso te has olvidado?, tienes que recordarlo y entonces todo será como antaño. Juntos como antaño.

Las primeras noches del verano de 1999, Mara Ištuk las pasó con Jadran Rimac en el vacío Klub, en el cine, dando paseos nocturnos por Cmrok y Mirogoj (le enseñó el panteón que había adquirido), paseando en coche por una ciudad decadente cuyo centro se acostaba pronto. Cuando más tarde intentó contarle a Boško el contenido de su encuentro con Rimac, se dio cuenta de que no había nada que decir: hablaban de las cosas cotidianas, de los acontecimientos políticos del día, del tiempo, de ella, de la pequeña Zagreb, de la gente malvada y del aún más malvado gobierno.

—La gente de aquí es extraña. Todos quieren reunir su milloncito, ni más ni menos, y cuando consiguen su milloncito enseguida quieren dos, y cinco, y diez. Como si un milloncito fuera una cajetilla de cigarrillos —dijo en una ocasión.

Durante los primeros encuentros, Rimac mencionó en dos ocasiones a Radić, pero Mara no se lo comentó a Boško. Tampoco lo informó de algunos otros detalles, porque de todas formas se daba cuenta de que Boško se mostraba suspicaz hacia sus frecuentes reuniones con Rimac, y su suspicacia iba en aumento porque Mara era cada vez más parca a la hora de describir sus encuentros. Al principio también le calló lo de Radić a Dražen Čabraja: solo se lo contó más adelante, poco después de la muerte de Rimac. A Boško únicamente se lo dijo mediante alusiones. A Čabraja se lo contó cuando advirtió que tenía que ofrecerle algo importante, porque las reuniones con Rimac habían perdido su sentido desde cualquier perspectiva que no fuera la suya. Luego ya tuvo algunas cosas más que obviar: sacrificar el nombre de Radić le pareció una apuesta

considerable como para preservar un secreto más oscuro.

Una noche, al salir del restaurante de Goran Bajsić, Jadran le preguntó si quería tomar otro coñac en la habitación de su hotel, y ella aceptó sin vacilar. Desde el primer momento la idea de acostarse con Rimac le producía un tentador cosquilleo. A Mara la excitaba la energía cruda que emanaba de sus ojos y de cada uno de sus movimientos. Además, después de follar con él, quizá por fin le confiaría algo grande e importante, algo que sacudiera a todo el país: resulta embriagador cuando la satisfacción de un puro deseo carnal coincide con motivos y justificaciones más elevados.

—¿Cuánto les pagas a las fulanas que te traes aquí? —se interesó al cerrar la puerta.

Rimac le contestó que no les pagaba nada, que para las chicas era un honor, una satisfacción y una obligación ciudadana.

—Yo quiero que me pagues.

—¿Follas por dinero en tu tiempo libre? ¿Tan mal paga el Estado?

—…

—¿Cuánto?

—Todo. ¡Absolutamente todo!

—¿Y qué pasa si no dispongo de tanto?

—¡Búscalo! ¡Roba!

—¿Y qué obtendré a cambio?

—¿Y qué es lo que quieres?

—¡Tu culo! Después quizá me case contigo.

—Uf, eso te costaría demasiado dinero. Como mucho te alcanzaría para una teta y el ombligo.

Mara se sacó una teta del sostén y recorrió su pezón con el dedo índice.

—Pero primero el dinero…

Abandonó su habitación sobre las nueve de la mañana. Se fue a trabajar y Rimac se quedó durmiendo. El asfalto irradiaba calor, la ciudad estaba ralentizada. Mara se detenía frente a los escaparates sin intención de comprar nada, encendió un cigarrillo, el tranvía número seis medio vacío, el diario. Sobre las tres salió del trabajo y se quedó dormida nada más dejarse caer en el sofá de la sala: soñó con elefantes, pero no se trataba de un circo, sino de algo extraño: una manada de elefantes que iba a alguna parte, ella permanecía a

un lado, los elefantes no se percataban de su presencia.

De forma nada habitual, ese día Jadran se despertó a las seis de la tarde. Salió del hotel a las diez. En la calle no había ni un alma. Tenía pensado dar un paseo hasta la plaza, comprar el diario vespertino y luego volver al hotel, donde le estaría esperando Marinović. Irían en coche a Klub, donde Rimac tenía una cita con un joven que le proponía la compra de unas pinturas que nunca tendrían mejor precio: Rimac se encargaría de ir proporcionando el dinero, y el joven de adquirir las pinturas y negociar el importe. Le juraba que se trataba de una sabia inversión. Ya se vería.

Se encaminaba por las poco iluminadas bocacalles cuando tres hombres lo abordaron y en un segundo se encontraba en el asiento trasero de un todoterreno de cristales ahumados. Los secuestradores enmascarados permanecían en silencio. Lo esposaron y le taparon los ojos con una cinta negra. Rimac no ofreció resistencia ni preguntó nada. Pensaba que había llegado su fin, que Radić había perdido la paciencia, que se había enterado de su relación con la fiscal Ištuk, no le gustaba que lo amenazaran y que lo chantajearan indirectamente, pensaba que ahora lo iban a matar como mataron a muchos que molestaban, harán un trabajo limpio y profesional, nadie preguntará nada, un final nada glorioso de una carrera prometedora. En un momento dado ya no pudo seguir mentalmente la ruta que estaban tomando. Lo condujeron hasta el sótano de una casa, lo sentaron en una silla y lo ataron a ella y uno de los enmascarados se puso a trabajar enseguida: le afeitó la cabeza con mano rápida y hábil. También lo dejó sin bigote. No ofreció resistencia.

—¿Por qué no me pegáis un tiro y os dejáis de toda esta mierda? —preguntó—. ¿Qué cojones significa todo esto…?

Entonces lo pusieron en pie y le ataron las manos a una cañería, que pasaba justo por debajo del techo. Lo desnudaron. El mismo que le había afeitado la cabeza y el bigote empezó a enjabonarle el pecho, el vientre, los genitales y las piernas. Le afeitó cuidadosamente todo el vello. Después por detrás: la espalda, el culo, los muslos. Por último los sobacos. ¡Allí estaba Jadran como un bebé, un bebé grande! Liso como un cuchillo. Lo echaron del coche frente al hotel, completamente desnudo. No lo vio nadie. Este fue el segundo aviso.

Jadran Rimac no salió de su habitación durante un mes entero. Solo lo visitaba Marinović, que hizo correr la voz de que Rimac se había ido de viaje a algún país exótico. Jadran, ¿por qué no te fuiste realmente de viaje si partiste a este supuesto viaje de un mes? ¿Tan difícil era irse de verdad y olvidar? ¿Se trató de pereza o de fatalismo? Marinović le llevaba la comida, la prensa, las noticias, los rumores, el alcohol, las drogas y el dinero. Tampoco llamó a Mara, así que ella, igual que toda la ciudad, pensaba que Rimac se encontraba en un destino lejano, quién sabe debido a qué negocios, o por fin lo entendió todo y tras tanto tiempo decidió hacer uso de la razón. En su interior había aceptado que Rimac estaba perdido como testigo, que desgraciadamente había hecho eso que en un primer momento parece un acto de cobardía, pero que después de consultarlo con la almohada se convierte en la única opción sensata. Compartió sus suposiciones con Boško y con su jefe Čabraja. Se mostraron reservados. Lástima, dijeron, solo por decir algo.

Jadran llamó a Mara una noche de principios de otoño y le dijo que había vuelto. Tenía ganas de verla. Que fuera a su habitación esa noche. Tenía un aspecto cansado, diferente, casi exhausto. Su barba era de por lo menos cinco días, su pelo corto estaba grasiento, tenía la mirada turbia, las bolsas debajo de los ojos hinchadas como bollos, el cenicero repleto de cigarrillos a medio fumar, la habitación desordenada, nada que ver con la habitación en la que Mara Ištuk ya había estado: ahora era un espacio que daba a entender que allí vivía un ser humano, con olores que no había apreciado en la primera ocasión.

—¿Le mencionaste a alguien que te hablé de Radié?

—¡A nadie, absolutamente a nadie! —le mintió.

—Entonces ¿cómo es que Radić lo sabe?

—¿Sabe el qué?

—Que yo te hablé de él.

—¿Cómo sabes que él lo sabe? Además, no me dijiste casi nada sobre él.

—Me lo dio a entender mediante algunos… avisos.

—¡No dije ni una palabra a nadie, ni una! ¡A nadie! ¿Qué es lo que ocurrió?

—No es nada, no importa.

—Tienes miedo de Radić, ¿verdad?

—Déjalo ya, coño…

—¿Le tienes miedo?

—…

—¿Por qué has vuelto a la ciudad, por qué no te quedaste donde estabas? Ya que le tienes tanto miedo…

Durante largo rato la miró a los ojos y permaneció callado. Luego se sentó en la cama, extendió los brazos y se abrió a ella. Por qué se supone que siempre tengo que ser práctico, preguntó. Admitió que no había viajado a ninguna parte, había pasado todo ese tiempo en aquella habitación. Ya no tengo fuerzas para ser práctico, dijo, ya no tengo fuerzas para mover la ficha de la forma más sensata, para ser práctico hace falta fuerza, hace falta voluntad para triunfar y Rimac ya no la tiene. No puedo, suspiró, ya no puedo volver a los refugios y las madrigueras, sobresaltarme con cada ruido, pensar cada paso que doy y cada palabra que digo, mimetizarme con el entorno, volverme invisible, porque resulta más fácil volver a ser pobre que invisible, escondido en una ratonera, no importa cuántos metros cuadrados tenga y cuán lujosa sea, una ratonera no deja de ser una ratonera aquí o en las Barbados, privado de noches de pasión, restaurantes, paseos en coche por las desérticas avenidas mojadas por la lluvia. No puedo, dijo, mientras sus lágrimas se perdían entre su canosa y rasposa barba. Me quedo aquí. Se cubrió los ojos con las manos.

Mara se sentó junto a él y lo abrazó. Por qué le tienes miedo a Radié, le preguntó en voz baja. Apartó las manos de la cara, dijo que no le tenía miedo, sino que estaba aterrorizado porque lo obligaron a entrar en guerra con Damjan Radié, y en esa guerra, lo sabía bien desde los tiempos de Fráncfort, no podía salir ganador de ninguna forma. Rimac no le contó a Mara que durante los primeros quince días tras el secuestro, cuando lo afeitaron y rasuraron, Marinović estuvo buscando a un hombre para que asesinara a Radié, el consejero más importante del Presidente. Por supuesto, tampoco le contó que lo afeitaron y rasuraron. Marinović no encontró a nadie. De hecho, no pudo recurrir a mucha gente, porque existía el peligro de que las voces sobre la búsqueda de un ejecutor llegaran a los oídos de Radié: sus oídos se encuentran por todas partes. Se dirigió solo a aquellos de los que estaba seguro que callarían. Los primeros dos rechazaron su oferta: el asunto era

demasiado arriesgado y prácticamente imposible de ejecutar, ya que el consejero Radié no aparecía ni se movía por espacios públicos. Era la segunda persona mejor protegida del país, si no la primera. Estimaban que, para ser realistas, solo se le podía asesinar haciendo volar el trozo de carretera por la que iba a pasar o lanzando misiles desde un helicóptero a su moderna casa de dos plantas en el norte de la ciudad, donde vivía —rodeado de cámaras y unidades especiales de la policía— con su esposa, su hijo mayor y la familia de este. Se trataba de una tarea demasiado complicada, incluso para el SSN, y ni qué decir para los matones independientes, que tenían bastantes tareas más sencillas que desempeñar: había que asesinar a los traficantes fugados, a los ayudantes demasiado parlanchines, a los ambiciosos arribistas que lo conseguían todo demasiado fácilmente, a la fría gente de Janjevac nacida en Zagreb, que contestaba al teléfono con un *Kuj me to vika?*, ¿quién me llama? Había suficiente trabajo. La última esperanza era Andrija Sučić. Rimac nunca llegó a conocerlo, pero sabía o había oído bastante sobre él. Pensaba que podía estar lo suficientemente loco como para asesinar a Damjan Radié, pero también que era lo suficientemente serio como para olvidar la oferta en caso de que la rechazara. Envió a Marinović a la pequeña ciudad de K., en el sur. Marinović cumplió con su deber, pero Sučić no aceptó. Decía que era demasiado viejo para eso y que no tenía motivos. No necesitaba dinero. Le daba igual. Rimac abandonó la búsqueda, dejó correr su loca idea.

—Estoy rodeado por todas partes, no tengo salida —dijo mientras Mara seguía abrazándolo maternalmente, los dos sentados en la cama—. Mi tiempo ya ha pasado. A mi espalda dejé Fráncfort, a Bumbar y todo eso, y los de ahora tienen tras de sí una guerra de verdad, ellos son los héroes, ahora les toca a ellos. Solo te pido que te quedes a mi lado.

—¿De quién estás hablando?

—¡¿Que de quién hablo?! Ya sabes de quién hablo.

—¡Cuéntamelo todo, por favor! Tal vez sea la única forma de sacarte de esta, la única manera de intentar salvarte.

—Nunca me dio miedo meterme en un lío, me da miedo salir de él.

—Piénsatelo, no tienes nada que perder… A lo mejor tenemos suerte. No me digas que Radić es invencible.

—Por favor, quédate conmigo. Hasta el final.

Los últimos días de su vida, cuando no estaba con Mara, Rimac hacía locuras en la ciudad. Derrochaba el dinero, bebía aguardiente de forma suicida y esnifaba, hacía las apuestas más altas jamás vistas y, aun cuando era la única, al menos tenía suerte en las cartas, aunque aquello le resultaba cada vez menos importante; dejó de ser selectivo a la hora de escoger a las mujeres, como antaño en Fráncfort, cuando empezó todo. Con Mara era diferente: educado y contenido, tenía cuidado de lo que bebía y de lo que decía. De Radić hablaba a cuentagotas, con la eterna reserva de quien, a pesar de todo, espera un milagro, y ella recogía esas gotas cuidadosamente, confiando en vano que de repente manara de él un río salvaje, capaz de atravesar incluso las rocas, y la carne, y que salvaría su cabeza.

Brigitta Rimac y Mara Ištuk permanecieron calladas hasta que Brigitta preguntó por qué mataron a Jadran. No fue por casualidad, ¿verdad? Hizo la pregunta serena y en voz baja, pero no sin interés. La miraba a los ojos reclamando una respuesta. Mara dijo que no lo sabía. Existen muchas sospechas, afirmó al tiempo que daba la última calada a su cigarrillo. Pero en realidad no lo entendía para nada. Tal vez es mejor que todo quede así, concluyó apagando la colilla en el cenicero. Dijo que tenía que irse.

Se despidieron con un flojo apretón de manos. En la calle hacía fresco y había humedad. Boško la esperaba en el bar de enfrente.

Capítulo 10

La muerte del Presidente

Vladimir Magaš estaba almorzando en su mesita cuando entré en su habitación de la residencia. Comía con una cuchara. Me pareció que estaba contento de verme de nuevo. Sabía que volverías, me dijo. Me senté en la silla frente a él y dejó de comer. A su espalda parpadeaba un pequeño televisor, que en cualquier momento podía apagarse para siempre. Me alegro de que no te hayas ido de viaje, eres un chico listo. Estaba contento porque me había tomado sus consejos en serio. Entonces comprendí que en realidad no tenía a quién pedirle consejo, excepto a él. Este hecho me entristeció.

Saqué del bolsillo la resolución sobre mi nuevo puesto de trabajo y se la di a Magaš para que la leyera. Enseguida lo entendió todo.

—¿Es lo que querías?

—Sí, pero ahora ya no sé…

Me preguntó si tenía otra opción. Ahora no tengo nada, pero tampoco lo he pensado hasta ahora. Cógete unos días, dijo, y te lo piensas, pero el Estado es el Estado. Con esta profesión que tienes y siendo ya tarde para que te hagas médico u otra cosa, se puede trabajar o para el Estado o contra él. Lo primero, por supuesto, es incomparablemente más seguro.

—Entonces, ¿por qué usted no se quedó trabajando para el Estado?

—Tenía otra opción, y deja ya de llamarme de usted.

—A Rimac.

—Sí, llegó un momento en que Rimac se convirtió en una opción seria, porque la frontera entre el Estado y los Rimac dejó de ser visible a simple vista. Ambos se convirtieron en uno. Además, Rimac no puede ser una segunda opción para nadie. —Sonrió de manera cómplice.

—¿Puedo utilizar su teléfono?

Llamé a la secretaria de Radoš y le dije que me tomaba un permiso de diez días, que me arreglara los papeles. Luego llamé a mi madre, dejé que sonara el teléfono un buen rato y otra vez nada. Empecé a preocuparme. Ella siempre contestaba enseguida cuando la llamaba.

—He pensado en irme fuera, con Mara… Tal vez esta sea mi segunda opción.

Eso es muy valiente, me dijo. Él nunca hubiera reunido tanto valor. Solo mucho valor, la desesperación o la locura pueden llevar al hombre a dejarlo todo y pasarse doce horas al día fregando platos en apestosas braserías de los suburbios de las ciudades europeas. Para escoger esta opción, uno debe tener un motivo como una catedral.

—¿Tú tienes un motivo como ese?

—No lo sé, tal vez.

—Si lo tuvieras, lo sabrías.

De repente, el televisor enmudeció. Pensamos que había dejado de funcionar. Entonces apareció la imagen de un conocido presentador: vestía traje y corbata negros. Permaneció unos segundos mirando a la cámara sin decir nada. A continuación tomó un poco de aire y dijo: «Estimados ciudadanos, ha muerto el…». El televisor enmudeció y pronto también desapareció la imagen. Magaš y yo nos miramos, como si nos pidiéramos una explicación el uno al otro.

Una vez en casa metí en la mochila algo de ropa, el cepillo de dientes y el pasaporte y me fui a la estación de ferrocarriles. Ya no tenía tiempo para pasar por casa de mi madre; además, estaba enfadado con ella. Se comporta como una niña, toda su vida se ha comportado como una niña. Siempre está huyendo. Ya está bien, me da igual. No se merece que me preocupe por ella.

Llegué a la estación de ferrocarriles un par de minutos antes de que el tren partiera. Por suerte o por desgracia, el tráfico de los ferrocarriles todavía no se había detenido debido a la muerte del Presidente. Encontré a Mara en el vagón restaurante. Estaba tomando una cerveza, fumando y leyendo el diario. Se sobresaltó al verme. Le di un beso en la mejilla.

—Tengo hambre. ¿Se puede comer algo aquí? Nunca he viajado en un tren como este.

—¿De verdad? Claro que se puede comer algo, ahora mismo llamamos al camarero…

—Nunca he salido del país. Nunca.

Es decir, que le había mentido sobre mis viajes: París, Budapest, Roma, Venecia, Londres, Viena. Me inventaba imágenes, lugares, acontecimientos, gente. Me dijo que mentía muy bien. Podría ser un novelista, añadió, podría vivir de mis mentiras.

—¿Y en qué más me has mentido?

Las visitas

El hombre de la fiscalía del Estado llamó por segunda vez. Era muy pronto por la mañana. Tan solo dijo que en veinticuatro horas me recogería un coche con un chófer, que me llevaría hasta Zagreb. La conversación fue breve. No me dio tiempo de decir nada. Decidí que esa noche le contaría a Snježana que iba a viajar a Zagreb.

Ese mismo día, sobre las cinco de la tarde, llamaron a mi puerta los generales Tonko Misković y Marijan Runje. Snježana había ido a tomar café con su hermana, que vivía unas calles más allá. Los generales y yo no nos conocíamos en persona. Coincidimos en diferentes desfiles y actos oficiales con el Presidente, pero ellos no me recordaban. Entre tantos rostros más importantes, el mío era imposible que hubiese atraído su atención. Los invité a entrar, aunque estaba seguro de que solo podían traerme problemas. Tú sabes quiénes somos, nosotros sabemos quién eres tú, dijo Misković poco después de que nos sentáramos a la mesa, así que no perdamos el tiempo. Sabían que al día siguiente iba a ir a la fiscalía. Conocían el motivo de mi viaje. También sabían lo que iba a contar. El general Misković me aconsejó que hablara lo menos posible, en especial en lo tocante a los nombres.

—Como la cagues, te matamos —dijo Misković, como si dijera que mañana iba a llover—, y si te portas bien, tú matarás a alguien. Para ti no supondrá ningún problema. Además, te pagaremos.

Runje no abrió la boca. Les pregunté si querían tomar algo. Runje rechazó mi oferta, Misković quería un whisky, si es que tenía. Sintiéndolo mucho no teníamos alcohol en casa. Entonces un zumo. Di un par de pasos hasta la nevera. La abrí y cogí una granada de mano, que guardaba en uno de los estantes. Le quité el seguro y les ordené que abandonaran mi casa. ¡Adiós, señores! Se fueron sin decir una palabra. No lo olvidarían.

Le conté a Snježana quién había estado en casa, pero no el motivo de su visita. Le dije que a la mañana siguiente debía viajar a Zagreb.

—¿Puedo acompañarte? Quiero ver a Dinka y Ana…

—Claro que sí. El coche vendrá a buscarnos por la mañana.

Una tarde, antes de la visita de los dos generales, me visitó un hombre que se presentó como Marinović. Venía acompañado de Matej Bakula, con quien coincidí durante un periodo en la misma unidad especial. Matamos juntos aunque, sin embargo, no por ello nos hicimos amigos. Marinović tampoco quería perder el tiempo. Dijo que lo enviaba Jadran Rimac. Y me ofreció dinero para que asesinara a Damjan Radić.

—De todas formas eres hombre muerto —dijo—, y ya que lo eres, haz algo útil.

Soy demasiado viejo, además no estoy en forma. No me hace falta el dinero. Me da igual, créame. Apeló a que fuera razonable y que me lo pensara. Le dije que no había forma de que me convenciera: había reflexionado sobre todo y me había despedido de todo. Se levantó y se dirigió hacia la puerta. El callado Bakula lo siguió. Entonces Marinović se detuvo:

—Voy a salir para llamar a Jadran, quizá vuelva para matarte. ¡Espérame aquí!

No volvieron.

Uno de esos días también llamó Ljubo Begić. Dijo que iba a venir, le di la dirección, pero al final no vino. Por el tono de su voz uno diría que atravesaba un mal momento. La gente como él siempre anda metida en líos, más grandes o más pequeños.

Me interrogaron el fiscal general, Dražen Čabraja, y su adjunto, creo que dijo que se apellidaba Ljutić. Tomaron nota de cada una de mis palabras. Les juro que tan solo dije la verdad. Ya no tenía motivos para añadir ni inventar nada. La verdad era lo suficientemente dura. El fiscal me preguntó por qué había contado a los diarios lo que nunca había ocurrido. Lo hice por Lanka, les contesté, pero no creo que lo entendieran. No es fácil explicarlo y mucho menos entenderlo.

A última hora de la tarde, el mismo chófer nos llevó de vuelta a casa. Los últimos días los pasamos en armonía. Nada llamó una vez más, su voz sonaba arrepentida. Quería que volviera a contárselo todo porque había oído que había declarado en la fiscalía, pero le colgué.

Soñé con elefantes. Pasan a mi lado tranquilamente. De vez en

cuando uno alza la trompa a modo de saludo.

El padre

Dinka y Ana Sučić lograron abrirse paso lo bastante cerca de la iglesia de Mirogoj como para poder ver bien al general retirado Marijan Runje frente al afuste con la cruz para la lápida en las manos. Junto al ataúd del Presidente, a mano izquierda, tres jóvenes generales de la guerra todavía en activo; a la derecha, Damjan Radić e Ivica Tot; detrás de Tot estaba Mihael Nikolic. Tras el afuste se encontraba el teniente general retirado Tonko Misković, que sostenía un pequeño cojín de color granate con todas las condecoraciones y medallas del Presidente. Era un precioso día de otoño: un sol radiante y unos colores limpios —azul, rojo, amarillo —, ni una sola nube, ni rastro de las pinceladas de tonos grises ni ninguna de sus tonalidades. El cementerio olía a vida. La naturaleza brillaba por última vez antes de la próxima muerte. Dinka, Ana y doscientas mil personas más querían aparentar seriedad y tristeza, pero el ambiente no se lo permitía.

¡Adiós, Presidente! ¡Adiós al más grande hijo de la Patria! Tu obra constituirá nuestra inspiración eterna; cuando nos aceche la duda y nuestro ánimo decaiga recordaremos Tu trayectoria, los sufrimientos por los que pasaste para salvarnos en un momento afortunado de la Historia de la milenaria esclavitud; Tu imagen nunca palidecerá en la indestructible memoria del pueblo. Grabaremos Tus palabras en la piedra eterna y la piedra no nos falta, de las fachadas de las ciudades brotará Tu pensamiento acerca de la Libertad.

Las marchas fúnebres, las estrofas populares, el bisbiseo de la plegaria y el canto de los pájaros. Dios quiera que no reciba sufrimiento como pago por sus obras, dijo el cardenal con su voz poco inteligible. El más cercano al Presidente era Jadran Rimac (1950-1999),
cuyo nicho encargaron su esposa Brigitta, su hija Aleksandra y Marin. Los separan no más de diez pasos. En el nicho de Rimac hay

una rosa roja y una luz titilante, que procede de una vela de cementerio.

Dinka y Ana observaban atentamente el rito de doblar la bandera, que pronto se encontraría sobre el dulce pecho de la viuda. Los soldados iban bajando centímetro a centímetro el ataúd a la fosa, unas gotas más de agua bendita, el sonido de la trompeta que ahuyentaba todos los demás sonidos, pedazos de tierra que se rompían sobre el ataúd. Ana estaba cogida del brazo de Dinka. ¡Adiós, al que nos deja desconsolados, adiós! Tu vida, que dedicaste a nosotros, será la fuente de inspiración para todos a quienes Dios otorgó la felicidad de haber nacido en esta tierra sagrada, que durante siglos regamos en vano con nuestra sangre, hasta que llegaste Tú, para conferirle sentido a nuestros sacrificios. Cada uno de nuestros actos estará impregnado para siempre de la conciencia de Tu omnipresencia. ¡Adiós, padre!

Snježana Sučić deambulaba sin rumbo por un zoológico desértico, mientras que desde Mirogoj se oían las salvas de homenaje y la gente se dispersaba en silencio, llenando las calles de estupidez. No quiso ir con sus hijas al entierro del Presidente. Buscaba a Lanka por todo el zoológico. Pasó junto a los somnolientos osos, las jirafas, las águilas y serpientes, se detuvo junto a un delgado lobo, encendió un cigarrillo frente a una foca y lo apagó ante la jaula en la que dos panteras daban vueltas nerviosas. Snježana también se estaba poniendo nerviosa. No había nadie, nadie a quien pudiera preguntar por la elefanta. ¡Lanka! Lanka, ¿dónde estás? ¡Dime algo! ¿Dónde estás? Soy yo, Snježana. ¿Dónde estás? ¡Dime algo, Lanka!

A Snježana le pareció oír un ruido y enseguida se dirigió hacia allí. Iba deprisa, pero de vez en cuando se paraba y escuchaba, con la mirada dirigida hacia el cielo de Zagreb. Se quedó confundida cuando, de repente, a unos pasos vio a una desconocida. Era algo mayor que ella y tenía un aspecto tranquilo.

—He oído que estaba llamando a Lanka —dijo la mujer. Snježana asintió con la cabeza y la mirada. Estaba avergonzada: alguien había oído cómo llamaba a la elefanta—. Vaya usted unos cincuenta metros más adelante y luego gire a la derecha. Verá a Lanka nada más girar…

Con paso firme, la mujer pasó junto a Snježana y ya no se

volvió. Snježana la siguió con la mirada hasta que los árboles engulleron el camino de grava.

IVICA DJIKIĆ (Tomislavgrad, Bosnia-Herzegovina, 1977) es una de las voces más originales de la nueva literatura balcánica. Periodista desde los diecinueve años, ha sido durante muchos años redactor y coeditor del célebre periódico político-satírico *Feral Tribune*, galardonado con varios premios internacionales por su independencia y actitud crítica frente al gobierno de Croacia durante la guerra de los Balcanes.

Debutó como escritor con *Cirkus Columbia*, novela que obtuvo en 2004 el prestigioso premio Selimovic a la mejor obra de ficción de Croacia, Serbia y Bosnia-Herzegovina, y fue adaptada al cine por Danis Tanovic en 2010. Es además autor de las novelas *Soñé con elefantes* (premio Hrvatski Telekom a la mejor novela publicada en 2011 en Croacia) y *La repetición*, y de dos polémicas biografías: la del expresidente de Croacia Stipe Mesić y la del general Ante Gotovina, recientemente absuelto de crímenes de guerra y contra la humanidad por el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia.

Actualmente vive en Zagreb y es redactor jefe del semanario de la comunidad serbia en Croacia *Novosti*.

Notas

[1] Jure Francetić (1912-1942) fue un militar croata fascista al mando de la tristemente famosa Legión Negra ustacha. (*N. de los T.*) <<

[2] Poema de Boris Maruna, poeta croata en el exilio. (*N. de los T.*)
< <

[3] Zemun es un barrio histórico de Belgrado al otro lado del río Danubio, que en la antigua Austria conformaba la frontera austro-turca. (*N. de los T.*) < <

[4] Adolf Andrić (1942-1972) fue miembro del HRB, organización nacionalista croata formada en el exilio: murió en una acción contra el Ejército Popular Yugoslavo en el monte Raduša (Bosnia). Ivan Krajačić-Stevo
(1906-1986)
fue un comunista croata, brigadista internacional en España, miembro del Parlamento croata y de los servicios secretos yugoslavos (OZNA). Miroslav Krleža
(1893-1981)
es el escritor más importante de la literatura croata del siglo XX. Militante comunista, pero antiestalinista, durante la guerra rechazó colaborar tanto con los ustachas como con los partisanos. Tras la guerra renovó su vieja amistad con Tito y colaboró con el régimen comunista. Jasenovac y Goli Otok fueron campos de internamiento y concentración: el primero, de los ustachas croatas, y el segundo del régimen de Tito. En Bleiburg, en la frontera austro-eslovena, entre el 9 y el 14 de mayo de 1946 los partisanos de Tito perpetraron una masacre contra las tropas enemigas en retirada. (*N. de los T.*) <<

[5] Primer verso del poema de Antun Branko Šimić (1898-1925), «Los poetas». (*N. de los T.*) < <

[6] Localidad de Herzegovina donde tuvieron lugar batallas cruciales, tanto durante la Segunda Guerra Mundial como durante la última guerra en la antigua Yugoslavia. (*N. de los T.*) <<